

ATRÉVASE A CONOCER LO QUE LA IGLESIA OCULTÓ

Mariano F. Urresti

LA VIDA
SECRETA DE

JESUS
DE NAZARET

✦ EDAF

€ 17.95

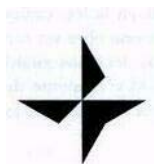


**LA VIDA SECRETA
DE JESÚS DE NAZARET**

MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI

**LA VIDA SECRETA
DE JESÚS DE NAZARET**

Atrévase a conocer lo que la Iglesia ocultó



EDAF

MUNDO MÁGICO Y HETERODOXO

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO
2005

© 2005. Mariano Fernández Urresti
O 2005. De esta edición. Editorial EDAF.S. A.

Cubierta: Miguel y Bernardo Rivavelarde

Editorial Edaf, S. A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C.P. 15530. México D.F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
edaf@edaf-y-morales.com.mx

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc.
Av.J. T. Pinero, 1594
Caparra Terrace
San Juan, Puerto Rico (00921-1413)
edafanullas@edaf.tiet

Edaf Chile, S. A.
Huérfanos, 1178-Of. 506
Santiago, Chile
edafchile@edaf.net

Mayo 2005

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguiente del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Depósito Legal: M-21.997-2005
L.S.B.N.: 84-414-1628-1

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

IBÉRICA GRAFIC

A todos los que viven conmigo en *Amalur*.
Y en recuerdo del doctor Fernando Jiménez del Oso,
un amigo que se fue a la vez que ponía yo fin a este libro.
Soy todo lo que ha sido, es, y que será; y hasta ahora ningún mortal ha sido capaz de descubrir lo que está bajo mi velo.

(Inscripción bajo una estatua de Isis-Minerva en el templo de Sais)

Índice

Pág.

Introducción	11
---------------------------	----

PRIMER VIAJE:

De Egipto llamé a mi hijo

Capítulo 1. Isis y Osiris: Resucitar antes de Jesús	17
Jesús, un dios solar	20
Isis, Osiris y Horus: La otra Trinidad	21
Los misterios egipcios.....	25
Capítulo 2. Los evangelios egipcios	31
El faraón Jesús.....	33
La buena nueva tal vez no del todo nueva.....	40
Días de vísperas	43
El Heb-Sed de Jesús	46
Capítulo 3. Jesús-Osiris y Magdalena-Isis	51
¿Quién dijo prostituta?.....	52
Isis, esposa del dios.....	57
Horus y el Grial.....	63

SEGUNDO VIAJE:

El Espíritu lo empujó hacia el desierto

Capítulo 1. Un incómodo descubrimiento	69
Polvo eres: Khirbet Qumrán	72
Empiezan las mentiras	75
Pico y pala.....	78
Capítulo 2. Con la Iglesia hemos topado	81

Capítulo 3. Los rollos del mar Muerto.....	89
El Rollo del Cobre.....	90
La Regla de la Comunidad	93
La Regla de la Guerra.....	95
El Rollo del Templo	97
El Documento de Damasco.....	98
El Comentario de Habacuc.....	101
<hr/>	
Textos poéticos y bíblicos.....	103
Capítulo 4. ¿Jesús, el esenio?.....:	105
El misterio de los esenios.....	106
<hr/>	
El nacionalismo esenio.....*	110
¿Se formó Jesús en Qumrán?.....	113

TERCER VIAJE;

Fue elevado a los cielos

Capítulo 1. Una biografía increíble.....	129
Todo es política.....	130
El ángel, el león, el toro y el águila.....	132
Capítulo 2. Vísperas de la tragedia y primeras contradicciones.....	139
Capítulo 3. Clavos y maderos.....	147
Capítulo 4. Y no lo reconocieron	157
Capítulo 5. El último viaje de Jesús de Nazaret	171

EL VIAJE DE LOS OTROS:

Mujer, he ahí a tu hijo

Capítulo 1. He ahí a tu madre	183
¿A quién podía amar Jesús tanto?.....	186
El otro <i>lignum crucis</i>	188
Capítulo 2. Las huellas del caballero Badilón.....	195
El desembarco de Provenza.....	196
Capítulo 3. Un Evangelio maldito.....	203
Epüogo	213
Bibliografía	217

Introducción

¿Quién me presta una escalera para subir al madero?

Si el lector supiera cuántas veces he deseado subir al madero para quitarle los clavos a Jesús, el Nazareno. Sería un acto más allá de la piedad. A mí me parece que sería un acto de justicia más allá de la justicia que decide lo que es justo de lo que no lo es. Al final, quizá sería un acto de egoísmo por mi parte, para poder preguntar, para poder saber de una vez por todas.

Sería la mejor manera de rellenar de información las enormes lagunas que los cuatro evangelistas dejaron en la biografía que trazaron de Jesús de Nazaret. ¿Cuánto tiempo permaneció en Egipto? No sabemos nada de Jesús desde que huye su familia de la mantanza de los Inocentes a manos de Herodes hasta que reaparece discutiendo en el Templo con los sacerdotes, Ninguna noticia tenemos de él hasta una edad que se supone próxima a la treintena, en la que se debate en el desierto entre la Luz y la Oscuridad. ¿Qué viaje fue aquel? Y finalmente, y eso es lo peor, nada volvemos a saber de Él desde que desaparece de una manera confusa de la vista de sus seguidores.

Quisiera saber todo eso y mucho más.

Pero ¿se ha preguntado, amiga lectora o amigo lector, si la Iglesia nos permitiría a usted o a mí subir al madero para quitarle los clavos a Jesús, el Nazareno? ¿Le interesa más a la Iglesia un Jesús muerto que uno vivo? ¿Tal vez por ello acuchilló

nuestras conciencias con un hombre torturado y ensangrentado en lugar de con un hombre de labia fácil e inteligente y seductora mirada? ¿Siempre tiene que morir un hombre para que se salve todo un pueblo a través de la extraña pirueta de un dios que se deja martirizar? Dígame, amiga lectora o amigo lector, si usted entiende lo que dice la Iglesia que quiso hacer Jesús. Dígame, por favor, si el dolor y la sangre son la mejor tinta para escribir canciones de amor. Dígame si no ha sentido, como yo, que esa explicación de morir para redimir los pecados de otros no es ciertamente estúpida. Y además, después de aquellos supuestos hechos, ¿dónde está la redención? ¿En qué hemos mejorado? Dígame, amiga lectora o amigo lector, si la humanidad después, de Cristo es mejor que la humanidad antes de Cristo. Sinceramente, pregúnteselo y dígamelo.

Los intereses económicos, preferentemente, han servido para dividir a los hombres, pero no han sido los únicos. Íntimamente ligados a ellos, los decálogos religiosos han subrayado las fronteras que la burguesía mercantil iba trazando en los mapas de los pueblos que las mismas burguesías se empeñaron en dibujar. Eran precisas las puertas en las ciudades para cobrar portazgos; los pasos en los ríos para reclamar el pontazgo; las fronteras entre los reinos para exigir peajes. Pero ¿y en el supuesto único Reino de los Cielos? ¿Quién precisaba diferencias para acceder a él?

La Iglesia, abrazada durante siglos al poder desde que Constantino tuvo un arrebato que lo llevó al cristianismo con espada incluida tras la batalla del puente Milvio sobre Majencio en 312 d. de C., se ha encargado de dividir al rebaño de Dios viendo, donde no las hay, ovejas negras y blancas. Y lo peor del caso es que esa misma Iglesia, como el propio Constantino, cree ver señales que le dan la razón. A lo largo de la historia, con el filo de la espada ensangrentado, ha gritado tantas veces *In hoc signo vincas*, que ha olvidado quién fue y qué dijo, si es que lo dijo, Jesús de Nazaret.

Precisamente, las lecturas sobre lo que parece ser que dijo e hizo Jesús de Nazaret han sido la excusa, el arma arrojadiza empleada tantas veces por quienes se autoproclamaron depositarios de la correcta interpretación de esas doctrinas para fustigar y condenar a quienes las leían o sentían de otro modo.

El hombre siempre ha sentido deseos de trascender, siempre. Desde que el hombre lo es, buscó en la magia simpática practicada en las cavernas una fuerza superior que le ayudara en la vida cotidiana. Y del mismo modo que siempre buscó esa fuerza superior, y dado que, en mi opinión, no hay hombres mejores que otros, nunca hubo sentimientos religiosos mejores y más acertados que otros. Entre otras razones, porque todos los hombres buscaron con similar ahínco la misma fuerza, la llamaran como lo llamaran. Y si esa fuerza es siempre la misma, ¿cómo va a extrañarnos que en la vida y palabras atribuidas al rabí de Galilea aparezcan de nuevo viejos cultos y creencias de la civilización por antonomasia del Mediterráneo antiguo: la egipcia?

Dios puede inspirar a un hombre, por supuesto. Pero Dios no puede ser tan ciego como para no ayudar a ese hombre con señales que existen a su alrededor, puesto que cada una de las acciones y hechos de los hombres son producto de la inspiración divina. Por tanto, Dios se ayudó de maestros para hacer de Jesús un maestro. Por eso en este libro sostenemos que hubo enseñanza egipcia, y tal vez pudo haber doctrina esenia.

No existiendo la chiripa ni el azar, habrá que concluir que los planes de Dios, que solo la Iglesia cree que escribe con renglones torcidos, preparan el camino de los hombres hacia su destino. Y en el camino se camina, se viaja. Y Jesús, en el circuito vital que Dios le había diseñado, llegó a Egipto y más tarde al desierto. Y después de ser crucificado se fue de nuevo en un viaje que unos dicen que fue al cielo y otros estiman que tuvo un destino un poco más próximo, puesto que el cielo, también en aquella ocasión, podía esperar.

Capítulo 1

ISIS Y OSIRIS: RESUCITAR ANTES DE JESÚS

¿QUÉ sucedería si, admitida la existencia histórica de Jesús, resultase que sus ideas son edificio alzado con viejos ladrillos? ¿Qué ocurriría si sus viajes lo hubieran puesto en contacto con doctrinas, como la egipcia, que le permitieron, tiempo después, formar una filosofía con la que salió a los campos de Palestina? ¿En qué posición tan incómoda quedarían los censores históricos de la Iglesia que condenaron las doctrinas paganas y arremetieron con furia contra los templos egipcios en los primeros siglos de cristianismo si resultase que justamente de Egipto manaban las palabras de Jesús?

Hay autores que no tienen la menor duda de que así es. Albert Churchward afirmó que *los Evangelios canónicos se puede demostrar que no pasan de ser una colección de proverbios del Mito y la Escatología egipcios*. Y muy de acuerdo se muestra con él Joseph Wheless al asegurar que *los Evangelios son todas las falsificaciones sacerdotales concluidos un siglo después de sus fechas figuradas*. Y aún más tajante irrumpe Lewis Spencer al proponer: *En su aspecto más elevado, la cristiandad es en realidad la restauración y continuación de los Misterios egipcios*

¿Estarán en lo cierto esos autores? ¿Encontraremos en Egipto, si nos fijamos bien, la semilla de la doctrina de Jesús?

Sin atrevernos en principio nada más que a dar los primeros pasos junto con el lector en ese viaje fascinante, sí nos gus-

taría recordar que, siendo niño, el primer, y único, viaje constatado por los Evangelios es el que hizo un Jesús recién nacido a Egipto con su familia huyendo del despiadado Herodes.

Recordemos las palabras del evangelista Mateo, que es quien se demora en el incidente.

Todo sucedió en una noche terrible. El ángel del Señor se apareció en sueños a José. El carpintero, por si no tenía suficiente con lo de la concepción virginal de María, escuchó el estremecedor aviso angélico: *Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo* (Mateo 2, 13).

Ante el inminente peligro, no dudó José en preparar el peate, despertar a los suyos y preparar la montura, que todos imaginamos que ha de ser un asno, sin que haya muchos más motivos para pensar tal cosa que la imaginería popular. Pero ya fuera con asno o con el mejor jamelgo, la familia marcha hacia Egipto, y así lo asegura Mateo (Mateo 2, 14): *Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y se retiró hacia Egipto*.

Por supuesto, nada de cuanto se escribió en los Evangelios se hizo al azar. Antes al contrario, los redactores de estos libros se esmeraron muy mucho, y eso se hizo bastantes años después de todo cuanto aquí se está citando, con lo que tal vez quepa la posibilidad de imaginar que la biografía de Jesús se estructuró de ese modo para que encajara con profecías anteriores. Y eso mismo sucede aquí. Mateo se apresura a citar las palabras del profeta Oseas: *De Egipto llamé a mi hijo*.

En realidad, Oseas escribió una frase más amplia, pero Mateo la encoge y racanea. Dijo así el profeta de marras (Oseas 11, 1): *Cuando Israel era niño /yo lo amaba, /y de Egipto llamé a mi hijo*.

Naturalmente, el profeta es traído a cuento por Mateo para demostrar a todo el mundo, por si alguna duda le quedaba a alguien, que Jesús era el Mesías de las viejas profecías.

¿Cuánto tiempo permaneció en el país del Nilo Jesús? No lo sabemos con certeza, pero si tomamos como fuente de información al mismo evangelista, tenemos alguna pista: *permane-*

ciendo allí (en Egipto) hasta la muerte de Herodes. Y más adelante el evangelista concreta esa información: Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel (Mateo 2, 19).

La biografía confusa de Jesús se estructura, por tanto, muy al paio de lo que sucede a Herodes el Grande, puesto que bajo su reinado nace Jesús y por causa de Herodes se exilia, y no regresa hasta que muere el tirano. Pero sucede que la muerte de ese rey tiene lugar en el año 4 antes de nuestra era, por lo que es obviamente un disparate la cronología clásica de la vida de Jesús. Y con este panorama, ¿nos atrevemos a decir cuánto tiempo estuvo realmente en Egipto Jesús? ¿Meses? ¿Años?

Los Evangelios dejan en blanco muchas cosas sobre la figura extraordinaria de este hombre, y una de las más irritantes es esta de su infancia, pues no lo vemos reaparecer en escena hasta que tiene doce años de edad. Es Lucas quien da cuenta del incidente: *El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba en él (Lucas 2, 40).*

De esa frase nos interesa especialmente ese crecimiento *en sabiduría*, pues nos gustaría resolver el acertijo de dónde la obtuvo el joven Jesús. ¿Fue cosa de Dios o a Dios le ayudaron algunos maestros? En mi opinión, hubo iniciadores, y esos iniciadores fueron egipcios, o judíos, que mucho sabían de Egipto, puesto que Alejandría, por ejemplo, tenía en aquellos tiempos casi tantos judíos como la mismísima Jerusalén.

El caso es que en esos años, según Lucas, tiene lugar la sorprendente desaparición del niño Jesús en Jerusalén coincidiendo con la fiesta de Pascua, a la que había acudido con su familia. Tras la fiesta, y en el viaje de regreso, increíblemente los padres caminan durante todo un día pensando que su hijo está en algún lugar de la caravana. Pero al fin descubren que no es así y entonces, suponemos que con el corazón en la boca, regresan a Jerusalén y se encuentran al niño asombrando a propios y a extraños al dar respuestas dignas del más alto iniciado a los sacerdotes del templo. El caso ocurrió, según Lucas, *cuando ya era de doce años.*

Por su parte, Osiris debe su nombre a la traducción griega del Usire egipcio. Habitualmente lo encontramos representado como un hombre momificado que aprieta contra su pecho un cayado y el mayal. Y tal y como dijimos a propósito de ver a los dioses como cuerpos celestes, siguiendo el adagio hermético de que como arriba es abajo, para el egipcio Osiris era la estrella Orion.

Sebastián Vázquez mira hacia Abidos a la hora de anunciar dónde estaba su principal centro de culto. Allí nos dice:

Según la tradición, se guardaba su cabeza, y [•••] fue la sede de los famosos misterios osiríacos. Este templo fue un importantísimo centro de peregrinaje precisamente por ser depositario de dicha reliquia.

Preste atención el lector: he aquí una característica notable de estos cultos que después, cuando pase inexorable el tiempo y las civilizaciones, se incorporará a la cultura cristiana: la devoción por las reliquias de los santos y los seres próximos a la divinidad. Y es que eran varios los templos egipcios donde se decía conservar alguna reliquia de Osiris, y ello debido a la suerte atroz que le tocó padecer, como ahora se verá.

Con el devenir de los siglos, el cristianismo resucitaría (qué ironía de verbo para el caso) esta costumbre y resultará que numerosas reliquias supuestamente relacionadas con Jesús van a aparecer en decenas de templos de la cristiandad: lienzos que abrigaron su cadáver, astillas de la cruz sobre la que fue clavado, lanzas que atravesaron su costado...Y luego, tal vez por simpatía, la costumbre se extendió a los santos cristianos. Pero esa es otra historia.

Osiris fue un dios magnífico, bondadoso y civilizado que enseñó la agricultura a sus devotos subditos. Y esa pasión por la siembra y la recolección ofrece un aroma familiar a quienes hemos sido educados en la cultura cristiana y en las enseñanzas de Jesús, repletas de parábolas de sembradores, de espigas y cosechas.

Plutarco narra, en *Los misterios de Isis y Osiris*, que este dios decidió un buen día llevar sus conocimientos a otros pueblos -los que buscan ejemplos cristianos podrían pensar en que sa-

lió a predicar su particular *buena nueva* a los *gentiles*-, y para no dejar a la deriva el timón de su reino dejó su gobierno en manos de su hermana y esposa, Isis.

Esa decisión política disgustó a su hermano Set. Set no se creía inferior, ni mucho menos, a su hermano Osiris, y fue así como *este Judas* egipcio comenzó a tramar la desgracia para su bondadoso hermano, para lo cual se las ingenió hasta conseguir una camarilla de cómplices que sumaron la curiosa y provocadora cifra de setenta y dos ($7+2=9$. Un sospechoso número templario, una enéada oscura).

En Plutarco leemos cómo, sin que se nos explique la manera en que tal cosa sucedió, Set descubre *la longitud del cuerpo de Osiris en secreto*. Y con esos datos manda construir un arca de madera con la medida justa para acomodar allí el cuerpo de Osiris. A partir de ese momento, los hechos se precipitan. Se organiza un festejo (curioso, puesto que a Jesús lo traicionan, supuestamente, tras la celebración de otra fiesta, la de Pascua), y en mitad del sarao toma la palabra Set y anuncia a todos los asistentes que regalará el arca a quien se meta en ella y, como si de una *Cenicienta* egipcia se tratase, se pueda acomodar en su interior porque tenga su medida exacta.

Ante el reclamo del premio, los candidatos no se hicieron esperar, pero, por supuesto, solo a uno le iba a la medida el cajón: era Osiris. Y no me más que echarse este en el interior cuando se activó la conjura: manos pagadas sellan el cofre; manos alertadas clavan los clavos; manos traidoras lo lanzan al río. ¡Era el fin de Osiris!

Aquella arca maravillosa, ahora convertida en ataúd del dios, navega por el río de la vida de los egipcios, llega al mar y no se detiene hasta quedar varada en Biblos, Fenicia.

A partir de ese momento, Isis se convierte en protagonista de esta historia, como luego sucederá con María Magdalena. La diosa, esposa y hermana, se echa al mundo y no cesa en su empeño hasta encontrar a su difunto esposo. Recoge el cadáver y lo traslada, en pálida y dramática excursión, hasta su casa, pero Set no duerme, porque el mal es preciso para cono-

cer el bien. Y al poco de llegar el difunto, el hermano malo de esta historia se apodera de sus restos y los trocea hasta que le queda así lo que antes fuera Osiris: cabeza, corazón, pecho, ojos, brazos, pies, orejas, tibias, muslo, puño, dedo, espina dorsal, nuca y falo. Y a este último no lo citamos en la cola, sirva el juego de palabras, por ser el menos importante, que no lo es, sino porque ahora mismo lo vamos a echar mucho de menos, como le sucedió a Isis.

Y es que Set ordena que esos fragmentos de Osiris se esparzan por el Nilo, creando así, sin pretenderlo, la cultura de la reliquia. Pero Isis, con la fe de los dioses y el amor de las mujeres, ahora en compañía de su hermana Nephtis, emprende la fatigosa tarea de recuperar a su disperso difunto. Y lentamente va recuperando los trozos hasta que le queda casi completo, pues no hubo manera de dar con el falo. No obstante, empleando artes mágicas, que ya quisiéramos conocer, Osiris resucita al tercer día en una pirueta memorable y que todos creeríamos imposible de repetir si no fuera porque otros dioses solares, y también Jesús, fueron capaces de emularla.

Pero no solo eso, sino que vuelto a la vida de tan increíble manera, Osiris, sin falo que valga, es capaz de concebir con Isis a su hijo Horus. Y siendo así el apareamiento, habrá que deducir que la esposa no perdió su virginidad, con lo que enseguida se atan cabos y tenemos aquí a una virgen pariendo a un niño.

Tamaño milagro tuvo consecuencias espectaculares: probó que tales prodigios eran posibles y permitió al malvado Set encontrar la horma de su zapato, pues será Horus quien acabe con su vida.

Será Horus quien combata contra el mal, y es que hasta en el nombre de Set podemos encontrar retumbos cristianos (Satan). Y en esas engarras Horus perderá un ojo, pero eso, que sería fatal para nosotros, no lo es para los dioses, puesto que Thot, el dios de la magia por excelencia, le coloca el ojo en su sitio a Horus y este puede volver al combate hasta que finalmente derrota a Set, no sin antes castrarle.

Sebastián Vázquez nos dice que para los egipcios, siguiendo con las semejanzas entre el arriba y el abajo, los dos ojos de Horus eran el Sol -derecho- y la Luna -izquierdo-. Y son tantas las representaciones egipcias del famoso Ojo de Horus, el dios con cabeza de halcón, que seguro que el lector tiene ya en su mente la imagen sin que insistamos más en ello.

Los misterios egipcios

Lo siguiente que debe saber el lector para poder seguir la trama por la que vamos a movemos en busca de los frutos que su primer viaje pudo reportar a Jesús de Nazaret es que alrededor de los dos dioses principales de la trilogía antes descrita creció un conjunto de rituales mágicos, arcanos, secretos y, por todo ello, muy de nuestro agrado. Y en esas ceremonias y zambbras también podremos llevamos la gran sorpresa de encontrar anticipos de lo que luego se dirá en los Evangelios cristianos.

No obstante, el estudio de esos rituales presenta un grave inconveniente: resulta que eran secretas parte de sus prácticas. Solo a través de la mirilla de sus sólidas puertas pudieron algunos autores clásicos perfilar lo que allí dentro se tramaba.

Lewis Spencer asegura, en su obra *Los misterios del antiguo Egipto*, que esas ceremonias místicas tenían dos partes: Mayores y Menores. Los Misterios Mayores estaban asociados a Isis, y los segundos a Osiris. ¿Qué se pretendía con estos ritos de iniciación? No lo sabemos con seguridad, pero tal vez sea buena la pista que nos ofrece el autor antes citado: *Todo acto de iniciación era considerado como la muerte del antiguo hombre y el nacimiento del Nuevo.*

A los autores clásicos les ocupó y preocupó lo que en esos rituales acontecía-, y Plutarco fue uno de los que con más atención observó el caso, y escribió que *en el momento de la muerte, el alma recibe la misma impresión que aquellos iniciados en los Misterios.*

¿Qué era lo que se oficiaba en esos antros? Sea lo que fue, y a la luz de las citas que hemos reproducido, parece claro

que tenía que ver con la muerte y con el extraordinario caso que para todo hombre debe ser la resurrección. Es decir, justamente los lances claves que para el cristianismo ofrece la sorprendente vida de Jesús de Nazaret, y eso debiera alertarnos.

Que lo que se hiciera en esas ceremonias tuviera lugar en el más oscuro secreto no debiera extrañar, pues quien conociera la manera de escapar de las garras de la muerte no iría exhibiendo por ahí esas ciencias, dado que ellas mismas reportarían todo su poder sobre los demás vecinos, y en lo que a Jesús se refiere, parece obvio que esa misma discreción guió sus pasos al otro lado de la muerte. Nadie sabe aún al día de hoy qué es lo que sucedió en el sepulcro propiedad de José de Arimatea donde cuentan los evangelistas que pusieron su cadáver.

¿Cuál era la verdadera razón de ese secreto, por tanto? A esa pregunta responde Spencer de este modo: *La verdadera razón para el secreto [...] no era el deseo de mantener los Misterios en secreto, sino el temor al peligro que el contacto entre lo sagrado y lo sucio acarrearía a ambos. O sea, que hay cierto peligro tanto para quien se esté iniciando en estas lides como para quien no tenga instrucción sobre ellas. Y por eso es por lo que a mí me ha dado por pensar en la posibilidad de que durante esos rituales se manoseasen ciertas energías de muy difícil control para los no entrenados. Y me pregunto en voz alta si tal cosa tiene que ver con la precaución que muestra Jesús tras su supuesta resurrección ante María Magdalena, a quien pide encarecidamente que no toque su cuerpo. No me toques, porque aún no he subido al Padre (Juan 20, 17). ¿Por qué no se le puede tocar?*

No es Spencer el único autor que ha buscado esas similitudes entre los rituales de Isis y el futuro cristianismo. M. Moret, en *Reyes y dioses de Egipto*, escribió que *el credo de Isis tenía un fuerte impacto sobre los hombres por su llamado directo al individuo [...]. El devoto de Isis, presa del éxtasis a los pies de su Dios, interpreta la revelación no en palabra, sino en espíritu [...]. Desde ese día ha existido el Misticismo. Y si tal afirmación fuera cierta, podríamos anunciar sin riesgo que los místicos cristianos tuvie-*

ron en los iniciados egipcios a sus precursores. La vía mística, la misma que en los primeros siglos del cristianismo seguirán los eremitas en Siria y en Egipto (especialmente en Egipto y aunando las viejas creencias locales con el nuevo culto cristiano), propondrá que cada hombre puede interiorizar la búsqueda de la divinidad sin que se precise una Iglesia en ese proceso, lo que sin duda molestaría bastante a los hombres del Vaticano. Moret confirma esa idea al asegurar que el devoto de Isis era también *su propio sacerdote*. La divinidad no era algo lejano y extemo al hombre, sino que la podía encontrar en su interior. Tal vez esa convicción egipcia llevará a Jesús a proponer que él y el Padre eran una misma cosa.

¿Qué fue de esos rituales misteriosos con el paso del tiempo? ¿Qué se hizo de ellos?

La verdad, cuando la manipulan los hombres, empieza a emborronarse, porque las manos humanas manchan de ideología e intereses. De modo que los creyentes en Isis terminaron practicando ceremonias sin alma, rituales casi folclóricos, exactamente igual, me parece a mí, que hoy los cristianos recitan los Padrenuestros y el resto del repertorio.

Se cuenta que el autor clásico Heródoto recibió en Egipto esa iniciación, pero quizá para entonces la fuerza de esos misterios fuera escasa. A lo mejor les sucedió lo mismo que a los templarios tras decenios de ceremonias de iniciación sin verdaderos maestros que las entendiesen y sin la necesaria criba en quienes las pretendían recibir: que convirtieron los actos en mucho ruido y ninguna nuez. Y así, cuando les echaron mano los esbirros del rey francés Felipe IV el Hermoso y este los puso a disposición de los dominicos inquisidores, los caballeros se hicieron un monumental lío y explicaron lo que se hacía en las ceremonias de ingreso en la Orden, de manera que parecía que andaban besándose en el trasero y maldiciendo sobre la cruz como meros gañanes.

El ya mencionado Spencer parece pensar igual al escribir

Es el pensamiento, la intención, lo que mueve a lo Absoluto a actuar de conformidad con los deseos del hombre, no los actos, tonos o gestos.

Y ahora que hemos mencionado a los templarios, que en mi opinión son herederos de formas de conocimiento similares y sus rituales de ingreso deben mucho a esos ejercicios de muerte y resurrección del viejo Egipto, tal vez es hora de hablar de los lugares donde se producían esas ceremonias. Verá el lector cómo al final es muy sencillo emparentar al cristianismo original -quiero decir el anterior a Pablo de Tarso—, los misterios egipcios y las ceremonias iniciáticas del Temple. Veamos: ¿Dónde se celebraban esos rituales?: en lo más profundo de los sanctasantórum de los templos. ¿Dónde realizaban las prácticas de marras los templarios?: en criptas de lugares elegidos muy cuidadosamente. ¿Dónde aconteció la hazaña de la resurrección de Jesús?: en el secreto del interior de un sepulcro excavado en la roca. ¿Captan la idea?

En la época antigua estas semejanzas no sorprenderían tanto. Es más, estoy seguro de que tampoco sorprenderían en el Mediterráneo que conoció Jesús. Por eso la Iglesia emergente tras su muerte se esforzó en distraer la atención de los feligreses no fuera a ser que advirtieran de dónde venían aquellas ideas del predicador de Galilea. Había que acicalar su figura y asolar los viejos templos, no fuera a atar cabos el personal y viera en aquel viaje a Egipto de la familia del Nazareno la raíz de su formación filosófica, religiosa, mágica y terapéutica.

Pero decíamos que a los clásicos tales cosas no los hubieran espantado. Algunos autores reconocidos aseguraron en sus obras haber sido sometidos incluso a esos rituales. Es el caso de Heródoto (484-486 a. de C.), quien afirmó haber superado las pruebas de ingreso. Sin embargo, nadie le podrá reprochar que se haya ido de la lengua al explicar qué hizo en esos rituales, puesto que sus líneas al respecto son escuálidas y zigzagueantes:

Los egipcios realizan celebraciones públicas no solo una vez al año, sino varias veces; la que es mejor y más rígidamente observada es en el ciudad de Bubastis, en honor a Diana; la segunda en la ciudad de Busuris, es en honor a Isis, porque en esta ciudad está el mayor templo a Isis y está situado en medio del Delta Egipcio....

Un poco más allá, añade: *Los hombres y mujeres, en número de millares, se golpean a sí mismos después del sacrificio; pero la razón por la que se golpean entre sí sería impío para mí divulgar.* Luego se pierde hablando de los Carianos, sujetos afincados en Egipto que tenían por costumbre practicarse incisiones en la frente, pero parece que es un ejercicio este de Heródoto para distraer. Se diría que amaga, pero no pega. Tal vez porque una razón de peso se lo impide, bien sea la obediencia o bien el miedo. Por eso, cuando habla de la ciudad de Sais menciona la existencia de una tumba *de uno de cuyo nombre Yo considero impío divulgar en tal ocasión.*

Si el lector sigue sus descripciones, una y otra vez se verá abocado a la misma desgracia: no suelta prenda de lo que vivió y conoció dentro de esas ceremonias. Pero eso, en lugar de restarle credibilidad, en mi opinión se la garantiza. No hay organizaciones secretas que se publiciten ni ceremonias discretas que se retraten.

Plutarco (50-120 d. de C.) mostró también mucho interés en esos rituales y hasta escribió un tratado sobre Isis y Osiris. Sin embargo, su literatura al respecto es también calculadamente oscura, bien tramada para que nos quedemos en la anécdota o para que dudemos de todo, o de nada. Todo es tan oscuro como la inscripción que afirman que se leía en la base de una estatua de Minerva en Sais, a la que se considera representación de Isis: *Soy'todo lo que ha sido, es, y que será; y hasta ahora ningún mortal ha sido capaz, de descubrir lo que está bajo mi velo.*

Pero Heródoto y Plutarco no fueron los únicos autores clásicos que abordaron en sus obras estos misterios. Jámblico, y también Lucio Apuleyo, fueron hechizados por esas sabidurías. El segundo de ellos, nacido en Mandaura (actual Oran) en 114 d. de C. en el seno de una noble familia, es el autor de *La metamorfosis*, más conocida como *El asno de oro*. En la obra da cuenta de su extremado amor por la magia, razón por la cual inició un largo viaje de conocimiento que partió de Tesalia y no finalizó hasta su admisión en el colegio de los sacerdotes de Isis. En la odisea, pues otro nombre no se puede dar a lo suyo, le

sucedió todo eso que nosotros quisiéramos haber disfrutado, caso de la aparición en sueños de un sacerdote de Osiris, *el cual me denunció los secretos de aquella religión*. Y por si aún le quedaban ansias por satisfacer, el propio Osiris se le manifiesta entre ronquidos: *A bien pocos días, el dios principal, Osiris, me apareció en sueños...*

Isis, Osiris y Horus. Vida, muerte y resurrección. Trilogías, tréboles de conocimiento, racimos de uvas que proporcionarán el elixir de la vida eterna. Jesús hará de todo ello un zumo propio, el que le permitirá presentarse ante los demás como el Agua de Vida.

Capítulo 2

LOS EVANGELIOS EGIPCIOS

HEMOS presentado ya nuestra propuesta: el cristianismo es deudor de los cultos místéricos egipcios. Ante tamaña afirmación, lo que debe venir a continuación son los argumentos en los que nos basamos para sostenerla y publicarla. En las próximas líneas rastreamos pistas que nos permitan pensar en que o bien los evangelistas se inspiraron años después de Jesús en las creencias egipcias para elaborar su biografía, o bien fue el propio Nazareno el que se alimentó de la extraordinaria cultura del país del Nilo.

Ya hemos indicado que la población hebrea que vivía en Egipto era muy numerosa. Filón de Alejandría afirmó que había en Egipto en el primer siglo de nuestra era nada menos que un millón de hebreos, aunque probablemente fueran más, puesto que solo los empezó a contabilizar al ver en ellos el emperador Vespasiano, en 72 d. de C., a sujetos fiscales a los que se les podría cobrar un impuesto especial. Y si eran tantos, lógico es pensar que entre la cultura hebrea y la egipcia, que históricamente, desde los tiempos de Abraham y de Moisés, habían tenido relaciones se mantendría una gran influencia. Se podría argumentar que esa influencia sería mutua, pero me parece a mí que no se podrá discutir que la civilización egipcia era infinitamente más rica y, por tanto, la que más podría aportar a esas influencias.

Ahora bien, ¿debemos hablar solo de influencias en los Evangelios cristianos o directamente de copia de mitos egip-

cios? Antonio Pinero, catedrático de Filología Neotestamentaria de la Universidad Complutense de Madrid, que defiende que los textos evangélicos son muy posteriores a Jesús, no cree en cambio que fueran copiados de inscripciones egipcias. Y así lo manifestaba en la revista *Más Allá de la Ciencia: Los paralelismos que existen entre los Evangelios y los textos egipcios anteriores pertenecen al acervo común de la mitología, o mejor aún de la mitopoiesis [...]. Pero no me parece científico decir que los Evangelios están copiados estrictamente de textos de, pongamos, dos mil años antes que ellos.*

Otros autores no lo ven de este modo. Es el caso de Claude-Brigitte Carcenac, quien, en su libro *Jesús, 3.000 años antes de Cristo*, trata de demostrar, y creo que lo logra, los asombrosos parecidos que hay en la literatura egipcia y los Evangelios. En otras ocasiones he mencionado algunos de los ejemplos que propone esta especialista en religiones, y ahora resumiremos algunos ciertamente notables.

En primer lugar, regresemos al evangelista Mateo, autor de las líneas en las que se asegura el exilio de la Sagrada Familia a Egipto. Se ha dicho que escribió justamente ese episodio por la abundancia de judíos que allí había, especialmente en Alejandría, tras la toma de Jerusalén por las tropas imperiales romanas en 70 d. de C. Incluso autores como Brandon ven en Alejandría la verdadera capital judía de aquella época. Y, tal vez por ello, evangelistas como Marcos, que fue el primero en cumplir esa labor por allí, según Eusebio (siglo iv), fue a predicar a Egipto lo más rápido que pudo. Tal vez no se debía esa prisa porque por allí hubiera muchos compatriotas como porque allí sería fácil que comprendieran el mensaje cristiano, dado que tenía inconfundibles aromas egipcios.

Los especialistas en religiones comparadas han visto claros parecidos entre los capítulos XVII al XXIV del Libro de los Proverbios y la *Enseñanza de Amenenope*. P. Humbert, en *Recherches sur les sources égyptiennes de la littérature sapientiale d'Israel*, se esfuerza en comparar el Eclesiástico y diversos escritos egipcios y sale airoso del lance. Y por supuesto, y es algo en lo que enseña nos vamos a demorar, los rasgos divinos del faraón serían

los mismos que sirvieron a los judíos para adornar la figura del rey de Justicia que estaban esperando, tal y como puso de manifiesto J. de Savignac. Es más, se ha comparado el combate de Horus contra su malvado tío Set, del que ya hemos dado noticias, con el que en la tradición cristiana tendrá lugar entre San Miguel y el dragón, aunque a mí esto me parece traído por los pelos. Más curioso en cambio es el parecido que adopta Anubis con San Pedro al ir cargando por ahí con las llaves del cielo.

Carcenac presenta como prueba de estos parecidos inquietantes el llamado *Papiro Rylands 457 o P52*, que, al parecer, contiene fragmentos del Evangelio de Juan. Y también reproduce las afirmaciones de Sharpe, el cual no dudaba al respecto: *En cuanto a representaciones (en las paredes del templo de Luxor) tenemos la Anunciación, el Nacimiento y la Adoración del rey tal y como se describen en los capítulos I y II del Evangelio de Lucas.*

Más irritante tal vez será para la Iglesia católica aquellas ideas que comparan a Jesús y sus atributos divinos con los del faraón, aunque entre ambos haya una diferencia de número de personas: Jesús es uno, mientras que el faraón representa a un cargo. ¿Por qué? Según Carcenac, porque *para el egipcio la historia no es una marcha hacia delante, hacia un futuro lejano, glorioso y victorioso, sino algo estático. Esta concepción tendía a mantener la edad de oro de los primeros faraones.*

Llogari Pujol, esposo de Carcenac, venía a coincidir con ella al manifestar, en el periódico *La Vanguardia* del 25 de diciembre de 2001, lo siguiente: *El faraón era considerado hijo de Dios: como luego Jesús. El faraón era a la vez humano y divino: como luego Jesús. Su concepción le era anunciada a la madre: como luego la de Jesús. El faraón mediaba entre Dios y los hombres: como luego Jesús... El faraón resucita: como luego Jesús. El faraón asciende a los cielos: como Jesús...*

El faraón Jesús

Estas ideas no son tan nuevas como se puede pensar. En 1914 H. Gressman ya había alertado al mundo sobre el sospe-

choso parecido que tiene la infancia de Jesús narrada por los evangelistas Mateo y Lucas, los únicos que se ocupan de ella, con la de otros héroes o dioses solares.

Mateo, nos dice Carcenac, pone mucho empeño en demostrar que el nacimiento de Jesús es el de un rey, y por ello escribe: *¿Dónde está el que ha nacido, el rey de los judíos?* (Mateo 2, 2).

Tal y como decíamos en páginas anteriores, de ese modo el evangelista trata de cumplir una profecía anterior, en este caso la de Isaías, que había dejado escrito (7, 14): *Mirad: la virgen encinta da a luz a un niño a quien ella pondrá el nombre de Emmanuel.*

Para los egipcios, el nacimiento de faraón era la apertura de la luz entre las tinieblas, puesto que en él veían el faro que los guiaría hasta el más allá. ¿Qué nos dicen las profecías hebreas? Pues exactamente lo mismo. Veamos la prueba en el propio Isaías (9, 1): *El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz.* Esa figura, la de la luz que alumbraba al pueblo y lo guía, aparece en otras ocasiones en la Biblia. Al mismo tiempo nos permite recordar aquellas ideas egipcias que veían las cosas de la tierra como imagen especular de lo que había en el cielo e identificaban a sus dioses con cuerpos celestes. Probablemente así se entienda mejor esta frase que aparece en *Números* (24, 17): *Una estrella se destaca de Jacob, surge un cetro de Israel.*

De modo que tenemos ya una primera semejanza entre aquel Mesías anhelado por los judíos, y que según el cristianismo no fue otro que Jesús, y el faraón. Ambos eran la luz del mundo. Busquemos ahora más similitudes.

Para los egipcios, el faraón era el pastor del pueblo. Su fuerte brazo conducía al rebaño por tierras de paz y fertilidad. ¿Qué se dice al respecto en la Biblia sobre el Mesías? Veamos un ejemplo en el libro segundo de Samuel (2 Samuel 5, 2): *Tú apacientarás a mi pueblo Israel.*

La vinculación de Jesús con la profesión de pastor merece, no obstante, más atención. ¿Es pura chiripa que venga a nacer, según los evangelistas, en Belén y entre pastores? Me parece que no. Es más, es otra manera de hacer coincidir las

profecías -o a lo mejor es que, en efecto, las profecías se cumplían en Jesús- Nos explicamos: en Belén había nacido el rey David, y hasta allí, según leemos en el primer libro de Samuel (1 Samuel 16, 1-13) fue a buscarlo el profeta siguiendo las instrucciones que le había dado Yavé. ¿Cuál era la profesión de David? Eso todo el mundo lo recuerda: era pastor.

Por tanto, alrededor de esa digna profesión se aglutina la profecía, el nacimiento de Jesús y también su futuro como *corde-ro de Dios*, y la fuerza de carácter que requería un faraón para conducir al pueblo hasta los más hermosos pastos.

De regreso a la infancia del rey dios que es Jesús, busquemos ahora apoyo en Carcenac para recordar con ella que tal vez el relato del evangelista Lucas se inspiró en la infancia de Sansón que se cuenta en el Libro de los Jueces. Allí se puede leer que un ángel de Dios se apareció a una mujer que era estéril y le anuncia que de ella nacerá un niño que liberará a Israel del yugo filisteo, pero para que el milagro sea posible, y eso es algo que no entendemos y nos gustaría averiguar la razón, le prohíbe beber y comer cosas impuras. Además, en otra recomendación ciertamente curiosa, le pidió que no cortara el pelo al niño.

No será necesario recordar el parecido de esta historia con la del propio Jesús, pero en este caso Lucas se esmera todo lo que puede para demostrar que aquel niño no es uno más de los nacidos de forma milagrosa, sino que su estirpe davídica hace de él un salvador nacional: *El Señor le dará (a Jesús) el trono de Israel* (Lucas 1, 32-33)

Y todo esto nos acerca de nuevo a la figura del faraón. Llogari Pujol señala que *la idea de un niño dios nació 3.000 años antes de Cristo*. Y su esposa desarrolla la hipótesis recordando, por ejemplo, algunos datos que se rastrean en templos de la XVIII Dinastía.

En el templo de la reina Hatshepsut, nos dicen esas fuentes, hay bajorrelieves donde se representa su nacimiento, educación y entronización, pero antes se habrá producido el notable emparejamiento del dios Amón con la diosa Amosis, de

manera que su nacimiento nos habla otra vez de dioses que fecundan mujeres y de cuyas nupcias nacen reyes, o reinas, como es el caso.

Las mismas fuentes nos alertan sobre lo que podemos encontrar en el templo de Amenofis III en Luxor, donde de nuevo aparece expresada en bajorrelieves las etapas de la creación divina de un faraón. Otras muchas pruebas presenta Claude-Brigitte Carcenac, hasta llegar a la conclusión de que resulta fácil probar el parecido sospechoso del relato del nacimiento de Jesús con los que se atribuyen a los faraones.

En Egipto el *Espíritu Santo* que fecunda a algunas mujeres no es otro que el dios Amón, que no se disfraza de paloma ni de ninguna otra cosa para sembrar su semilla divina con la que gestar a faraón. Y tampoco es infrecuente que el dios pida a la mujer elegida que ponga determinado nombre al niño, exactamente igual al Evangelio: *Darás a luz a un niño al que pondrás por nombre Jesús (Lucas 1, 31)*.

La autora citada afirma que *la idea de la teogamia está totalmente en vigor hasta la época romana, como lo atestigua la narración popular sobre el origen sobrenatural de Alejandro Magno*, y se recuerda que en la novela del Pseudo-Calístenes (s. III d. de C.) se presenta a Alejandro como hijo de un dios, algo en lo que insisten los autores clásicos que cantaron las azañas del invencible rey macedonio.

Pero hay más sorpresas a propósito de los nombres. De ellas nos habla Llogari Pujol. Según afirma, en un texto egipcio escrito en demótico titulado *El cuento de Satmi* se relata la aparición de dios a Mahitusket anunciándole que tendría un hijo al que debía poner un nombre en concreto, Si-Osiris. Además, según este teólogo, Mahitusket, el nombre de la mujer, significaría *Llena de gracia*.

Establecidas algunas similitudes entre el niño Jesús y el niño faraón, vayamos en pos de las señales que debían disolver las dudas a los mortales de que quien acababa de nacer era un ser divino. Y esas señales, a ser posible, debían proceder del cielo, puesto que ya hemos indicado que para los egip-

cios todo lo que pasa en la tierra tiene reflejo en el cielo. Se cuenta por ello que en Abidos se tenía el convencimiento de que cada faraón venía acompañado de una estrella. Además, el faraón era la encamación en la tierra de Ra o de Atón. No será necesario que recordemos ahora las asombrosas peripecias de la estrella que guió a los Reyes Magos hasta Belén (y decimos asombrosas puesto que en aquella época las caravanas viajaban durante el día, lo que dificulta enormemente los movimientos de una estrella para orientar a la comitiva, me parece a mí), pero sí podemos recordar alguna otra cita de interés. Por ejemplo, lo que se nos señala en 2 Pedro (1, 19), donde se nos dice que a Jesús se la ha de prestar igual atención que a *una lámpara que luce en lugar tenebroso hasta que alboree el día y el lucero de la mañana despunte en vuestros corazones*. Y en Apocalipsis (2, 28), Juan, si es que fue Juan su redactor, menciona a *la estrella de la mañana*.

A estos luminosos ejemplos habrá que añadir expresiones como *luz del mundo* que aparecen en los textos evangélicos. Pero hay más curiosidades que hacer notar.

Tras nacer un niño, la costumbre establecía que pasados ocho días debía ser circuncidado, y más tarde llevado al Templo, donde sería presentado. Y así lo cuenta Lucas (2, 21 y ss.):

¿Qué tiene de anómalo todo esto y cómo se enlaza con las costumbres egipcias? Pues de este modo: sucede que, según los autores que venimos siguiendo hasta ahora, la ley judía establecía que *la ceremonia de purificación se unía a la del rescate de los primogénitos pagando cinco sidos de plata*, especificándose que solo los hijos de los levitas, los sacerdotes, estaban exentos de ese pago. Lucas no dice nada al respecto, con lo que los referidos Carcenac y Pujol concluyen que ese rito era estrictamente sacerdotal, y se emparentaría de nuevo con la civilización egipcia a través de la costumbre de presentar al

joven faraón en el templo ante Amón como el verdadero sacerdote.

Hemos mencionado ya símbolos propios del cristianismo, caso de la figura del pastor, de la agricultura o de la luz, como algo propio de los rituales egipcios, pero no son, naturalmente, los únicos. El agua es otro de ellos. Jesús se dirá pescador de hombres, vivirá y predicará buena parte de su vida junto a un lago y tendrá por discípulos a varios pescadores. Incluso el símbolo del pez representó a la comunidad cristiana en tiempos de represión durante sus primeros años. Pero ¿de dónde llegó a la boca de Jesús el gusto por la metáfora del agua como elemento de purificación? ¿De los esenios? Por supuesto que sí, como ya se verá en la segunda parte de este libro, pero ocurre que antes de los esenios el agua era símbolo de pureza en Egipto. Y si no lo creen, lean en Levítico (8, 6) cómo Moisés, cuando va a consagrar como sacerdote a Aarón lo lava con agua {*E hizo que se acercaran Aarón y sus hijos y los lavó con agua*}. ¿Dónde aprendió eso Moisés sino entre los sacerdotes egipcios?

Pero por si todas estas sospechosas coincidencias no han sido suficiente, vayamos sin más demora a por la que, en mi opinión, mejor representa cuanto venimos diciendo: la asimilación del faraón con su padre el dios y la correspondencia entre Jesús y el Padre, que son, según su propia definición, una misma cosa.

En las inscripciones egipcias es frecuente leer expresiones en las que el dios parece complacerse ante la figura de su hijo encarnado en la tierra. Así, frases como *amado de Rao escogido de Ra* reaparecerán en la cultura hebrea en los textos atribuidos, por ejemplo, a Samuel (2 Samuel 7, 12-14). Nos referimos a la profecía de Natán en la que se da cuenta del vaticinio que Yavé hace a David sobre su descendencia informándole, para regocijo del rey, que su hijo construirá un templo en su honor, y añade Yavé con esa gracia suya para hablar como si fuera un vecino más: *Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo*. Y en los Salmos (2, 7) leemos: *Tú eres mi hijo, yo mismo te he engendrado hoy*.

Claude-Brigitte Carcenac asegura que en el Nuevo Testamento aparecen en 125 ocasiones expresiones como *Hijo de Dios* o *Hijo del Altísimo*. Es el evangelista Juan el más proclive a emplearlas, hasta el punto de que él sólo se apunta la mitad. Y aunque es verdad que no se puede decir que Jesús dijera de sí mismo tal cosa, no es menos cierto que al mencionar a Dios como *mi Padre* prácticamente está diciendo lo mismo.

En la literatura egipcia encontramos otras ocasiones en las que el faraón, más que ser una prolongación carnal del dios, es una herramienta que ejecuta la voluntad divina. Casi lo mismo parece decir el evangelista Juan en esta frase (14, 8 y ss.): *Las palabras que os digo no las digo por mi propia cuenta; el Padre, que está en mí es el que realiza sus propias obras*.

A la luz de cuanto llevamos dicho, no debiera parecer extraño que si el faraón y Jesús se parecen tanto como les sucedería a cualquiera de nosotros si fuéramos hijos de uno de aquellos dioses, ambos, faraón y Jesús, sean capaces de exhibir fantásticas capacidades. En el caso de Jesús las conocemos bien, puesto que en los Evangelios lo vemos curando enfermos, caminando sobre las aguas e incluso resucitando a difuntos. Y en lo que hace a faraón, pues no se queda atrás, puesto que hay textos egipcios donde se lee: *Hijo de Ra que mantiene la vida de sus subditos*.

Pero si hay una expresión verdaderamente sonora en los labios de Jesús al hablar de sí mismo, esa es *Hijo del Hombre*. ¿Será posible que también ahí topemos con antecedentes egipcios? Pues según parece al leer la llamada *Estela de Mettemich*, así es:

... Como saliese al atardecer, siete escorpiones me persiguieron. Enviaron contra mí sus dardos [...]. Yo grito de cara a ellos fuerte, fuerte. Mi palabra circula en sus oídos como en los de la gente que sabe obedecer, que implora la fuerza, que distingue el Hijo del Hombre de un miserable.

Por tanto, no fue Jesús el primero en usarla, ni tampoco se puede atribuir el mérito el profeta Daniel, por más que también la escribiese (7, 13).

La buena nueva tal vez no era del todo nueva

Jesús, si era Dios en la tierra, sin duda no necesitaría muchos instructores de vuelo para planear sobre aquellos mortales. Pero incluso si fuera hijo de Dios en la tierra tenía que hablar a aquellas gentes de alguna manera. Eligió las parábolas en muchos casos para exponer una filosofía y se inspiró en cosas ya dichas o ya oídas para ser entendido. Y esas doctrinas las aprendió en Egipto.

Y si Jesús no era Dios en la tierra, sino un hombre que vivió un proceso de iniciación que lo llevó más allá del dolor y más allá de la realidad visible, como otros habían hecho antes y alguno hizo después, también necesitó sílabas para hablar e ideas suficientemente comprensibles para los que le rodeaban. Y esas ideas las aprendió en Egipto.

Antes de salir a la vida pública dispuesto a contar lo que sabe y lo que siente. Jesús, al que la tradición presenta con treinta años en el momento de tomar esa decisión y del que no hemos vuelto a tener noticia alguna desde que tenía doce años (valórese en su justa medida esta terrible circunstancia antes de juzgar la versión que aquí se ofrece y la que ofrece la Iglesia); Jesús, decíamos, supera una nueva prueba iniciática en el desierto enfrentándose al demonio.

Pues bien, los eruditos mencionados encuentran también antecedentes sobre el particular. Esta vez, en un bajorrelieve ptolemaico, de 300 años d. de C., donde el faraón está postrado ante Isis y esta le tienta con frases muy familiares: *Te daré todos los reinos de la tierra.*

Tras las tentaciones, Jesús sale al ruedo político y social de aquella convulsa Palestina dividida por guerras intestinas (saduceos, fariseos, esenios, zelotes...) tras obrar un primer prodigio: la conversión del agua en vino. Y sucede que incluso en eso podemos encontrar un antecedente egipcio. Se trata de la tumba de Paheri, datada como de 1500 antes de Jesús, y en la que, a decir de Llogari Pujol, se *escenifica la conversión del agua*

en vino por el faraón. Es más, incluso son seis las ánforas de vino que se representan en la tumba egipcia, exactamente el mismo número que menciona Juan (2, 6): Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas.

Otros hechos asombrosos de Jesús, considerados por todos como milagros, como multiplicar panes y peces o caminar sobre las aguas, ya serían disciplinas dominadas en tiempos egipcios, según Pujol: *(eso) lo hizo el dios Sobk, como cuentan los Textos de las pirámides ¡del año 3000 a. de C.! Sobk es el dios-cocodrilo, y da pescado y pan blanco a la gente a la orilla del lago Faiun... ¡Y camina sobre sus aguas!*

Durante su predicación, Jesús puso énfasis en la importancia de un comportamiento moral y ético en vida para poder trascender tras la muerte. Más fácil le iba a resultar a un camello adentrarse por el ojo de una aguja que a un rico acceder al reino de los cielos, vaticinó. Y ello era así no tanto porque el hombre fuera rico como porque era rico y hombre, combinación que no siempre es fácil de asimilar. Jesús no tenía nada especial contra los ricos, y de hecho la familia de Betania favorita (María, Marta y Lázaro) era rica y figuraban entre sus mejores amigos, como sucedió con José de Arimatea. Jesús alertaba de otra cosa, de quedar prendido a la materia de manera que fuera imposible elevarse por ese lastre.

Sabiendo de las miserias del hombre, que son muchas siendo pobre, temía a la riqueza como elemento corruptor que puede provocar injusticia. Exactamente igual que sucedía en Egipto al hablar del reino de la diosa Maat.

La diosa Maat, nos dice Sebastián Vázquez, *es la más evidente expresión de la divinización de un concepto: la idea de verdad, y por extensión de justicia.* Tal vez la reconozca el lector si le decimos que habitualmente se la representa con forma de mujer en cuya cabeza lleva un tocado en el que destaca una pluma de avestruz.

Para los egipcios, todo debía hacerse de acuerdo a ella. La justicia, la perfecta armonía, el orden divino prevalecía en la

üerra si Maat inspiraba el comportamiento de los hombres. Es más, según hubiera sido su conducta, ajustada o no a Maat, así les iría en la otra vida. Por esa razón, en la pesada de las almas, o *psicostasia* del Juicio de los Muertos, se colocaba en un lado de la balanza el corazón del difunto y en el otro la pluma de avestruz de Maat. ¡Desdichado de aquel a quien el juicio demostraba incumplidor de la ley de Maat!

Y ya que mencionamos este capítulo de la pesada de almas, permítame el lector que me escape por un instante breve desde este tiempo y lo invite en un viaje a través de los siglos hasta detenernos en Vezéiay, en Francia. Mire el lector cuando pueda el tímpano de la basílica local, del siglo XII, y sienta el escalofrío que recorrerá su cuerpo al reconocer en aquel relieve medieval una representación exacta de la típica imagen que todos conocemos del Juicio de los Muertos egipcio.

En Egipto todo el mundo, y el faraón el primero, debía regirse conforme a los principios de Maat, y eso mismo propone Jesús. Solo así se accedería al reino de los cielos, naturalmente. De igual modo que solo así el difunto egipcio llegaría a la morada de Osiris.

Pero regresemos al tema polémico de la riqueza y la pobreza. El evangelista Mateo (19, 21) nos dice: *Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después, ven y sígueme.* Y en la misma línea se expresa Marcos (10, 21): *Te queda una cosa por hacer: Anda, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo.* Pues bien, también a la vera del Nilo se pudieron inspirar estos dos escribanos para decir todo eso. Carcenac encuentra el ejemplo en el *Papiro Insinger (31/17)*, en el que podemos leer: *Él (Dios) hace del pobre mendigo un señor, porque conoce su corazón.*

Para llegar al reino inmaterial que Jesús propone no basta con ser pobre, puesto que por serlo uno no se libera de las miserias, sino que es necesario algo más. Jesús habló del perdón, pero especialmente locuaz se mostró con Nicodemo, al que recomendó realizar todo un proceso de iniciación para llegar

su reino: nacer de nuevo (Juan 3, 3-5). Por supuesto, Nicodemo, que no había oído que fuera posible tal cosa, se quedó perplejo y preguntó cómo se podía hacer eso que nadie antes había logrado, y es entonces cuando Jesús lo lleva por los ya conocidos senderos de la vida y de la muerte tan propios de Egipto: *El que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos.*

Esas muertes han de ser, obviamente, simbólicas. Son las mismas que se producían en los adeptos en los ritos de Isis y Osiris; las mismas que experimentarán siglos después los iniciados del Temple

Días de vísperas

Al acercarse a Betfagé y a Betania, a tiro de piedra del monte de los Olivos, como saben todos los que conozcan la zona, Jesús envió dos emisarios a Jerusalén. Estamos en los umbrales de la tragedia, pero antes sucederá el confuso episodio de su entrada en Jerusalén aclamado, si creemos a los evangelistas, por el pueblo. Pero ¿se refieren los cronistas al mismo pueblo que unas horas más tarde le mira con indiferencia camino del Góigota? ¿O quizá el pueblo no se fijó apenas en el hombre que cabalgaba ahorcajadas sobre un asno? Y es que justamente a conseguir el animal fueron aquellos dos adelantados. Iban con instrucciones concretas [*Hallaréis un pollino atado, que todavía no ha sido montado por nadie: desatadlo y traedlo*, leemos en Lucas 19, 30).

Autores como Boismard han creído que el modo que eligió Jesús para entrar en Jerusalén fue muy meditado. En su opinión, copió la manera en que los monarcas orientales llegaban victoriosos a sus ciudades. No sé si dar o no la razón a este autor al respecto, pero lo que no se puede olvidar es que había, como tantas otras veces en el comportamiento de Jesús, una profecía anterior que invitaba a obrar de ese modo, nos referimos a la que escribió Zacarías (9, 9): *Salta de júbilo, hija de Sión;*

alégrate, hija de Jerusalén, porque tu rey viene a ti: justo y victorioso, humilde y montado en un asno.

La autora de *Jesús, 3.000 años...* cree encontrar antecedentes en eso de entrar por la puerta de una ciudad a lomos de un pollino en los enigmáticos mitos osiríacos, puesto que parece que Osiris, cuando domina a Set, a este se lo representa *bajo el aspecto de un asno pelirrojo* en algún templo, o *en numerosos papiros griegos como un hombre con cabeza de asno*.

No deberá pasar mucho tiempo para que aquella supuesta majestad de Jesús se diluya ante sus torturadores y frente a la indiferencia del pueblo y el pánico de sus supuestos discípulos. Pero antes llevará a cabo un rito oscuro que la Iglesia bautizó como la Última Cena, viendo en él el momento en que presuntamente Jesús instauro el sacramento de la Eucaristía. Y si durante su vida pública el pan, el agua y el vino juegan un papel estelar, ahora que esa vida pública (no sé si también su vida biológica, como se verá en la tercera parte de este libro) se extingue, de nuevo el pan y el vino cobran protagonismo. Pero ¿es en ello original Jesús? Todo parece indicar que no.

Expresiones como *esta mi sangre de la Alianza*, nos las tropezamos en *Éxodo* (24, 8), pero es Moisés quien la pronuncia. Veamos: *Esta es la sangre de la alianza, que el Señor ha hecho con vosotros mediante todas estas palabras.*

Asombroso, ¿no le parece, lector?

¿Qué tiene que ver con Egipto? Pues todo, no en vano allí nació, se forjó y educó en la magia quien pronuncia esa frase, Moisés. Ambos, Moisés y Jesús, proceden de la misma escuela mística.

Respecto al pan y a su relación con el dios Osiris, no se deberá decir mucho más de lo que ya sabemos: ambos, Osiris y Jesús, serán muertos y *sembrados* simbólicamente en el interior de la tierra para después regresar del mundo de los muertos, como si fueran espiga dorada por el sol.

Respecto al vino, citaremos de nuevo las fuentes ya conocidas para acercarnos al *Papiro mágico de Londres y Leínden*, donde se leen expresiones en las que el vino es citado como *sangre de Osiris*.

¿Qué ocurre, padre mío Amón? ¿Ha abandonado alguna vez un padre a un hijo? ¿He hecho alguna cosa sin tí? Cuando yo iba y venía, ¿acaso no era bajo orden tuya? Nunca me he separado del plan que tú me habías trabado. ¿Estamos asistiendo al llanto de Jesús en el momento sublime de la oración de Getsemaní? Eso pudiéramos pensar, pero resulta que estaríamos equivocados si tal cosa creyéramos. Lo que acabamos de escribir lo hemos copiado de una traducción que A. Gardiner hizo de los textos que aparecen en los templos egipcios y se refiere al lamento de Ramsés II en vísperas de la memorable batalla de Kadesh.

Se parece tanto el episodio al lamento de Jesús al otro lado del torrente del Cedrón, en el monte de los rugosos olivos en el que alguna vez soñé despierto, que no deja de sorprender. Y del mismo modo que Jesús reprochó a sus tres acompañantes (se supone que sus más *fieles*) que se quedaran repetidamente dormidos como marmotas en un trance semejante, así las inscripciones dan cuenta de iguales reproches de Ramsés II a los suyos: *Ninguno de vosotros ha resistido para tenderme la mano cuando combatía.*

En alguna ocasión he escrito que todo cuanto a partir de esos instantes, y tal vez antes también, se cuenta de la vida de Jesús lo define la dirección que marcará la línea editorial que Pablo de Tarso diseñará. En una época y en un mundo como el mediterráneo, donde el panteón de dioses estaba atestado como una carretera nacional en la salida de vacaciones, se precisaba algo que definitivamente pusiera a Jesús, el llamado Hijo de Dios, por encima de todos los demás. Y se encontró la respuesta en Egipto, donde el faraón era más poderoso muerto que vivo, puesto que ya estaba asimilado a Osiris. De modo que había que matar a Jesús y hacerlo resucitar. Y así se lee en los Evangelios.

No les bastaba que aquel hombre hubiera demostrado en vida que se podía trascender la materia; no era suficiente que ante ellos se hubiera mostrado un maestro extraordinario; había que convertirlo en dios al modo faraónico. Y Jesús, con la muerte en la comisura de los labios, izado allá arriba, con la

espalda ensangrentada untando el rugoso madero, se ve capaz de tener un poder que ningún otro hombre poseía y le anuncia al desgraciado zelote que ejecutaron a su derecha: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lucas 23, 42-43).

El faraón dirá cosas semejantes en su excelso poder: *Los que perjudiquen o dañen estas estatuas... y otros monumentos, mi Majestad prohíbe que ellos mismos o sus padres las disfruten; que puedan juntarse con los espíritus transfigurados en el Occidente, que formen parte de los vivientes (en el más allá).*

Y aquel poderoso muerto debía pasar a la vida superado el tránsito superfluo de la agonía, intacto, de modo que ni un solo hueso de su cuerpo me quebrado en la cruz. ¿Por qué? ¿Tal vez, como se ha dicho, por cumplir lo que el Éxodo (12, 46) dejó dicho sobre el cordero de Pascua, indicando que: *Se comerá toda en la misma casa; de sus carnes no sacaréis nada fuera de ella, ni romperéis ninguno de sus huesos?* ¿O debemos mirar de nuevo a Egipto como propone Carcenac? Cedamos a esa tentación y veamos qué nos dice esa autora: *La conservación de un cuerpo intacto es la primera condición requerida para vivir el más allá egipcio.* ¡Otra coincidencia!

El Heb-Sed de Jesús

Jugando con las cartas que han repartido Carcenac, Pujol y otros, digamos que la muerte de Jesús supone, por el modo y manera en que se le juzga, la violación de la ley de Maat. En consecuencia, el mundo todo se altera y cruje. ¿Qué nos dicen los evangelistas? Pues que en fenómeno a todas luces extraordinario el sol se oscurece, se rasga la cortina del templo y la tierra entera grita su dolor. Y es lógico que si el faraón es la encarnación del Ra, el sol se oculte y sepulte entre tinieblas a los hombres que han dado su espalda a Maat.

¿Debemos leer de ese modo el instante de la muerte de Jesús?
 ¿Y la resurrección? ¿Dónde está la clave egipcia?

Empecemos por el sepulcro, que, excavado en la roca como los egipcios, hace pensar a Carcenac que hay gato encerrado en el texto evangélico, pues ese enterramiento, a su juicio, respondía *a un mito de la montaña primordial que es el origen de la vida en el mundo. Así, hacerse enterrar en la roca ayuda al muerto a volver a la vida.*

Interpretaciones más o menos arriegadas aparte, lo que sí es sabido es que cada treinta años de reinado del faraón este celebraba una misteriosa fiesta que se conoce como Heb Sed. Por la treintena caminaba también Jesús cuando lo meten con los pies por delante en el sepulcro propiedad de José de Arimatea.

¿En qué consistía esa fiesta? ¿Dónde tenía lugar?

Digamos antes que son muchos los investigadores que no creen que las pirámides sirvieran para enterrar jamás a nadie. No se ha encontrado resto humano significativo que permita esa afirmación que, sin embargo, los historiadores y egiptólogos habitualmente sostienen. Por tanto, si no sirvieron para enterrar a nadie, ¿cuál fue su función?

Manuel Delgado y José Álvarez López escribieron en la revista *Más Allá* que en realidad esas construcciones fueron *centros rituales donde celebrar extrañas ceremonias para prolongar la vida de los reyes.*

Naturalmente, esas *máquinas* de piedra requerían algún *combustible* que las pusiera en marcha. A mí me gusta pensar que hay fórmulas, no sé si numéricas, de combinaciones de palabras, de silencios y sonidos, que cumplían esa labor. De ese modo se activaban las energías precisas para lograr lo que se pretendía en esos recintos sagrados, tal vez incluso resucitar. ¿Hablamos de una resurrección en sentido figurado o en el otro sentido? La verdad es que llega un momento en que uno no sabe qué pensar, y lo más asombroso a veces es lo menos increíble, de modo que cada cual piense lo que desee.

Las pirámides solían tener asociados un templo. Por ejemplo, en el patio de ceremonias anejo a la pirámide de Zoser, era donde se celebraba la fiesta de Heb-Sed o *Fiesta del Jubileo*

para el faraón. Según el profesor Edwards, jefe del Departamento de Antigüedades Egipcias del British Museum, *el origen del Heb-Sed se remonta a épocas muy lejanas en las que los egipcios creían que la prosperidad del reino solo podía ser asegurada por un rey que mantuviera intacto su vigor físico.*

Ahora bien, ¿en qué consistía la ceremonia? Por lo que se cree saber, primero se introducía al faraón en un sarcófago no sin antes haberle suministrado algún tipo de poción o haberlo sometido a prácticas que desconocemos. Quedaba entonces aparentemente muerto, pero esa apariencia era absolutamente real a ojos de los fieles súbitos. Y así permanecía días, pasados los cuales salía de su muerte transitoria hecho un chaval y dispuesto a disparar con el arco con la puntería de un lince o a segar él solo una mies de trigo, tal y como en tiempos no lejanos aparentara hacer Benito Mussolini en los carteles propagandísticos del fascismo italiano.

El faraón, se pongan como se pongan, había resucitado. ¿Quién había inventado este ritual y todo lo que conlleva? No se sabe. Los investigadores antes mencionados dan una pista jugosa e inquietante a la vez. Según ellos, en el templo de Dendera hay informaciones que remontan el Heb-Sed a los tiempos de los *servidores de Horus*, o lo que es lo mismo: a la época predinástica.

Pero ¿qué tiene que ver con Jesús todo esto? En primer lugar, y esto es algo que deberemos leer con más detalle en la tercera parte de este libro, a Jesús se le da a beber algo usando una esponja mientras está clavado en la cruz. Como ya diremos, se ha especulado mucho sobre lo que pudo beber. ¿Tenía que ver ese líquido con el brebaje que se suministraba al faraón en el Sed? ¿Fue solo simbólica la muerte de Jesús?

Otra posibilidad más tranquilizante para los creyentes cristianos sería la de pensar que, en efecto, Jesús murió de verdad en la cruz. Las heridas y el suplicio pudieran permitir creerlo. Lo que ocurrió es que los evangelistas, años después e influenciados por la literatura egipcia, añadieron datos que conocieron de lo que en el Sed faraónico sucedía.

En todo caso, resulta difícil esquivar lo que se lee en el *Libro de los Muertos* a propósito de Osiris: *Aquel que da la vida a los hombres y a las mujeres una segunda vez*, Y por ello los investigadores ya citados traen a escena estas palabras de Jesús: *Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aun cuando muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre* (Juan 11, 25).

Capítulo 3

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

AL escribir estas líneas pareció que no seríamos honestos del todo si no lleváramos hasta sus últimas consecuencias las semejanzas que se han querido ver entre algunos cuentos, inscripciones y rituales egipcios y el cristianismo, si en esos ejercicios no abordáramos la ambigua relación que Jesús mantuvo durante su vida con María Magdalena.

Vimos en páginas anteriores que Jesús guarda semejanza con algunas de las características que se atribuían a los faraones, pero especialmente debido al carácter divino que a estos se les suponía. Leímos frases egipcias en las que también parecía que el faraón era hijo de dios e incluso recuperamos la vieja leyenda de Osiris e Isis para ir más lejos y comparar directamente a Jesús no ya con el hijo de un dios, sino con el dios mismo Osiris. Y si como él murió y resucitó al tercer día, y si como él conoció los secretos rituales que permitían al iniciado egipcio superar la incomodidad de la muerte para renacer de nuevo, tal y como recomendó a Nicodemo, ¿por qué no buscar también a una Isis al lado de este Osiris hebreo?

No será preciso insistir en lo mucho que se ha puesto de moda el tema después de la publicación de la novela de Dan Brown *El Código Da Vinci*. A partir de esa obra, como si nunca antes se hubiese escrito renglón alguno sobre el asunto, las posibles relaciones amorosas entre Jesús y María Magdalena llenan estantes completos de librerías. Ante esa plaga, ¿qué podemos aportar aquí? Pues justamente una visión coherente

LA VIDA SECRETA DE JESÚS DE NAZARET

con cuanto llevamos dicho; precisamente proponemos al lector una visión mucho más global de lo que pudieron ser esas relaciones a la luz de los ritos osiríacos.

¿Quién dijo prostituta?

Lo primero, un reto. O mejor, dos.

El primero: ¿hay alguien que pueda decirnos en qué renglón de los Evangelios se califica de prostituta a María Magdalena?

El segundo: que dé un paso al frente el que no tenga nada que ocultar en su vida.

El primer reto posiblemente tenga como resultado que ninguno de ustedes encuentre esa palabra, *prostituta*, en ningún Evangelio a la hora de referirse a María Magdalena. El evangelista Lucas asegura (7, 36 y ss.) que en casa de un fariseo a la cual fue Jesús había *una mujer pecadora*. La acción transcurre así: la mujer, para pasmo de todos los hombres presentes, llega hasta Jesús, besa sus pies y los unge. No habían cerrado aún la boca los pasmados discípulos cuando el escándalo se hace más colosal, puesto que Jesús le dice a la mujer:

Tus pecados te son perdonados.

¿Era *esa. pecadora* María Magdalena? No lo podemos saber, ni Lucas lo afirma. Y, naturalmente, ser pecadora no es necesariamente la misma cosa que ser prostituta, suponiendo que ser prostituta fuera en algún caso ser pecadora; y eso en el supuesto de que el pecado existiese. Y si existe, habrá que discutir qué se entiende por tal cosa. Pero para centrar el debate, digamos que hay una pecadora que está en casa de un fariseo pero cuyo nombre desconocemos.

El nombre de María Magdalena lo escribe, sin embargo, el mismo cronista para afirmar que Jesús había sacado de ella *siete demonios* (Lucas 8, 2). ¿Qué es eso de sacar un lote tan amplio de demonios de una persona? ¿Era Jesús un exorcista? ¿Qué ritual tuvo lugar entre él y esa mujer llamada Magdale-

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

na? ¿Tal vez un rito de iniciación, como propone Lincoln, Baieent y Leigh en su obra *El enigma sagrado?* Aseguran estos autores que: *El culto a Istar o Astarté -la Madre de Dios y Reina del Cielo- entrañaba, por ejemplo, una iniciación en siete etapas.*

Vemos, si es que damos crédito a esta posibilidad, que había rituales en otras religiones en los que la presencia de la mujer no solo era importante, sino incluso básica. Lo mismo sucedía con los cultos isíacos egipcios. Tal vez, aventuramos, si una persona siguiera esas creencias y practicara esos rituales, incumpliendo la ley judía, sería considerado a todas luces un o una pecadora. ¿A eso se refiere el evangelista?

Los redactores de los Evangelios, todos hombres, recogieron muchos años después de que sucedieran los hechos reales una serie de tradiciones orales, de chascarrillos o de anécdotas atribuidas a Jesús, y se preocuparon, por intereses de una cultura machista y por razones tal vez casi políticas, de aislar a otro grupo de discípulos que viajaban con Jesús, y especialmente las mujeres que lo seguían. Con todo, muy importantes debieron ser, ya que incluso a veces los evangelistas se ven obligados a citar a algunas de ellas. Leamos a Lucas (8, 1 y ss.):

Lo acompañaban los doce y algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y enfermedades; María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y algunas otras, las cuales le asistían con sus bienes.

Se ve claramente que había mujeres entre los seguidores y que eran varias. Incluso su posición debía ser importante en el grupo, puesto que eran ellas quienes pagaban aquellas andanzas por mieses, lagos y desiertos. Y entre ellas aparece María Magdalena, pero enseguida veremos que no era una más.

Un dato demuestra inicialmente la singularidad de esta mujer, tal vez uno de los personajes históricos más atractivos de todos los tiempos. Nos referimos al hecho nada anecdótico de que, como indican Picknett y Prince, es la única de entre

LA VIDA SECRETA DE JESÚS DE NAZARET

todas las demás mujeres que se menciona con su nombre únicamente, no por ser la madre o la esposa de algún varón. A María Magdalena no se la atribuye marido ni hijos, de modo que está ahí, en medio de la acción, *chupando cámara*, solo por ser ella.

Me imagino la incomodidad del escritor, varón y de cultura hebrea, viéndose obligado a redactar esas noticias en las que había que citar a un puñado de mujeres de una manera obligada. ¿Por qué? Pues porque suponemos que de no haber sido por ellas, las únicas -con la excepción, en lo que a varones discípulos se refiere, de Juan- que asistieron a la crucifixión, ¿quién hubiera dado noticia de lo ocurrido? Téngase en cuenta que las mujeres de la época carecían de opinión válida a ojos del varón, e incluso en caso de juicio. Y a eso se agarrará Pedro unas páginas más adelante para negar que María Magdalena hubiera visto, como ella gritaba alborozada a los calzonazos discípulos, a Jesús. Bueno, a eso se agarró Pedro, y a más cosas, como ahora se verá.

Y es que la verdad es terca como una muía y siempre termina por aparecer. Y en lo que a Pedro y a su misoginia hace, la verdad se demoró hasta 1945, cuando en Naj Hammadi, casualmente en Egipto (siempre Egipto), aparecieron una serie de Evangelios denominados *gnósticos*. Entre esos documentos encontramos algunos, caso del *Evangelio de María* o el *Pistis Sophia* donde se advierte el odio que Pedro dispensaba a Magdalena. En el último evangelio citado se lee esta frase atribuida a María Magdalena: *Dudo de Pedro, y lo temo, porque odia al género femenino*. Y en el *Evangelio de Tomas* Pedro dice: *Dejad que se vaya María, porque las mujeres no merecen la vida*.

El concepto cristianismo, que sirve para bautizar a la religión que se puso en marcha después de la muerte de Jesús, nace del vocablo griego *crastos*, que quiere decir *ungido*. Por tanto, el ritual, pues eso es lo que me parece a mí que hay que leer en ese episodio, en el que Jesús es unguido, debe ser cierta-

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

mente trascendente para que toda la religión reciba el nombre del mismo. Los reyes eran ungidos, como los faraones. El acto de unción tenía un componente político y militar, pero también místico.

El pueblo de Israel esperaba un libertador político y Jesús no respondió a esas expectativas, puesto que su mensaje, al parecer, tenía otra dirección. Sin embargo, se sometió a la unción. Recordemos los hechos, porque son muy importantes.

Los evangelistas Marcos (1, 3 y ss.) y Mateo (26, 6 y ss.) sitúan la acción en casa de Simón el Leproso, pero Juan (12, 1-8) no desciende a ese detalle y asegura que ocurrió en el pueblo de Betania en mitad de una cena en la que estaba Lázaro.

Sea donde fuere, todo se precipita cuando aparece una mujer provista de un jarro de alabastro que contiene un perfume de nardos con el que unge la cabeza de Jesús, como a un rey. ¿Quién es la anónima intrusa? Juan la saca de ese anonimato diciendo que es María, sin más. Suponemos, visto que todo parece ocurrir ante Lázaro y se menciona también a Marta, una de las hermanas de este, que era la casa de esta familia el escenario, y no parece descabellado identificar a esa María con la otra hermana del amigo de Jesús. No obstante, la tradición ha querido ver en ella a María Magdalena, y tal vez sea así, solo por la sencilla razón de que ambas, María y Magdalena, eran la misma mujer, como enseguida trataremos de explicar.

Ahora bien, de regreso a Egipto podemos encontrar un papel parecido en Isis y en Osiris, siendo el segundo el monarca del reino y ella su esposa, presta a servirlo.

Era la familia de Lázaro acaudalada, y eso queda claro por varios detalles que se advierten en los relatos evangélicos, no siendo el menor el hecho de que él tuviera sepulcro propio, de donde parece ser Jesús lo saca vivo y coleando tras haber muerto (¿físicamente?, ¿de forma ritual?). Por todo ello, no debiera extrañar que María, que era una de las mujeres adineradas que al parecer pagaban los gastos de la aventura pública de Jesús, tuviera dinero para comprar un perfume tan costoso.

LA VIDA SECRETA DE JESÚS DE NAZARET

Y justamente ese despilfarro es el que aprovechan los hombres que siguen a Jesús para mostrar los celos que tenían de esa Isis hebrea y reprochan que no se gaste ese dinero para dárselo a los pobres. Jesús, para su vergüenza, los deja en evidencia y alaba el acto de la mujer.

Aunque no sepamos demasiadas cosas de María Magdalena ni del resto de las discípulas -llamemos a las cosas como son y no como otros escribieron que eran-, parece evidente que siempre estuvieron con él, puesto que de otro modo no se entiende de dónde sale tanta mujer en el fatal episodio de la crucifixión. Leamos a Mateo (27, 55-56): *Había también allí, mirando desde lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde*

Galilea para atenderlo. Entre ellas estaba María Magdalena, María la madre de Santiago y José y la madre de los hijos de Zebedeo.

Marcos (15, 40-41) coincide con Mateo y añade a la lista a Salomé. Un poco después (15, 47) añade un dato sobre el que regresaremos en la tercera parte de este libro, cuando hablemos del último viaje de Jesús. Ese dato es el que dice que María Magdalena y María la madre de José *estuvieron mirando dónde lo ponían*, en referencia al cuerpo ya sin vida de Jesús. En su momento se explicará la razón por la cual la frase ha servido para que algunos autores dibujen posibilidades inexploradas.

¿Y Juan? ¿Qué dice Juan sobre estas mujeres al pie de la cruz? Él añade (19, 25) a la propia madre de Jesús y a Mana de Cleofás, a quien presenta como hermana de la anterior.

De modo que tenemos a un puñado de mujeres arriesgándose a asistir a la ejecución de Jesús sin temer en modo alguno ser identificadas como seguidoras suyas. Mientras, los que se proclamaron tras su muerte discípulos y aun apóstoles, estaban escondidos e incluso habían pasado toda la noche negando siquiera conocer al Nazareno. Resulta a medias hilarante y a medias patético.

Osiris ha muerto, ahora en la cruz. ¿Qué hace Isis? La primera persona que tiene arrestos, si leemos lo que dicen los Evangelios, para ir al sepulcro de Jesús el famoso domingo de la resurrección es María Magdalena. Ella será el pri-

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

mer vocero del gran milagro de la resurrección, porque ella, como Isis, ha salido en busca del cuerpo de Osiris muerto. Y como dios solar, el regreso a la luz significará la superación del más alto grado de iniciación. Jesús, semilla sembrada y enterrada en el fondo de la tierra en forma de sepulcro, sale de allí tres días más tarde transformado como un faraón tras el Heb-Sed.

En la leyenda egipcia Isis recibe la ayuda de su hermana Neftis en el ritual de la resurrección de Osiris. Por ello, hay autores que ven a Neftis en *la otra María* de la que habla Mateo (Mateo 28, 1-8); Marcos, por su parte (16, 1-8), suma un personaje más a la acción: Salomé. Y lo mejor es la mención que hace de un joven *vestido con una túnica blanca*, cuya naturaleza estaría bien que alguien nos aclarara, no fuera a ser que digamos lo que realmente se nos ocurre y escandalicemos todavía más al lector. Pero mientras se aclara o no de dónde había venido ese extraño visitante, compliquemos todavía más el caso recordando que Lucas y Juan hablan de dos seres *deslumbrantes*.

Todo eso dicen los Evangelios, pero ¿qué dicen los textos egipcios sobre Isis? Leamos algunas frases. Por ejemplo, en el *Libro de los Muertos*-. (*Osiris es aquel que da la vida a los hombres y a las mujeres por segunda vez* ¿No dijo Jesús algo parecido? Lean a Juan (11, 25): *Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aun cuando muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre*.

Isis, esposa del dios

La moda que ha estallado en medio mundo a partir de la novela *El Código Da Vinci* en realidad, si los lectores hubieran conocido obras anteriores, no es tan nueva. Baigent, Leigh y Lincoln hablaron de una vida cotidiana de Jesús muy diferente, en especial sobre lo que tiene que ver con su comportamiento sexual como hombre que fue.

Otros libros, caso de la obra de D. H. Lawrence *The man who Died*(1931), también planteaban las supuestas relaciones sexuales entre María Magdalena y Jesús, de modo que equiparaba claramente su pareja a la egipcia formada por Isis y Osiris. E incluso el cine se dejó seducir por esa posibilidad, como sucedió en la polémica película de Marón Scorsese *La última tentación de Cristo* (1988). Sin embargo, es hora de preguntarnos si esas especulaciones tienen alguna base en la que poder sostenerse.

Habitualmente, los autores que han profundizado en esas procelosas aguas tratan de echar mano como salvavidas a ciertos pasajes de los llamados Evangelios apócrifos, en especial al *Evangelio de Felipe*, donde se puede leer una frase que, si ha sido traducida correctamente y no es producto de tergiversaciones acaecidas a lo largo de la historia, como tantas otras veces ha ocurrido en los textos que hablan de Jesús, parece definitiva. Leámosla: *Pero Cristo la amaba más que a otros discípulos y la besaba a menudo en la boca...*

Como no podía ser menos, esa actitud de Jesús hacia María Magdalena molestaba mucho a los discípulos varones, que siempre miraron con recelo a las mujeres *discípulos*. De ellas ya hemos dicho algunas cosas, e incluso hemos dado ciertos nombres que filtran entre dientes los evangelistas homologados por la Iglesia, pero en el Evangelio apócrifo antes mencionado se abunda más en la idea de la presencia de mujeres siempre junto al Nazareno: *Eran tres las que siempre andaban con el Señor: su madre María, su hermana y la Magdalena, a la que llamaba compañera.*

¿Cómo debemos interpretar el concepto de *compañera*? ¿Tal vez como amante, tal y como proponen Picknett y Prince autores de *La revelación de los templarios*?⁷ En su opinión, *en una cultura tan dinástica como aquella, un Jesús célibe y sin hijos hubiera sido piedra de escándalo [...]. En realidad, la tradición judaica no solo aborrecía [...] el celibato, sino que incluso lo consideraba auténticamente pecaminoso.*

Para tratar de argumentar mejor su punto de vista estos investigadores acuden a cita atribuida a Pablo de Tarso que se

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

puede leer en la Primera Carta a los Corintios (7, 9), en la que este astuto sujeto propone que es *mejor casarse que consumirse de pasión*. Pero, tal y como he indicado en otras ocasiones, creo que Ficknett y Prince sacan de contexto esa afirmación de Pablo, puesto que esta se sitúa en un discurso muy concreto a favor de la virginidad y de sus bondades, y si al final Pablo aboga por la posibilidad del matrimonio lo hace para aquellos casos en que la calentura hace imposible la contención del buscador.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Fue Magdalena la amante de Jesús de Nazaret o no? Podríamos dar nuestra opinión personal, pero con ella no conseguiríamos reforzar ninguna de las dos posibles respuestas a esa pregunta, dado que carece de peso histórico y es huérfana de la prueba definitiva. Por ello, debemos seguir caminando entre posibles indicios, como el que creen ver los autores de *El enigma sagrado* en las mismísimas bodas de Cana, que, en su opinión, no son sino las de Jesús y María Magdalena. Veamos qué nos dicen.

A unos ocho kilómetros de Nazaret en dirección a Tiberíades se sitúa esta famosa aldea, Cana. Recuerdo que aún hoy en día los franciscanos se prestan ante los turistas peregrinos a realizar un simulacro de boda entre aquellas parejas cristianas que llegan hasta allí. Quienes están ya casados, mediante esta ceremonia pueden confirmar esa voluntad; y quienes no lo están, realizan un ensayo romántico de lo que podría ser su boda.

Incluso se muestran al visitante unas ánforas de barro que pretenden ser remedo de aquellas que sirvieron a Jesús para realizar su primer milagro oficial: la conversión del agua en vino.

¿Qué tipo de asceta podría ser Jesús, dicen algunos, si participaba en bodas y banquetes e incluso se ha dicho de él que era un comilón? ¿Cómo puede alguien pensar que se parecía a Juan el Bautista, hombre muy próximo al movimiento esenio? Pero eso tal vez se lo planteen quienes no adviertan que en la vida de Jesús puede haber etapas diferentes de formación. Mas dejemos el mundo esenio para más adelante y regresemos al enigmático banquete de Cana.

LA VIDA SECRETA DE JESÚS DE NAZARET

Imaginen la escena tal y como la plantea la interpretación ortodoxa: Jesús y su madre, María, asisten como invitados a una boda. De pronto, el vino del banquete se acaba y cunde el pánico entre los anfitriones. ¿Qué podían decir a sus invitados? ¿Cómo explicar esa descortesía? Y es entonces cuando una de las supuestas invitadas, María, se siente obligada a intervenir y le pide a su hijo, que aún no ha hecho ningún prodigio público, o al menos los Evangelios no lo recogen, que haga algo al respecto.

La pregunta que se hacen los autores ya citados es la siguiente: ¿Por qué se siente obligada María a intervenir? ¿Qué le iba a ella en aquella boda a la que asistía en calidad de convidada?

La respuesta que se les ocurre es que el nerviosismo de María nace del hecho de que ella no es invitada, sino anfitriona. Y eso es así porque los novios no son otros que Jesús y María Magdalena. Y eso explicaría la audacia con la que ordena a los mayordomos que sigan las instrucciones de Jesús para convertir el agua en vino.

Sin embargo, ese vino tiene asimismo un sabor egipcio, puesto que también en la vieja tradición egipcia aparece un suceso semejante, la transmutación casi alquímica del agua en vino, en el interior de seis tinajas, exacta y precisamente seis, como en el suceso de Cana.

Pero hay más escollos que solventar en esta propuesta. Es verdad que las crónicas evangélicas hablan de la presencia de Jesús y de María, su madre, en esa boda, pero no parece haber pruebas que permitan afirmar que allí estaba Magdalena. Y en ese punto, para rellenar ese terrible vacío informativo, se vuelve de nuevo la vista a esos episodios ya leídos de los Evangelios apócrifos, donde se advierte una relación amorosa de Jesús y Magdalena y al final se concluye que son ellos los novios.

La verdad es que leyendo con atención los Evangelios canónicos se advierte que Jesús tuvo una relación muy especial con dos mujeres a lo largo de la vida que se describe en esas

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

narraciones: María, la hermana de Lázaro, y la inquietante María Magdalena.

Las dos mujeres provocan a todo el mundo quebraderos de cabeza. Da la impresión de que no se sabe con certeza si son dos mujeres diferentes, o al final, que es lo que a mí y a otros investigadores les parece, se trata de una misma mujer. De hecho, cuando comentamos el episodio de la unción de Jesús, ya dijimos que Juan (11, 1-3) dice que es María la protagonista del polémico incidente. También sabemos que Jesús tenía un especial cariño a esa familia de Betania integrada por tres hermanos: Lázaro, Marta y la propia María.

Sin embargo, habitualmente se ha creído que quien realiza la unción de Jesús es María Magdalena. Ella sería la *pecadora*, pero también la mujer suficientemente rica como para comprar el costoso unguento y para pagar las andanzas de Jesús por Palestina. Y a ella amaba Jesús, al igual que sucede con María. Y a ello hay que añadir un detalle que los autores de *El legado mesiánico* ponen de manifiesto y que me parece muy notable. Se trata del hecho, ciertamente extraño, de que siendo María de Betania una mujer que amaba tanto a Jesús, en el momento de la crucifixión no aparece citada por los evangelistas. Hay allí, al pie del madero, numerosas mujeres, pero no está María de Betania. Y sí, en cambio, se menciona a María Magdalena. Por ello, esos escritores llegan a la conclusión de que no se podía citar a dos personas cuando en realidad las dos Marías son la misma mujer.

De ser eso cierto, que ya he dicho que es lo que yo también creo, la más clara candidata para ser la esposa de Jesús en Cana, en el supuesto de que esa ceremonia fuera en verdad la de sus esponsales, es María Magdalena, hermana de Lázaro y de Marta. Y esa *nueva* identidad de Magdalena nos permite emparentar su imagen aún más a la Isis egipcia, ahora esposa de OsirisJesús. E incluso nos da una ventaja más, y es la de poder entender mejor la razón por la que Jesús realiza un rito de iniciación oscuro con Lázaro que permite a este superar la muerte y renacer a una nueva vida. Se trató sin duda de un ri-

LA VIDA SECRETA DE JESÚS DE NAZARET

tual muy especial que hizo de este hombre, de Lázaro, ahora cuñado de Jesús, un personaje inquietante para los sacerdotes judíos. Detengámonos brevemente en este punto.

Jesús curó, según los Evangelios, a muchas personas. Incluso devolvió de la muerte, si creemos esa posibilidad, a otros además de a Lázaro. Sin embargo, es a Lázaro a quien quieren capturar a toda costa los sacerdotes y escribas del Templo. Juan (12, 10) es quien nos habla de los arteros planes que tienen los sacerdotes para capturar a Lázaro, lo que obliga a este a ocultarse.

¿Qué razón tenían los sacerdotes para pretender cazar a Lázaro y no en cambio a ninguno de los supuestos discípulos de Jesús? ¿Por qué no quisieron apresar con ese interés a Pedro, por ejemplo?

Añadamos otra cosa notable, y es la identidad del evangelista que escribe esos sucesos: Juan. El Evangelio de Juan es el más hermético, el más oscuro y tal vez el más iniciático de los cuatro reconocidos por la Iglesia. No sigue en absoluto la línea editorial de los otros tres, los llamados sinópticos, y en cambio ofrece informaciones que no podemos dejar pasar por alto, como la frase en la que Jesús califica a Lázaro de este modo:

Aquel al que Jesús ama. ¿Podemos especular con la posibilidad de que Lázaro fuera, por eso mismo, el famoso y enigmático *discípulo amado*? De ser así, no sena éste Juan, como siempre se ha dicho, sino Lázaro. Sin embargo, esa es solo una posibilidad más, de las tantas posibles, como ya veremos en la última parte de este libro, cuando regresemos sobre este asunto.

Lo que sí es cierto, y a partir de ahora los hechos se van a precipitar por un tobogán sorprendente, es que hay leyendas posteriores a Jesús que presentan a Lázaro desembarcando en las inmediaciones de la actual Marsella, en Francia, donde fundará un obispado y morirá. Y esta región francesa es la misma zona de la Provenza donde el culto a María Magdalena, de la que también se asegura que vivió como ermitaña y predicadora tras haber llegado allí embarazada de Jesús, tuvo un amplio desarrollo. Pero dejemos ese mítico desembarco para el cierre del libro que el lector tiene entre las manos.

Horus y el Grial

Al llegar a estas alturas de nuestra aventura *egipcia* nos vemos obligados a hablar en voz alta de esa moderna concepción del llamado Santo Grial medieval como la Sangre Real o Sang Real; es decir, la sangre de Jesús en un *recipiente* que nada tiene que ver con un cáliz, sino con el vientre de María Magdalena.

Ahí está el gran escándalo de toda este alboroto de *El Código Da Vinci*-, ahí la incomodidad de la Iglesia, puesto que resultana que todos sus esfuerzos para podar de la figura de Jesús aquellas ramas que lo hacían más hombre que dios -familia, esposa, hijos...- quedarían en nada. La Iglesia se había esforzado en hacer de Jesús un imposible: un hombre que nace como tal pero del vientre de una virgen (pirueta irreplicable para todas las demás mujeres por los siglos de los siglos); un hombre que vive como hombre pero que es dios y que, por tanto, no tiene relación alguna con mujer ni, por supuesto, descendencia que lo haga más hombre que dios.

Sin embargo, la gran herejía divulgada por ciertas zonas del mundo y por ciertos sectores del cristianismo muchos siglos antes de que Dan Brown escribiese su obra ya acariciaba esa posibilidad. Y es lógico que así fuera, porque la comparación definitiva entre Isis y Osiris y Magdalena y Jesús estaba a falta de la guinda del pastel: el nacimiento de Horus.

Ya se explicó en su momento que Osiris resucitó gracias a la mediación de Isis y que, incluso con ausencia de falo puesto que no se pudo encontrar tras haber sido trozeado el dios por su hermano Set, la diosa concibió a Horus.

Siglos después, leyendas varias se hacen eco del desembarco de Magdalena en la Camargue, en Maries-de-la-Mer. Allí predica, se hace ermitaña y, se supone, da a luz a un retoño, no sabemos si niño o niña (personalmente, de ser todo esto cierto, yo preferiría una niña, solo porque la cara de ira de Pedro y Pablo de Tarso hubiera sido un poema aún más asonante). Vive sus últimos años Magdalena en una cueva, según la

tradición local. Los autores de *El enigma sagrado* aseguran, para redondear la similitud de ambos casos, que no lejos de esta zona se encuentra Arles, que era, aseguran, *un destacado centro del culto a Isis*.

Tal era la convicción de las gentes de la comarca de la realidad de la muerte en la zona de María Magdalena, que con el paso de los años se llegó a la convicción de que sus huesos reposaban en la abadía Sainte-Marie-Madelaine, en Vézelay. Y al final de este libro habremos de regresar en busca de esos restos siguiendo los pasos de un enigmático caballero llamado Badilón, por lo que vamos a dejar que duerman en paz durante al menos unas páginas.

Lo cierto es que nos importa relativamente poco dónde están esas reliquias, porque los huesos, como tantas otras cosas humanas, terminan por desaparecer. Sin embargo, las ideas, que no son de carne ni hueso, tienen la virtud de ser inmortales y estar a prueba de inquisiciones y dominicos. Y las ideas y tradiciones sobre ese supuesto *grial* y sobre María Magdalena han pervivido hasta hoy en una comarca en la que, además, existe gran número de santuarios en honor a vírgenes negras. Ean Begg, que ha trabajado intensamente sobre este particular, ha afirmado que el 65 por 100 de los santuarios de ese tipo que hay en Europa se encuentran justamente en esta zona del sur de Francia.

¡Vírgenes negras! De ellas se ha dicho que son la consecuencia de tallar su imagen en madera de ébano, o que fueron traídas por los cruzados del medievo procedentes de países donde la piel de la gente era de ese color. Sin embargo, hay una lectura alternativa y muy apropiada a estas páginas: la que ve en esas vírgenes un espejo de las ancestrales representaciones de Isis, que siempre era negra. Además, la iconografía de esas vírgenes negras se asemeja tanto a la de Isis con su hijo Horus en el regazo que espanta al más devoto católico, si es que es capaz de hacer ese análisis.

¿Copió la Iglesia el modo en el que Isis era representada con su hijo Horus? ¿Qué sucedería si esas imágenes de vírge-

JESÚS-OSIRIS Y MAGDALENA-ISIS

nes negras no representasen a María y al Niño Jesús, sino a Magdalena y a su retoño?

La respuesta a esa pregunta se la saben de memoria los que sostienen el supuesto futuro enlace de esa llamada dinastía davídica con la sangre merovingia y el resto de la historia popularizada por Dan Brown, pero esa no es nuestra batalla. Prefiero regresar de nuevo a Egipto y al viejo Israel para recordar que Isis, belleza negra, era símbolo de sabiduría, y que esa misma metáfora fue la empleada por Salomón para cantar a la Sabiduría, palabra que, por otra parte, es lo que significa la Sophía de los gnósticos (e incluso el nombre de la protagonista femenina de *El Código Da Vinci*). Y para refrescar la memoria del lector sobre esas relaciones, releamos ahora con otros ojos esta cita del Cantar de los Cantares (3, 1-4), obra atribuida a Salomón (rey-faraón constructor del Templo mágico de Jerusalén siguiendo las instrucciones precisas de un arquitecto egipcio):

En mi lecho, por la noche, busqué / al amor de mi alma; / lo busqué, pero no lo encontré. / Me levantaré, recorreré la ciudad / por las calles y las plazas / buscaré al amor de mi alma... / Lo busqué, pero no lo encontré. / Me encontraron los centinelas, / los que hacen la ronda por la ciudad: / ¿Habéis visto al amor de mi alma? / A penas los había dejado, / cuando encontré al amor de mi alma. / Lo abracé y no lo he de soltar / hasta que no lo haga entrar en la casa de mi madre / en la alcoba de la que me engendró.

Morena soy, pero hermosa, dice en esta obra la amante metafórica de Salomón, que no es otra que la sabiduría. Morena, negra, como Isis.

El mundo, desde que es mundo, ha buscado esa misteriosa Sabiduría, la Sophía, expresada tras el velo de Isis y quizá, también, tras la arrebatadora imagen de María Magdalena. ¿Es casual que toda esta región de Francia el Temple tuviera numerosos enclaves? ¿Qué razón llevó a Bernardo de Claraval, neurona y alma de la Orden del Temple, a componer nada menos que 86 sermones inspirados en el Cantar de los Cantares?

SEGUNDO VIAJE:

El Espíritu lo empujó hacia el desierto

Capítulo 1

UN INCÓMODO DESCUBRIMIENTO

DEBO confesar que uno de mis deportes favoritos es ejercitar la musculatura de la imaginación. Solo necesito una cancha adecuada (silenciosa, aunque a veces no es preciso el silencio; evocadora desde el punto de vista histórico, y a ser posible con una migaja de magia en el aire) para desentumecer la fantasía. Por tanto, no debe extrañar que al transitar por el áspero y pedregoso universo del desierto de Judea diera rienda suelta a mi afición. Todo lo necesario para una buena sesión estaba a mi alcance: silencio, una historia corpulenta plagada de heroicidades y miserias humanas y, de dar crédito a los relatos evangélicos, a un paso -a tiro de piedra desde Jericó— del llamado Monte de las Tentaciones.

¿Qué no soñará un soñador en semejante escenario? Se supone que no lejos de donde yo estaba Jesús de Nazaret se había convertido de pronto en Dios o había descubierto ese potencial divino en su interior. *Enseguida el Espíritu lo empujó hacia el desierto*, nos dicen Mateo (4, 3) y Marcos (1, 12), de donde podemos deducir sin elucubraciones ajenas a los propios Evangelios que estamos ante un nuevo viaje constatado por los propios cronistas acreditados. Se trata de un viaje al desierto, y allí, entre las piedras, Jesús derrotaría al Mal superando las tentaciones, y de allí habría descendido para iniciar su vida pública.

Pero ¿qué sucedería si ese episodio no fuera sino metáfora de la purificación que Jesús experimentó en el desierto? Cua-

renta días y cuarenta noches, dicen los cronistas cristianos, permaneció en esa lucha Jesús. Sin embargo, esa cifra encierra un mensaje simbólico que no podemos obviar. Desde tiempo inmemorial, pero al menos desde que Pitágoras asombró a todo el mundo con su filosofía mística repleta de números, el 4 simboliza las cosas materiales, todo lo creado (los 4 elementos, los 4 vientos...). Pero lo que es más interesante, contiene en su panza el número sagrado, el número 10. ¿Cómo es posible tal cosa? Fíjese el lector:

$$1+2+3+4=10$$

¿Adonde vamos a parar con esta reflexión? Es sencillo; el número elegido por los evangelistas (todos menos Juan, que no cita este episodio) no expresa un tiempo concreto de la vida de Jesús, sino una metáfora de su proceso de iniciación hasta superar sus limitaciones humanas, terrenales (el 4) y alcanzar la expresión divina, el número perfecto (el 10)

Por todo ello, proponemos una nueva lectura de esos hechos al lector: la lucha de Jesús contra el demonio en el Monte de las Tentaciones es la expresión literaria del periodo de iniciación que Jesús experimentó en el desierto en una época ignorada de su vida. Y son muchos los autores que han querido ver en la vía ascética esenia el camino que Jesús recorrió en esos años. Sin embargo, ¿están en lo cierto?

No puedo dejar de leer también el paisaje de un modo diferente. Jerusalén está en un altozano, mientras que el desierto donde Jesús libró esa batalla entre la Luz y las Tinieblas se encuentra a la vera del mar Muerto, en lo más profundo de la corteza terrestre, a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar. Por tanto, cuando Jesús *sube a Jerusalén*, según leemos en el Nuevo Testamento, está realizando también un nuevo sendero de iniciación: desde el fondo de las pasiones y tentaciones humanas hacia el lugar donde en otros tiempos estuvo el Templo construido por Salomón y en los días de Jesús estaba el edificado por Herodes; es decir, caminaba hacia la divinidad.

El camino de la iniciación es siempre peligroso. Los ladrones infectaban este territorio y los evangelistas dan cuenta de las advertencias de Jesús al respecto: *Jesús respondió: un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones que le robaron todo lo que llevaba, lo hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto...* (Lucas 10, 30).

Quien crea que hoy el peligro ha quedado conjurado en esta región tan santa como maldita por la mera anécdota de que ahora no hay bandidos, mucho se equivoca. Actualmente hay salteadores de conciencias; ladrones de tierras y países; filibusteros de despacho que envían a otros a hacer las guerras que ellos planearon, pero para las cuales son demasiado cobardes como para apretar el gatillo. Y por eso el caminante encuentra los restos de viejos carros de combate destripados a la vera del camino. Son fantasmas sin sábana blanca, heraldos mudos de viejas arengas. Pero como estamos blindados por el sueño y la imaginación, apenas los vemos. Miramos al frente, caminamos haciendo el recorrido a la inversa de lo que Jesús hizo: vamos desde el cielo al mismísimo infierno para recordar una batalla incruenta, la de Jesús contra el Mal.

De pronto, una mano invisible carga en nuestra mochila miles de años de historia y nos obliga a abrir los ojos en un territorio mítico. El mar, que no es tal, se disimula entre la neblina de un día cruel; y al otro lado del río Jordán se deja ver la cordillera de Moab, cuna de Rut. Allí quedó atornillado al suelo para siempre Moisés, pues el rencoroso Yavé no permitió a su siervo más fiel cruzar la raya del monte Nebo para entrar en la Tierra Prometida. ¡Críe uno dioses para ese premio!

Setenta y seis kilómetros nos saldrían si midiéramos cuánto tiene de largo el mar Muerto, al que acabamos de llegar en nuestro descenso a los infiernos. Y diecisiete kilómetros es su anchura. Y en la parte más profunda, su buche alcanza los cuatrocientos treinta y tres metros.

Hay más gente por aquí.

He descubierto durante mis excursiones fantasiosas que el mundo gira, como en la canción, en el espacio infinito y que nadie repara en que yo estoy muy lejos de donde ahora me encuentro, y eso que no me he movido. De modo que mientras asisto a los primeros escauceos de la lucha de la Luz y de las Tinieblas, el resto de la humanidad sigue a lo suyo: los bañistas se rebozan en las aguas aceitosas de un mar cargado de bromuro, sales y potasio. Este mar no es mar, sino bañera repleta de sal. A un paso de allí se venden jabones de maravillosos efectos contra las afecciones cutáneas y barros milagrosos. Y yo, mientras, sigo soñando despierto hasta que me doy de bruces contra las ruinas de Khirbet Qumrán.

De resultas del tropezón me veo zarandeado y salgo violentamente de mi estado de ensoñación, que a ojos de los demás no es sino claramente el comportamiento de un atontado. Y entonces, al ver las viejas piedras, cedo a la tentación —nunca se usó mejor el término que estos parajes— de imaginar cuál pudo ser el destino del segundo gran viaje de Jesús de Nazaret.

Polvo eres: Khirbet Qumrán

En sus tiempos mozos, cuando todos los que allí vivían se ceñían la túnica con la fuerza juvenil de la vida, aquel complejo arquitectónico debía estar más cerca de la orilla del mar Muerto de lo que ahora está. Sin embargo, los años de evaporación no pasan en balde y ahora debemos mirar más allá —¡magnífica expresión para el caso!— para ver las aguas del mar sin vida.

Para ver mejor esa extensión salina podríamos subir en otros tiempos a la torre de vigía que hubo en Qumrán. Ahora solo queda el viejo recuerdo de lo que fue: mezcla de almacén en su parte inferior y torre de vigilancia en su segunda altura.

El complejo de Qumrán presenta lo que los arqueólogos han definido como una casa de baños. Ya vimos que el ritual de la purificación por el agua se practicaba en Egipto, y aquí

las gentes que habitaron estas construcciones debieron casi institucionalizar esas abluciones. Por tanto, en lugar de hablar de Juan el Bautista, tal vez habría que hablar de Juan como uno de los Bautistas. Pero dejemos eso para después. Digamos ahora que esa construcción sería una especie de cisterna gigante provista de una serie de estanques de decantación.

La descripción se debe completar con varias construcciones de más o menos interés. En principio, no tienen mucho atractivo para alguien que sueña despierto los restos de un almacén, de un par de hornos de alfarero o varias de las habitaciones que se ordenaban alrededor de un patio central, si no fuera porque imaginamos de pronto que quizá Jesús se hospedó en alguna de ellas, si es que los que lo emparentan con el movimiento esenio tienen razón. Sin embargo, lo que activa con facilidad nuestra fantasía son un escritorio y un cementerio con más de mil tumbas, según han contado los expertos.

¡Un cementerio! Uno de los destinos más frecuentes de mis viajes. Lo mío, al parecer, es llegar siempre tarde a los sitios, cuando los personajes que me interesan ya están muertos y dan, como en la canción de Joan Manuel Serrat, amarillo a la genista, si es que hay genista por allí. En caso contrario, crían malvas.

Luego regresaremos al cementerio.

¡Un escritorio!

En realidad, todo el interés que para muchos ha tenido este remoto lugar perdido tiene que ver con textos escritos. Nos referimos a los llamados Manuscritos de Qumrán o Rollos del mar Muerto. Su descubrimiento tuvo lugar en 1947, y por entonces estas tierras estaban bajo la bota británica.

Este tipo de incidentes históricos pronto se rodean de leyenda, pero es que en esta ocasión todo lo ocurrido ciertamente es casi mitológico, como no podía ser de otro modo tanto por la naturaleza del hallazgo como por la tierra en que este tuvo lugar.

Un joven pastor llamado Muhammad adh-Dhib, o Muhammad el Lobo, de la tribu de los Ta'amireh, tenía una buena papeleta aquel día. Una cabra se le había perdido, y ya ha-

bía dicho Jesús mucho antes que seguramente cualquier pastor que perdiera una oveja no dudaría en dejar a todas las demás para buscar a la extraviada. Muhammad, sin saberlo, le daba la razón a Jesús.

¿Estaba solo nuestro pastor? Unas versiones dicen que sí, y otras aseguran que con él estaban dos beduinos: Khalil Musa y Jum' a Mohamed. Sea como fuere, se le vio subir por las colinas pedregosas fatigosamente en busca de su cabra. No lo vi, pero supongo que sudaría la gota gorda; se detendría a limpiar su frente anegada de sudor y maldeciría su suerte. ¿Dónde demonios estaba aquella cabra?

En el fragor de su exploración, Dios se manifestó de la forma que en suele hacerlo, es decir, disfrazado de casualidad. Y así fue cómo el beduino tropezó con una abertura de fondo invisible. Para sondear su profundidad, tiró Muhammad unas piedras a ver qué pasaba y ocurrió que al pronto escuchó el quejido de unas ánforas de barro al quebrarse.

Alertado por lo ocurrido, entra el beduino a gatas al interior de la covacha y allí se da de morros con un número de vasijas de barro que no podemos cuantificar para fastidio de todo el mundo y de nosotros en primer lugar. Y es que justamente mucho de lo que enseguida contaremos es consecuencia de la falta de profesionalidad que en el oficio de descubrir hallazgos arqueológicos tuvo Muhammad y también su familia. Pero sí parece que podemos decir que eran vasijas de unos sesenta centímetros de alto y veinticinco de ancho. Algunas de ellas estaban rotas.

El pastor transitó con rapidez entre el miedo y la curiosidad sin saber en qué estado de ánimo quedarse. Al final prevaleció la segunda, aunque suponemos que a ello pudo contribuir la perspectiva de haber topado con un tesoro de cierto valor que fuera capaz, como poco, de paliar la pérdida de la maldita cabra, de la que no hay más referencias en los escritos que cuentan el caso.

Es así como al día siguiente inician su campaña arqueológica los más nefastos arqueólogos que podamos imaginar: Muhammad y algún amigo o pariente.

Entran en la cueva y manosean el contenido de las tinajas: unos rollos de cuero a los que no concedieron ningún valor. Aquella cueva, tiempo después, sería conocida como cueva número 1 de Qumrán, y de allí saldrían siete manuscritos trascendentales.

¿Cuántos textos desempolvamos aquellos beduinos?

No hay respuesta consensuada por parte de los investigadores porque en realidad nadie lo sabe ni nadie lo sabrá. Stephen Hodge describe pavorosamente el destino de algunos de aquellos textos en *Los manuscritos del Mar Muerto* explicando que algunos de ellos fueron colgados de los palos de las tiendas de los beduinos de un modo por completo inconsciente. Y asegura que cuando decidieron vender su hallazgo, solo tenían siete que vender.

¿Imagina el lector lo que un soñador puede llegar a pensar que había escrito en aquellos textos? ¿Qué quebraderos de cabeza podrían haber dado esas informaciones a la Iglesia vaticana? ¿Se hablaba claramente de Jesús en ellos? ¿Podría haber escrito Jesús alguno de aquellos manuscritos?

Dejemos la fantasía por ahora y regresemos a la historia, que a partir de este instante se llena de maleantes, traficantes de conocimientos al mejor postor y hasta de espías.

Empiezan las mentiras

Dicen que los beduinos pusieron en conocimiento del jeque local su descubrimiento, pero no sabemos cuánto tiempo había transcurrido desde que este sucedió ni los daños irreversibles que los valiosos documentos había sufrido para entonces o los fragmentos que, sin más prolegómenos, el viento del desierto se había llevado consigo.

¿Cuántos textos quedaban? Unos autores dicen que solo tres pergaminos completos; otros hablan de siete u ocho. El jeque debía ser más listo que los demás, y tal vez por eso era jeque. Y me él quien vio un posible negocio en todo aquello y

estableció contactos con un comerciante cristiano llamado Khalil Iskander Shahin, alias *Kando*. Este tipo, a su vez, habló de esos papeles a George Isaiah, miembro como él de la iglesia jacobita siria, y organizaron una expedición a Qumrán para sacar de allí cuanto pudieran.

Tuvieron la fortuna de no ser detectados por las autoridades británicas, y para desgracia de quienes hubiéramos querido tener la mayor información posible de aquellos escritos, solo Dios sabe lo que rompieron de ellos o lo que para siempre se perdió en aquellas manipulaciones y transportes que, por desgracia, no tuvieron el destino idóneo.

Poco después, según la reconstrucción de los hechos practicada por Michael Baigent y Richard Leigh en *El escándalo de los Rollos del Mar Muerto*, entra en escena un nuevo personaje. Se trata de Athanasius Yeshua Samuel, el metropolitano de la Iglesia siria, de la que eran devotos los ya mencionados traficantes.

Edmun Wiison dirá de él, en su libro *The Dead Sea Scrolls*, que aquel hombre *no era un especialista en hebreo y no pudo entender qué era el manuscrito*. Es cierto, pero la ignorancia es la peor compañera si pones a quien la padece ante un tesoro intelectual como este, de modo que no se extrañe el lector si resulta que tienen razón los que dicen que llegó a quemar parte de uno de esos textos para cerciorarse, después de olerlo, de si se trataba de cuero o de pergamino. Lo que sí está claro es que aquello le olió a negocio seguro, pues la gente acostumbrada a vivir sin escrúpulos no necesita de mucha ciencia para comprender dónde puede sacar rentabilidad económica. Y así fue cómo Samuel concertó una entrevista con los beduinos en el monasterio de San Marcos, pero, según Baigent y su compañero, esa entrevista no se celebró porque, desafortunadamente para Samuel, el portero del convento, que no sabía nada de aquella cita, no permitió el acceso de los beduinos.

Marcharon entonces los pastores muy ofendidos con sus rollos a otra parte, y después se supo que el jeque musulmán de Belén había comprado un lote y que el ya presentado *Kando* se había hecho con otro puñado y luego lo revendió por

veinticuatro libras al metropolitano Samuel, quien a su vez organizó una nueva expedición ilegal a Qumrán. Y así, enredo tras enredo y desaprensivo tras desaprensivo, la preciosa documentación moría por el camino, y eso es lo que tratamos de subrayar ante los ojos del lector: ¡nunca sabremos nada de lo que decía la documentación perdida! ¡Jamás sabremos si había en ella base o no para hablar de Jesús en Qumrán!

Sin embargo, algo debía haber en todo aquello que pronto escoció a unos y picó el interés de otros. De creer a los autores mencionados, fue por entonces cuando apareció en Siria un miembro de la CÍA llamado Miles Copeland, quien al parecer pudo ver y fotografiar algunos documentos. El mismo Copeland narró después, para espanto de cualquiera con sensibilidad, que mientras fotografiaba aquellos restos una corriente de aire arrebató de la sala algunos fragmentos que se perdieron para siempre.

Una treintena de fotografías fueron llevadas a la Embajada americana de Beirut. Un funcionario con capacidad de peritaje en este terreno dijo que allí había escrito parte del Libro de Daniel. ¿Adonde fueron a parar esas fotografías? Nada sé al respecto.

Con todo, sepa el lector que no fueron estos personajes los únicos que tuvieron que ver con el tráfico clandestino de documentos arqueológicos ni con excavaciones piratas en aquella zona, pero lo dicho creemos que puede ser suficiente para afirmar que tal vez pruebas esclarecedoras del viaje de Jesús al desierto desaparecieran para siempre.

Deberemos contentarnos con saber lo que dicen los fragmentos que se salvaron, si es que nos dejan, claro.

Florentino García Martínez señala, en su obra *Textos de Qumrán*, que *el primer anuncio del descubrimiento de los manuscritos, un despacho de prensa de la ASOR seguido de otro de Sukenik, ambos en abril de 1948, provocó un enorme interés.*

El 12 de abril de 1948, *The Times* publicaba un artículo titulado *Encuentran manuscritos antiguos en Palestina*. Baigent y Leigh reproducen el texto de la noticia publicada:

Yale University anunció ayer el descubrimiento en Palestina del manuscrito más antiguo conocido del libro de Isaías. Fue encontrado en el monasterio sirio de San Marcos en Jerusalén, donde había sido conservado en un rollo de pergamino que data de aproximadamente el siglo I a. de C. [...].

También fueron examinados en el mismo instituto otros tres rollos antiguos en hebreo. Uno era parte de un comentario acerca del Libro de Habacuc; otro parecía ser un manual de disciplina de alguna secta u orden monástica comparativamente poco conocida, probablemente la de los esenios. El tercer rollo no fue identificado.

Las delicadas circunstancias políticas de la época hicieron que la zona de Qimrán fuera a parar en 1949 a Jordania, y las tensiones que se vivían entonces hicieron que el descubrimiento apenas tuviera atención por parte de las autoridades. Pero no de todas ellas, puesto que no hacía falta ser muy inteligente para advertir las enormes posibilidades de negociación que podría abrir el tener controlado ese material. Por ello, el director del Departamento de Antigüedades de la Palestina transjordana, Gerald Lancaster Harding, realizó los primeros movimientos. Y la Iglesia apostó fuerte para conocer qué era lo que se decía allí y encomendó el trabajo a uno de sus más prestigiosos cerebros, el dominico Roland de Vaux, director de la Escuela Bíblica desde 1945.

Había pasado año y medio y todavía ningún especialista había analizado verdaderamente lo que se decía en aquellos manuscritos. ¿Qué daños irreparables se habían producido en ellos durante ese tiempo? ¿Cuántas frases murieron para siempre?

Reo y pala

Con la mediación de Harding, la zona de Qumrán pasó a convertirse en enclave casi militar. Se trató de recuperar la mayor cantidad de fragmentos posibles a los beduinos y el 15 de febrero de 1949 comenzó la primera excavación arqueoló-

gica. que podría recibir tal nombre. Los trabajos se prolongaron hasta el 5 de marzo y al frente de ellos estuvieron Harding y el dominico mencionado, Roland de Vaux, quien a partir de ese instante va a estar siempre asociado a este asunto.

Fruto de aquellos trabajos salieron a la luz 600 fragmentos de 70 manuscritos distintos, además de restos de cerámica y otros materiales. Pero, por lo que parece, no resultaba fácil establecer una estratigrafía correcta, dado que la impericia de los beduinos y demás saqueadores había alterado irreversiblemente el enclave.

Harding y R. de Vaux llevaron a cabo cinco campañas consecutivas, aunque los resultados de las mismas se ofrecían con cuentagotas a través de la *Revista Bíblica*, sin que hubiera una visión global de lo descubierto.

Las excavaciones prosiguieron hasta mediados de los años cincuenta y gracias a ellas se pudo descubrir los restos de las construcciones que describíamos al comienzo del presente capítulo y que se concluyó que eran la residencia de la comunidad esenia, una de las sectas principales del judaísmo antiguo junto a la de los fariseos y los saduceos. Y a esa creencia llegaron buscando argumentos en Plinio, quien, en su *Historia natural*, cita con su nombre a los esenios y los sitúa a orillas del mar Muerto.

En 1952 se produjo el hallazgo de dos fragmentos de un escrito realizado sobre un soporte de cobre laminado que pasaría a la historia como *Rollo de Cobre*. Para poder leer su contenido hubo que cortarlo con delicadeza en el laboratorio, y hasta 1955 no se pudo leer el primer segmento del mismo. Un año después los especialistas pudieron leer el segundo.

¿Qué decía el Rollo de Cobre?

En él se mencionaba una relación de tesoros, de piezas de valor incalculable y que algunos identificaron ni más ni menos que con los tesoros del Templo de Salomón —posteriormente de Herodes— escondidos antes de que el emperador romano Tito destruyera el legendario santuario judío en 70 d. de C.

Después de tantas peripecias, al fin los especialistas podían escudriñar a su antojo los misteriosos escritos. Para ello se di-

señó una sala especial en el Museo Rockefeller a la que popularmente se conoció con el nombre de *Rollería*. Aquella sala y el resto del museo irían de mano en mano según el vaivén político en la zona durante años.

Sí hay que significar que tampoco la *Rollería* tenía las condiciones ideales para el estudio de tan delicado material. Ni la luz era la idónea, ni tampoco las condiciones de humedad ni temperatura. De hecho, hay fotografías en las que se aprecian las ventanas del lugar abiertas, con la agresión de calor y polvo que eso supone.

Capítulo 2

CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

EN estos momentos, suponemos, el lector tiene ya una ligera idea de lo difícil que resulta saber con certeza casi nada de los documentos de Qumrán tras la destrucción de gran parte de su información y por los numerosos intereses que sobre la misma han existido y siguen existiendo. Y todo se complicará más cuando sepa el gran número de sectas judías de la época y los múltiples *padres* que tanto el asentamiento de Khirbet Qumrán como los propios rollos tienen. Por tanto, ¿cómo podemos saber si Jesús se vio influenciado o no por esas doctrinas durante su estancia en el desierto? Ciertamente, es muy difícil contestar a esa pregunta, pero antes veamos lo que dijeron los especialistas, vinculados a la Iglesia, sobre todo este asunto.

Autores como Baigent y Leigh nos alertan de la existencia de documentos que circulaban de mano en mano sin control de especialista alguno. Otro paquete amplio de textos fue a parar al Museo Rockefeller, a esa sala que hemos llamado *Rollería*. Y ese museo, hasta 1967, estuvo en territorio de bandera jordana, por lo que los judíos no podían meter la cuchara en los documentos, algo que favoreció a Roland de Vaux.

No obstante, según se dice, los israelitas poseían a su vez al menos siete rollos después de negociar a diferentes bandas, con lo que ciertamente el problema se engurruña todavía más.

El material de la *Pollería* fue puesto bajo la custodia y estudio de la Escuela Bíblica, que entonces dirigía el padre De Vaux, un dominico nacido en París en 1903 y que fue enviado a Jerusalén para enseñar en esa institución, de la que fue nombrado director en 1945, cargo que ostentó por espacio de veinte años.

Las fotografías nos presentan a un hombre habitualmente coronado con una boina oscura, de barba poblada y gafas de lector entrenado y vestido de blanco y negro, como corresponde al hábito de su orden. Baigent y Leigh, que parecen odiarlo, dicen de él que era *despiadado, intolerante, fanático y feroyente vengativo*, lo que no sabemos si le hace justicia o no, aunque posiblemente sea un retrato exagerado. Sí, en cambio, es más importante para el futuro una frase que él mismo ponía como carta de presentación de sus estudios: *Mi fe no tiene nada que temer de mis investigaciones.*

Nos parece importante, porque tal vez el resultado de sus estudios, en el supuesto de que incomodase a su fe, pudo ser alterado. Es una posibilidad que muchos dan por cierta. Ya veremos.

Bajo su dirección se creó un equipo interdisciplinar de carácter internacional y en el cual cabían todas las escuelas arqueológicas de Israel. Los más notables eruditos que se pueden mencionar son: Frank Cross (relacionado con el McCormick Theological Seminary de Chicago), el padre Jean Starchy (Escuela Bíblica), Claus-Hunno Hunzinger (en representación de Alemania, y al que se asignó el *Rollo de la Guerra*), monseñor Patrick Skehan (director del Albright Institute), el padre Josef Milik (sacerdote polaco nombrado por la Escuela Bíblica y discípulo de R. de Vaux.) y John M. Allegro (doctor en Oxford, de los pocos miembros sin relación eclesiástica y único filólogo del equipo). Precisamente Allegro sería expulsado del erudito club debido a que pronto mostró discrepancias con las conclusiones que se estaban extrayendo, una hipótesis de consenso que ha sido la admitida como mayoritaria durante años.

Por supuesto, los autores de *El Escándalo de los Rollos del Mar Muerto* ridiculizan esas tesis diciendo que *se desarrolló una rígida ortodoxia de la interpretación y cualquier desviación era considerada una herejía.*

Pero como sabemos que estos autores están definitivamente enojados con De Vaux y sus ideas, no debemos caer en la tentación de creerlos totalmente. Aquí nadie tiene la verdad definitiva, como supondrá el lector, aunque sí hay que coincidir con ellos en ciertas curiosas circunstancias, como fue el hecho de que al morir Roland de Vaux, en 1971, este dominico cedió los derechos de estudio de esos materiales, como si fueran una herencia personal que él pudiera manejar a su antojo, a otro dominico, Fierre Benoit. Y al morir este, parece ser que la dirección del equipo recayó en Strugnell, algo que molestó al Estado de Israel, que ya era dueño de la *Pollería* y no estaba dispuesto a que un civil supiera de aquellos textos más que los judíos. Aunque al final aceptaron. ¿Cuál me la razón? Según Baigent y Leigh, todo ocurrió de este modo:

Unos años antes el papa Juan XXIII había bendecido a los judíos con el perdón diciendo que ellos no eran los culpables de la muerte de Jesús. La afilada nariz vaticana olfateó, como siempre, muy bien la maniobra política e Israel ya tenía bastante con medir su fortaleza militar contra medio mundo árabe, de modo que se plegó a la Escuela Bíblica.

Por aquellos años circulaba entre los estudiosos vaticanos la norma dictada por el papa Pío X que en un par de encíclicas dejó dicho que nadie podía cuestionar la historia de los primeros momentos del cristianismo, de manera que había que trabajar con esa premisa, y eso, no cabe duda, podía estar reñido con la investigación neutral y limpia del contenido de los rollos.

Pronto surgieron las primeras dudas, porque aquellos eruditos parecían unos verdaderos holgazanes dada la exasperante lentitud con la que ofrecían al mundo sus hallazgos. Si se comparaban los frutos de sus trabajos con los que se obtuvieron tras los primeros estudios de los documentos hallados en Naj

Hammadi, donde en 1945 habían salido a luz también de forma casual los llamados *Evangelios gnósticos*, la diferencia era escandalosa a favor de estos últimos, puesto que en 1973 se habían traducido ya al inglés casi en su totalidad.

Robert Eisenman criticó esta circunstancia en el *New York Times* de 26 de junio de 1989. E incluso Cross, miembro de ese equipo, reconoció en el mismo periódico que ese trabajo había sido *lento en general*. Hay muchos fragmentos que, según parece, aún no han visto la luz, y los autores de *El escándalo de los rollos del Mar Muerto* recogen también unas declaraciones del propio Cross en las que afirma que *es el rompecabezas más fantástico del mundo*. Todavía el 9 de julio de 1989 *The New York Times* publicó un editorial titulado *La vanidad de los estudiosos*, en el que se podía leer: *Más de cuarenta años después de su descubrimiento, una camarilla de investigadores holgazanes continúa postergando la difusión de esos materiales mientras el mundo espera y esas preciosas piezas se convierten en polvo...*

Sin embargo, Julio Trebolle Barrera, de la Universidad Complutense, integrado en ese equipo de estudio y afín a la mencionada línea del equipo internacional, criticaba a los críticos en un artículo publicado en *Gaceta Complutense* de los meses de mayo-junio de 1996, en el número 116. Este estudioso desmiente y explica las dificultades de este estudio porque, dice:

Exige la colaboración entre especialistas en lenguas muy diferentes (hebreo, arameo, siríaco, armenio, etiópico, copto, griego o latín), así como campos de estudio muy diversos: arqueología, epigrafía y paleografía, historia en todas sus facetas, literatura en sus múltiples géneros, historia de las ideas y de las religiones, etc.

Y es posible que no le falte razón.

Con todo, siempre nos quedará la duda de si John M. Allegro, que murió en 1968 sin que nadie le hubiera dado la satisfacción de conocer verdaderamente el contenido de los rollos, y otros están en lo cierto al hablar de manipulación.

¿Cuáles son los elementos esenciales de la llamada hipótesis de consenso y qué tiene que ver, o no, con Jesús de Nazaret? Veamos los puntos esenciales:

1. Las construcciones de Khirbet Qumrán conocieron diferentes asentamientos humanos desde los siglos VII ó VI.
2. En sus restos se asentó posteriormente la llamada comunidad de Qumrán» durante unos doscientos años. De Vaux estableció tres fases de ocupación principales. La primera (denominada Ia) corresponde con la época helenística, tal vez durante el siglo II a. de C. No duró mucho tiempo y no parece que fueran muchas las personas allí vecindadas. La segunda fase (a la que llamaron Ib) se prolongó hasta el 31 a. de C. y significó una gran ampliación de la comunidad y del recinto. Quizá fue entonces, se nos dice, cuando se construyó el complejo sistema de captación de agua de un *wadi* próximo con enormes cisternas. La fase siguiente (periodo II) sigue a un periodo de abandono del lugar que comienza con el terremoto de Arquelaos (4 a. de C.- 6 d. de C.). La ocupación de Qumrán concluiría alrededor de 68 d. de C. Después sería ocupado (periodo III de R. De Vaux) en época romana, y es entonces cuando se produce un fortalecimiento de las murallas.
3. De Vaux creía que en aquel lugar había existido una especie de monasterio judío y que las cuevas donde se encontraron los rollos manuscritos demostraría que funcionaba como una especie de *scriptorium* medieval.
4. El periodo de ocupación helenístico y el correspondiente a la época herodiana se separarían por lo que parece una falla que se extiende de norte a sur. De Vaux creyó que había ocurrido un terremoto y, sabiendo que en el año 31 a. de C. esa zona sufrió el azote de uno, atribuyó la falla y los restos abundantes de ceniza a un incendio ocasionado por ese terremoto. No obstante, hoy en día son muchos los investigadores que, como Karcz o Kafri, no están de acuerdo con esa tesis, y se recuerda que también hubo un terremoto en el año 24 a. de C., al que nadie hace caso, sin que se sepa el motivo, aunque se intuye, puesto que Roland de Vaux prefirió alejar todo lo posible esa destrucción de la biografía de Jesús.

5. El complejo habría sido destruido en el año 68 d. de C. aunque cada vez hay más autores que no están tan seguros y creen que quizá ocurrió en 70 d. de C., tras la destrucción del Templo de Jerusalén por el emperador Tito.
6. Se propone que los textos fueron redactados o copiados antes de 68 d. de C. y, según Florentino García, se considera probado *que los propietarios de estos manuscritos vivían según un tipo peculiar de organización comunitaria.*
7. Naturalmente, esos documentos eran muy anteriores a Jesús, lo que no es motivo de discusión, pero no impide que Jesús se formara allí o los conociera o tuviera alguna influencia, pero eso no lo dice Roland de Vaux, sino yo.
8. Para De Vaux, en Khirbet Qumrán vivió la enigmática secta judía de los esenios y establece una peligrosa y audaz relación entre las ruinas del supuesto convento y los manuscritos hallados en cuevas próximas, aunque no hay demasiados argumentos para emparentarlos. ¿En qué se basó? Pues echó mano, entre otros, de textos como el escrito por el historiador clásico Plinio, que estuvo en Palestina alrededor del 75 d. de C. y escribió:

Al oeste (del mar Muerto), los esenios se mantienen apartados de la orilla insalubre. Son un pueblo único y el más admirable del mundo, sin mujeres y que han renunciado al amor totalmente, sin dinero y sin más compañía que las palmeras. Gracias a la multitud de hombres nuevos que llegan, este grupo conserva un número constante de miembros [...]. Así, aunque parezca increíble, durante millares de siglos, ha existido un pueblo que es eterno aunque no se haya concebido a nadie [...]. Al sur de los esenios estaba la ciudad de Negada, a la que solo supera Jerusalén en fertilidad y palmerales, pero hoy se ha convertido en un montón de cenizas.

El dominico Roland de Vaux llegó a la conclusión de que ese pueblo era el que vivía en Qumrán, pero hay algo importante: Plinio inicia su texto, que recuerden que es de 75 d. de C.,

aproximadamente, diciendo: *Los esenios se mantienen apartados de la orilla insalubre*. ¿Quiere decir eso que aún estaban vivos cuando él anduvo por aquellas tierras? De ser así, ese grupo humano no podía ser el que vivió en Qumrán. Por ello, R. de Vaux dijo que el informe de Plinio había sido variado posteriormente por algún anónimo copista, lo que no deja de ser eracioso viniendo la afirmación de quien viene, el mismo que había dicho que su fe nada tenía que temer de sus investigaciones.

Por otro lado, y sobre esto más adelante regresaremos, Plinio habla de un grupo de hombres célibes, sin mujeres, y en Khirbet Qumrán han aparecido tres cementerios en los cuales hay restos humanos pertenecientes a mujeres y a niños.

9. Esa comunidad nada tuvo que ver con el cristianismo. El llamado en los rollos *Maestro de Justicia* no podía ser Jesús puesto que no se afirma que se tratase de un ser divino.
10. Quien sí parecía haber tenido algo que ver con aquella gente fue Juan el Bautista, de modo que a este no se le considera propiamente cristiano, sino un precursor del cristianismo.

Capítulo 3

LOS ROLLOS

DEL MAR MUERTO

A continuación vamos a resumir el contenido, de forma breve y somera, de alguno de los textos que gracias a la fortuna en ocasiones o gracias a la pericia de especialistas en otras aparecieron en Qumrán. ¿Y por qué vamos a perder brevemente el tiempo en este oficio de la lectura de papiros y pergaminos? Pues porque tal vez en ellos topemos con algunas de las líneas de pensamiento del cristianismo, según algunos autores proponen. O quizá precisamente no hallemos en ellos nada que permita evocar a Jesús y a su doctrina, como aseguran otros.

No obstante, antes de hablar de los manuscritos aparecidos en las once cuevas principales de Qumrán, aclaremos al lector que durante décadas se exhumaron en una amplia zona diferentes textos que también han sido incorporados por algunos investigadores al amplio catálogo que forman los llamados *Manuscritos del Mar Muerto*. No hablaremos de ellos (por ejemplo, los *Papiros de Wádi Daliyeh o de Samaría*, fechados como del siglo IV a. de C; los *Manuscritos de Masada*, *Los Manuscritos de Wádi Seiyái*, *Los Manuscritos de Nahal Mishmar*, *Los Manuscritos de Khirbet Mird*, etcétera), por tanto, sino solo de algunos de los que integran la colección de Qumrán.

¿En qué idioma estaban escritos? Según Hodge, el ochenta por ciento de ellos fueron redactados en hebreo; el resto, en

araméo, con la excepción de una minoría que se puede leer en griego.

¿Cuántos manuscritos hay? La verdad es que es ciertamente complicado responder a esa cuestión. Se podría decir que hay más de 800 obras, pero de algunas de ellas hay varias copias (a veces más de treinta).

¿Se pueden agrupar en racimos con características parecidas?

Tal vez. Hartmurt Stegeman se armó de valor para ello y llegó a ver cuatro grupos. Para él, 249 textos serían obra de la secta que vivió en Qumrán; 223 manuscritos eran obras bíblicas; 192 obras tienen que ver con la Biblia y nada que ver con la secta, y 96 fragmentos estarían aún por clasificar en alguno de aquellos grupos.

¿Cuándo se redactaron?

Tal vez habría que recordar que en 1949 hubo quien dijo de ellos que eran falsos y otros, como S. Zeitlin, que eran obra de un grupo caraíta medieval. Tras el análisis practicado sobre ellos empleando el sistema de datación conocido como Carbono 14, se llegó a la conclusión de que su edad oscilaba entre el 380 a. de C. y el 61 d. de C. Y autores como Florentino García no dudan en asegurar que *estos últimos análisis excluyen definitivamente las teorías de un origen yloita o judeocristiano de los manuscritos*. Otros autores, ya lo verán, no están en absoluto de acuerdo con ese afán de alejar al cristianismo de Qumrán.

Nos centraremos ahora solo en algunos de los documentos más completos y quizá más valiosos, de modo que ahorraremos al lector el penoso deber de asomar su curiosidad por una biblioteca tan inmensa, y a nosotros la arrogancia de pretender comprimir en solo unas líneas semejante montaña de textos.

El Rollo de Cobre

He aquí uno de los ejemplares de esta polémica biblioteca que más polvareda ha levantando. En primer lugar, tal y como ya dijimos en páginas anteriores, este texto es peculiar

por su soporte: no está redactado sobre papiro o sobre pergamino, sino sobre cobre, lo que dificultó su lectura hasta que se descubrió el modo de abrirlo sin deteriorarlo irreversiblemente. Y la segunda, y no menos importante característica, es que en él se menciona la existencia de supuestos escondites donde se ocultaron ingentes cantidades de oro y plata. (Un catálogo de más de sesenta objetos.)

Ante esas descripciones, la fantasía se disparó. ¿Se estaba diciendo en ese manuscrito dónde se ocultó el tesoro del Templo tras su destrucción por los romanos en el año 70 d. de C.?

Se descubrió el rollo en la cueva número 3 de Qumrán y los investigadores que han dado crédito a sus informaciones han creído que muchos de esos escondites estaban en la propia Jerusalén, por lo que otros se han apresurado a decir que el Temple descubrió esas riquezas durante sus misteriosos primeros nueve años de vida en esa ciudad, mientras realizaban enigmáticas excavaciones. Ahora bien, todo eso solo tendría sentido si en verdad las informaciones de este rollo son auténticas. Pero ¿y si no lo son?

En un primer momento se dijo que la cantidad global de oro descrito en el rollo ascendía ni más ni menos que a 200 toneladas, lo que a todas luces parece una exageración. Tal vez por ello Judah Lefkovits se dedicó a precisar mejor esos cálculos. En su opinión, habría que medir las descripciones de los tesoros según la vara de medir del talento, que era la unidad de peso empleada para el oro. Con esa nueva regla, este autor rebajaba la cantidad de oro a 60 toneladas, puesto que el resto, en realidad la inmensa mayoría de lo allí descrito, sería plata y cobre.

Dos problemas colosales plantea también este texto. El primero de ellos tiene que ver con el supuesto ascetismo de la comunidad de Qumrán. Si eran ascetas, ¿qué hacían con tanto oro, plata y cobre?

El segundo problema tiene que ver con este, pero visto desde otro ángulo: ¿cuándo se ocultó en Qumrán esta información? ¿Al mismo tiempo que los demás rollos o antes o después?

Roland de Vaux había sostenido que todos los textos se ocultaron a la vez alrededor del año 68 d. de C. Mientras, Norman Golb y otros creen que en Qumrán vivió una comunidad religiosa que no tenía nada que ver con estos rollos. E incluso habría otra posibilidad: que los rollos fueron obra de la comunidad de Qumrán, mientras que los supuestos tesoros no les correspondían a ellos, sino a un grupo, tal vez de zelotes, que los salvó de la codicia romana.

En la cueva número 3 de Qumrán había otros rollos además de este. ¿En qué parte de la cueva apareció el *Rollo de Cobre*? Tampoco hay consenso al respecto, y eso es porque todo el mundo sabe que se juega mucho en función de si estaba al fondo de la cueva, como unos proponen, o en la entrada de la misma, como dicen otros. ¿Por qué es importante el detalle? Pues muy sencillo: si estaba al fondo de la cueva, quiere decirse que su depósito es anterior o contemporáneo al depósito de los demás manuscritos, de modo que podría ser más antiguo que la destrucción del Templo. En cambio, si estaba en la entrada de la cueva, podría ser posterior al primer depósito de documentos y, por ello, más reciente.

Como verá el lector, existe una neblina tan espesa alrededor de esta biblioteca del desierto que resulta muy difícil orientarse por su espesura. Y si miembros del equipo internacional como Cross o el padre Milik no dudaron en calificar de falsos todos estos tesoros, otros los rebaten asegurando que los escondites realmente existen, pero que el paso del tiempo ha cambiado los nombres de los lugares y no hay modo de dar con ellos.

Para enredar más la madeja, el año 1988 trajo una sorpresa fantástica, puesto que al norte de la cueva número 3, el nido en el que dormitaba el *Rollo de Cobre*, apareció una cerámica abrigada con un manto de fibras de palma. ¿Qué contenía? Nada menos que un costosísimo aceite de bálsamo que, a decir de los especialistas, servía para ungir a los reyes. La datación completó el misterio al afirmar que la vasija era de la época de Herodes.

¿Cuál es el problema? Pues que a todo el mundo descoloca qué hacía una comunidad ascética como la que se supone que vivía en Qumrán con un aceite tan costoso y con virtudes *políticas*, pues era de uso en la unción de los reyes.

La Regla de la Comunidad

Este es uno de los textos claves de esta biblioteca, puesto que dibuja las costumbres, objetivos y creencias básicas de los redactores de los documentos. Además, para quienes ven en Jesús a un seguidor de la secta que los redactó, resulta muy esclarecedor.

Apareció en la cueva número 1, pero otros diez fragmentos se exhumaron en la cueva número 4 y dos más en la número 5, de modo que claramente se observa que se trata de una obra muy copiada y, como asegura Hodge, reescrita tal vez a lo largo de los años de vida de esta comunidad en un intento de readaptarla a los tiempos que corrían en cada momento.

En el manuscrito se nos informa de que la comunidad tenía una estructura orgánica presidida por un líder espiritual, el Maestro, tal vez originariamente el llamado Maestro de Justicia. Él conducía al grupo con la ayuda de estas normas de conducta, y en el documento se describen las fórmulas para ingresar en la misma. Allí se lee: *Que Él te bendiga con todo lo bueno y te proteja de todo lo malo. ¡Que ilumine tu corazón con la sabiduría que da vida y te conceda el conocimiento eterno! ¡Que vuelva su piadoso rostro hacia a tí y que seas feliz eternamente!*

El proceso de admisión también podía coincidir con el proceso de renovación de cargos en la comunidad y de ascenso en el escalafón de sus integrantes, todo lo cual tenía lugar en una fiesta anual a celebrar el día quince del tercer mes, es decir, en el Pentecostés cristiano. Dato a subrayar.

Era la hora entonces de los rituales y de las bendiciones en las que los sacerdotes, denominados *Hijos de Sadoc*, elevaban alabanzas al cielo en honor de los miembros rectos de la co-

munidad, los *Hijos de la Luz*, al tiempo que maldecían a los malvados *Hijos de la Oscuridad*.

Detengámonos brevemente en este punto, puesto que debemos recordar la recurrente imagen de Jesús presentándose a los que lo escuchaban como la *Luz del mundo*. Y ya vimos qué relaciones podía tener esa metáfora con el mundo egipcio, pero tal vez es un buen momento para demostrar que en las cosas del espíritu prácticamente nada está inventado. Y para ello, nos vamos a Babilonia.

En la Persia de Zoroastro esas afirmaciones de Jesús no hubieran caído en saco roto. Estaban habituados allí a la luz de la teoría de los dioses solares, a oír hablar de los dos espíritus gemelos que creó Ahura Mazda: Spenta Mainyu, el bondadoso, y Angra Mainyu o Ahriman, el malvado.

Ambos genios o espíritus encarnan la Luz y las Tinieblas y ambos se disputan el mundo y a quienes en él vivimos. Solo al final de los tiempos la mediación de Aura Mazda decidirá la partida. Pero, mientras tanto, no puedo dejar pasar por alto la similitud de esa idea con las que con frecuencia Jesús expresó y que, por lo que se desprende de la *Regla de la Comunidad* de Qumrán, también en el mar Muerto era de uso común.

Es más, creo que esa misma convicción fue asumida por los cristianos gnósticos de los primeros tiempos del cristianismo, ajenos al proyecto de Pablo de Tarso. Y en esa misma corriente de gnosticismo que mezcla tanto zoroastrismo como ideas egipcias debemos situar a los caballeros del Temple. Esa sería la explicación de los colores blanco y negro que campeaban en su enseña o *bauceant*, y tal vez así podamos comprender algunas de las prácticas de su peculiar cristianismo, que al final los llevó a la ruina y a la hoguera. Pero regresemos por donde hemos venido. Volvamos a la *Regla de la Comunidad*.

En el documento se relatan también los castigos establecidos para quienes vulneren la disciplina de la comunidad. He aquí un ejemplo: *Quien haya mentido deliberadamente, hará penitencia durante seis meses*.

La comunidad, por su parte, emplea diferentes términos para definirse a sí misma, como, por ejemplo. *Guardianes de la Alianza* y los que tienen *celo por la Ley*. Y este tipo de definiciones, un tanto bélicas, aún lo parecen más si se lee el apartado denominado *Regla de la Congregación*, donde claramente se habla de guerreros y milicianos, lo que a algunos, como ya hemos visto y más veremos, los invita a pensar en un movimiento nacionalista violento.

Hay también en este documento datos de interés para emparentar, si es que ello es posible, algunas de las prácticas cristianas con las que aquí se hacían cotidianamente. Por ejemplo, el baño ritual diario, que se parece tanto al bautismo que es inevitable ceder a la tentación de ponerlos cerca de ver cuánto tienen en común.

Eso por no hablar de la denominada *Comida de la Congregación*, que muchos ven como un antecedente claro de la Última Cena. Además, se cita la existencia de un *Consejo* reponsable de preservar la fe y, lo que es más significativo: ... *expiará el pecado practicando la justicia y sufriendo los dolores de la aflicción*. Y esto tiene enorme importancia, puesto que parece que se pudiera estar expresando el concepto de perdón de los pecados. Si se admite esto, el parentesco con la doctrina de Jesús es cada vez mayor, para disgusto de la hipótesis del equipo internacional.

Para colmo, se habla de la futura llegada de *los Mesías de Aarón e Israel*, hasta la cual los miembros de la Comunidad deben mantenerse puros en sus acciones. ¿Quiénes son esos Mesías, en plural? Baigent y Leigh proponen unirse a la lectura que hacen quienes ven en ellos una clara doble línea: religiosa la una y que procedería de la descendencia de Aarón, y política la otra, que, procedente de Israel, seguiría hacia el futuro vía David y Salomón.

La Regla de la Guerra

Nos enfrentamos a otro de los manuscritos que han servido para caldear la polémica hasta extremos increíbles. Y es que

lo primero que se debe indicar es que, tal y como se ha dicho antes a propósito de la importancia que parece ser tenían los textos guardados en la cueva 1, este rollo era muy valioso para la comunidad de Qumrán y en esa cueva lo conservaron. No obstante, otros fragmentos de otras copias aparecieron en otras cavidades de la zona.

¿De qué habla el texto? Ahí está la clave de la polémica, porque se trata de un manual de guerra, de una especie de enciclopedia de tácticas militares para una lucha decisiva. Se supone que tal batalla tendrá lugar en los últimos cuarenta años de los últimos días, pero para algunos autores se trataría de una guerra real y para otros solo de una descripción metafórica del enfrentamiento entre los *Hijos de la Luz* y los *Hijos de las Tinieblas*. Y en función de que se crea una cosa u otra, todo cambia.

Hodge asegura:

Mi impresión personal es que los acontecimientos descritos en el *Libro de la Guerra* se pueden tomar literalmente, ya que sabemos por otros textos que los miembros de la comunidad organizaron unidades militares para prepararse para la lucha que iba a tener lugar en el final de los días.

No sé muy bien qué pensar de frases como esta: *También se colocarán siete escuadrones de jinetes a la derecha y a la izquierda de la formación; sus tropas quedarán de este lado...*

¿Es metáfora, como cree Vermes, o es realidad, como dicen Baigent y Leigh?

Para comprender mejor aún esta polémica debemos adentrarnos en la otra clave del asunto: ¿cuándo fue escrito?

Hay quienes proponen como fecha de redacción algún impreciso momento posterior a la redacción del Libro de Daniel, que se escribió quizá hacia el siglo II a. de C. Y hay quien arrima esa fecha a la época de la República romana, tras la invasión sufrida por Palestina bajo el mando de Pompeyo, hacia el 63 a. de C. Con ello, los enemigos de los que habla el rollo con el apelativo de *kittim* serían los romanos republicanos y,

. Y eso les permite pensar que el manuscrito es mucho más moderno y que la guerra de la que se habla no es solo metafórica, por tanto, estaríamos lejos de la figura de Jesús de Nazaret.

Y frente a ellos, se yergue la figura poderosa del líder de Israel, que sería el Mesías. Y entonces se recuerda la cita de *Números* (24, 17); *Una estrella se destaca de Jacob, surge un cetro de Israel*. Para Eisenman, esa *estrella* sería una metáfora del Mesías, y este no sería otro que el libertador político de Israel descendiente de Jacob vía David y Salomón. Pero entonces debemos volver nuestro rostro otra vez a Jesús, y eso no parece posible si los romanos de los que se habla son los de la República, puesto que Jesús nace en época de Augusto, recién inaugurado el Imperio. ¿Dónde está el error, según esta tesis?

La clave estaría en otro concepto que aparece en los manuscritos, allí donde se habla de un rey de los *kittim*. ¿Qué rey podría ser ese sino justamente el emperador?, dicen en voz alta algunos autores más rebeldes tal vez no es nada metafórica, sino real. Sería una guerra real de liberación nacional contra Roma y el líder de la comunidad sería Jesús. ¿Increíble? Ya lo creo, pero es una posibilidad, y fragmentos como el que ahora reproducimos parecen demostrar que se hablaba muy en serio de una guerra:

Los hombres del ejército tendrán de cuarenta a cincuenta años de edad. Los inspectores de los campamentos tendrán de cincuenta a sesenta. Los oficiales tendrán de cuarenta a cincuenta. Los que despojan los cadáveres, los que recogen el botín, los que limpian la tierra, los que custodian el bagaje, y los que suministran las provisiones, tendrán de veinticuatro a treinta años de edad.

El Rollo del Templo

Hay cierto consenso a la hora de afirmar que este documento apareció en la cueva número 11, aunque en realidad de esta obra parece que han aparecido dos ejemplares: este de la cueva 11, que tenía 9 metros de largo, y otros fragmentos más pequeños que salieron a la luz también en esta cueva.

¿De qué trata el texto?

Buena parte del mismo habla de la necesidad de construir un templo en honor al dios de Israel y también de los útiles precisos para honrarlo en la liturgia. No obstante, aporta datos también sobre aspectos del Antiguo Testamento. Baigent y Leigh lo han calificado de *un sexto Libro de la Ley*, que vendría a completar la Tora oficial de los judíos, es decir: Génesis, Éxodo, Levítico, Número y Deuteronomio.

Andrew Wilson y Lawrence Wills creen que se redactó empleando información de al menos cinco fuentes diferentes, y no faltan los que creen que antes de que la Biblia cerrase su actual canon hubo numerosos textos que pululaban entre la comunidad hebrea. Alguno de ellos sirvió para redactar este texto, o incluso puede que este documento formara parte de esos manuscritos que no se incorporaron finalmente a la Biblia.

Lo incómodo para la versión oficial del equipo internacional que presentaba este rollo pudiera ser lo siguiente, como se encargan de subrayar los autores de *El escándalo de los Rollos del Mar Muerto*: quedaría claramente invalidada la idea de que los autores de los Rollos no tenían ninguna relación ni interés con el Templo de Jerusalén, algo que, por otra parte, ya el *Rollo de Cobre* parecía desmentir bien a las claras, como ya vimos.

El Documento de Damasco

Se trata de una obra notable en lo que a peripecias históricas se refiere, pues antes del hallazgo de la biblioteca enterrada en las cuevas de Q^umrán ya había rumores sobre su existencia. Incluso se asegura que a finales del siglo xix se encontró en una sinagoga de El Cairo un conjunto de textos que se fecharon como propios del siglo IX d. de C. y que mucho tendrían que ver con este manuscrito.

El hallazgo de El Cairo fue a manos de Salomón Schecter, un profesor de la Cambridge University, y fue él quien advirtió que entre aquellos textos había una versión hebrea de un

viejo documento del que hasta entonces solo se tenían referencias secundarias

El profesor Schecter publicó lo que logró recomponer gracias a ese hallazgo en 1910. Pero cuando aparecieron los textos de Qumrán se advirtió en que allí había una versión obviamente más antigua de la que ya se conocía. Fue, no obstante, un documento que provocó cierta polémica entre los investigadores de uno y de otro signo.

Según parece, el controvertido texto se ocupa de un grupo de judíos que permanecieron fieles a la Ley, al contrario que otros, a los que se reprocha esa actitud. Se cita la presencia de alguien al que denominan *Maestro de Justicia*, de quien se afirma que llevó como un pastor iluminado a sus seguidores hasta un punto no concreto del desierto y al que genéricamente llaman *Damasco*. Una vez instalados allí, esos hombres renovaron su alianza con el dios de Israel.

¿Es ese *Damasco* la capital de Siria? He ahí un poderoso misterio del que deberemos hablar, pero ahora regresemos a la versión descubierta en Qumrán.

Para la mayoría de los especialistas, el *Documento de Damasco* de Qumrán es uno de los textos más antiguos de esa comunidad. ¿En qué se basan? Entre otras cosas, en que los pergaminos y papiros que aparecieron en la cueva número 1 estaban mejor cuidados que los demás, por ello se envolvían en paños y se metían en ánforas, y eso era debido, aseguran, a que eran los que estaban vigentes en el momento final de la comunidad. En cambio, los de otras cuevas, como es el caso del *Documento de Damasco* (se han encontrado fragmentos en las cuevas 4, 5 y 6), eran menos importantes porque ya había quedado de alguna manera obsoletos o habían sido actualizados en otros escritos.

Se cree que de este texto hubo varias versiones y que tal vez la que ahora conocemos es una de las más antiguas, finalizada alrededor de la primera mitad del siglo II a. de C.

Hay algo en este texto tremendamente controvertido, y es que entre las normas de comportamiento que dispensa hay va-

rías destinadas a las mujeres y a los niños, lo que choca frontalmente contra la idea de una comunidad ascética y célibe. ¿Para quiénes eran esas normas si se supone que no vivían allí mujeres y niños?

Por supuesto, para aquellos críticos con las ideas de Roland de Vaux una prueba así no podía dejarse pasar por alto, y no lo han hecho. Han arremetido con esta arma contra la tesis tradicional y han tratado de demostrar que aquella gente no era célibe y, en relación con el propio Jesús, si es que este tuvo influencias de la comunidad de Qumrán, *probaría* que muy posiblemente él mismo no fuera célibe. Y así, de nuevo y para mayor escozor de la ortodoxia, la sombra de María Magdalena se yergue una vez más de entre los muertos.

Si *Damasco* no es el Damasco sirio, ¿qué Damasco es?

Esa pregunta algunas tesis la han querido responder tras dar buena cuenta de otro enigma: ¿quién era el *Maestro de Justicia* del que hablan esos escritos y quién *El Mentiroso* al que tanto mencionan?

El Mentiroso es un tipo ciertamente detestado por los redactores de los textos, sea quien sea. Se puede llegar a pensar que alguna vez perteneció a ellos y que desertó, aunque otras propuestas, naturalmente, niegan esa posibilidad. Pero no solo desertó, sino que se pasó a las líneas enemigas, sean estas las que sean y que también generan división de opiniones.

Leigh y Baigent, con esos mimbres, urden una polémica versión de lo ocurrido. Dice así, aproximadamente: ¿Quién fue el que, según el Nuevo Testamento, precisamente camino de Damasco cae de bruces desde un caballo y muda de ideas y de Dios? Por supuesto, Saulo o Pablo de Tarso, que hasta entonces perseguía a cristianos con saña. Recordemos el pasaje:

Saulo, por su parte, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de que si encontraba algunos que siguieran este camino, hombres o mujeres, pudiera llevarlos presos a Jerusalén. (Hechos 9, 1 y ss.)

Pablo de Tarso era el azote de los cristianos y tal vez sea el Saulo al que se refieren las escrituras que asistió al martirio de Esteban, la primera víctima de la nueva creencia llamada cristianismo (Hechos de los Apóstoles, 7, 58). Y sabemos que con muy malas intenciones para esa secta religiosa iba aquel día hacia Damasco. Y lo que proponen los autores citados es que en realidad *Damasco* sería el nombre en clave de Qumrán, la sede esenia. Esto último, desde luego, es una interpretación arriesgadísima y con poca base histórica, pero no es esa base mayor que la de pensar que Pablo podía arrestar a alguien en Siria, que quedaba fuera de su jurisdicción.

Por tanto, proponen Leigh y Baigent, Pablo de Tarso perseguía a cristianos, y eran cristianos y no esenios los que vivían en Qumrán.

Ahora bien, y aquí llega la parte más hiriente de esta propuesta, ¿por qué tendría interés Roma, con la que estaba conchabado Pablo de Tarso, en perseguir a un grupo religioso si, en líneas generales, le importaba un bledo Yavé y sus malditos sacerdotes, ya fueran saduceos o fariseos? Pues porque, dicen esas fuentes, en realidad quienes se escondían en Qumrán no eran ascetas y místicos, sino un grupo armado nacionalista judío.

Pero interrumpamos aquí esa línea de interpretación, sobre la que deberemos volver más adelante, y prosigamos la lectura de otros rollos.

El Comentario de Habacuc

Este *peshet* o comentario ha derivado en uno de los papeles claves de la polémica porque en él se ofrecen detalles del comienzo de la vida de esta comunidad y especialmente de la agria polémica entre el *Maestro de Justicia*, el *Sacerdote Impío* y *El Mentiroso*.

¿Quiénes eran esos hombres?

Este texto, aparecido en la cueva número 1, nos presenta lo que parece la desertión de un grupo de personas de la co-

munidad que se marchan tras los pasos del *Mentiroso*. Por supuesto, para el redactor del manuscrito, esos personajes encarnan el mal.

Quienes estuvieron de acuerdo con las ideas del equipo internacional han creído que las dos figuras malvadas son en realidad, un solo hombre. Otros, como R. H. Eisenman, creen que eso es un error, que serían dos personas distintas. *El Mentiroso* es alguien que nace dentro de la comunidad y la traiciona, mientras que el *Sacerdote Impío* es un hombre del Templo, ajeno a la comunidad.

Baigent y Leigh son de esa misma opinión y advierten de algo interesante: si el *Sacerdote Impío* es alguien que procede del Templo, eso quiere decir que el Templo aún existe, por tanto, estamos en la época del Imperio, en la época de Jesús, y no en la República romana.

Aseguran que en ese texto se habla de la costumbre romana de hacer la llamada ofrenda ritual a los estandartes y aseguran que el historiador Flavio Josefo ofrece pruebas de esa práctica de los legionarios en la época en la que se produjo la destrucción del Templo en 70 d. de C. Según su criterio, en la época republicana las legiones ofrecían ese tipo de honores a los dioses, en oposición a la época imperial, en la que el dios por excelencia era el propio emperador.

Ya ve el lector con qué tiento se andan unos y otros para matizar cronologías y afilar datos, porque de ellos se puede derivar que todo ocurriera lejos de la biografía de Jesús o que todo se tejiera justamente en medio de su vida. Y no daría lo mismo que aquellos anónimos escribanos fueran una secta ascética que un grupo de nacionalistas. Ni sería, obviamente, lo mismo que Jesús hubiera vivido con ellos durante su estancia en el desierto o que no lo hubiera hecho. Y nada sería igual si su doctrina, impregnada como creemos de creencias egipcias, hubiera asimilado también conceptos de aquella enigmática comunidad hasta el punto de que él mismo hubiera sido uno de sus puntales o, incluso, el *Maestro de Justicia*. Como ven, hay para todos los gustos.

Y tampoco es lo mismo que la capa de ceniza puesta al descubierto por las excavaciones en Qumrán sea la consecuencia de un terremoto, como unos defienden, a que fuera el producto de un incendio como consecuencia de una batalla, como otros quieren ver.

Textos poéticos y bíblicos

Ya dijimos que además de estos que hemos comentado y que son para nuestra aventura de obligada mención, en las cuevas vecinas al mar Muerto aparecieron otros muchos documentos. Algunos eran de corte poético; otros, de claro parentesco bíblico. Pero no es este un libro sobre los rollos de Qumrán, sino sobre Jesús de Nazaret y sobre los años desconocidos de su vida, aquellos en los que tal vez se formó o incluso, según las creencias de cada cual, el hombre pasó a ser Dios. Por tanto, no nos detendremos en esa literatura poética ni tampoco en la bíblica nada más que el tiempo preciso para mencionarla y animar al paciente lector, si lo desea, a buscar, entre la amplia literatura que sobre los rollos existe, el contenido de esos escritos. Nosotros tenemos aún mucho camino por delante, y ciertamente el tiempo apremia, puesto que llevamos veinte siglos de retraso.

Capítulo 4

¿JESÚS, EL ESENIÓ?

HASTA ahora hemos observado que la teoría que definimos de consenso y avalada por la Escuela Bíblica que dirigió Roland de Vaux ve en Khirbet Qumrán un monasterio esenio. También vimos que había algunos puntos que hacían chirriar esa hipótesis, y no han faltado quienes han visto en este complejo una fortaleza militar, lo que explicaría la existencia de una torre fortificada y también la gran capa de ceniza, que no provendría de un incendio provocado por un terremoto, sino por un asedio militar. Y esto, en el supuesto caso, más o menos lejano, de que Jesús hubiera tenido algo que ver con quienes aquí vivieron tiene una importancia tremenda.

Hay propuestas que pretenden conjugar una y otra idea, como, por ejemplo, la de Jean-Baptiste Humbert, que postula la posibilidad de que, en efecto, en la Antigüedad aquello hubiera tenido una finalidad militar pero que, tras ser destruido en tiempos de los Macabeos, fue ocupado por los esenios.

Y después queda una hipótesis aparentemente descabellada, pero que va ganando adeptos lentamente: los habitantes de ese complejo fueron, en efecto, esenios, pero el retrato de hombres pacíficos que se nos ha mostrado siempre de ellos sería falso.

Para decantamos por una posibilidad u otra proponemos al lector un repaso a lo que se ha dicho de los esenios para ver si cuadra con lo que se advierte en Qumrán. Y, en segundo lugar, veremos si Jesús pudo tener algo que ver o no con esas enigmáticas gentes.

El misterio de los esenios

¿Por qué sabemos que hubo una secta dentro del judaísmo denominada esenios? Pues porque autores clásicos como Plinio, Filón de Alejandría o Flavio Josefo la mencionan. ¿Y eran ellos la escurridiza comunidad de los rollos de Qumrán? No lo sabemos, puesto que los manuscritos nunca mencionan el nombre de sus autores y se limitan a citarse como *yahad* (comunidad), los *Hijos de la Luz*, los *Hijos de Sadoc* o *Los Santos*.

Lo que debe saber el lector es que en el seno del judaísmo había una amplia división y que las sensibilidades no solo eran muchas, sino que estaban muy mal avenidas entre ellas. Flavio Josefo, por ejemplo, menciona las cuatro más conocidas en sus tiempos y en los de Jesús: saduceos, fariseos, zelotes y esenios. Pero todos ellos tenían seguramente ramificaciones y todos, aunque de ellos se hable al menos desde el 150 a. de C., eran más antiguos. Por tanto, es tan difícil encasillar en un grupo los textos de Qumrán como lo es hacer lo propio con el mismísimo Jesús de Nazaret.

Los saduceos eran, en su mayoría, sacerdotes, y su nombre mismo lo anuncia, puesto que vendría de Sadoc. ¿Quién fue Sadoc? Pues el sumo sacerdote al que Salomón, casi mil años antes de Jesús, encomendó los oficios del primer Templo.

Los saduceos eran elitistas, con cierta tendencia a dejarse influenciar por lo helénico, y no eran, según Josefo, más de un millar. Su brújula era la Tora, la Ley escrita, y no admitían comentarios orales a la misma, al contrario que los fariseos. Eran rígidos y conservadores y se regían por un calendario solar. Negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos.

Al contrario que ellos, los fariseos eran más numerosos y populares, puesto que había un cierto componente democratizador del judaísmo en sus ideas. Pinero cree que en las ideas de Jesús, a pesar de la mala prensa que de ellos hacen los Evangelios, había mucho de fariseísmo, pero matizado.

¿En qué creían? Su nombre deriva del hebreo *perushim*, que quiere decir los separados», de modo que aún siendo de

la clase media preferentemente, se veían diferentes de los saduceos, a quienes criticaban. Para ello, crearon un cuerpo de doctrina oral para interpretar la Ley. Además, estaban convencidos de que Yavé actuaba directamente sobre los hombres valiéndose de los ángeles, lo que no admitían los saduceos, y que tras la muerte habría un premio para los justos y admitían por ello la resurrección de los cuerpos coincidiendo con la llegada del Mesías. Hay quien ve en los manuscritos de Qumrán denominados como *La Regla de la Comunidad* ideas no muy alejadas de los planteamientos fariseos.

Los zelotes no eran muy diferentes de los fariseos, solo que en su defensa de la virtud iban más lejos que todos los demás, lo que se vinculó posteriormente con su oposición violenta a Roma. Y dentro de ellos, nos dice Josefo, que los odiaba especialmente dado que él era judío colaboracionista con Roma, había diferentes ramas. Unos, llamados *lestes o ladrones* o delincuentes, podía tener un buen ejemplo en los dos *ladrones* crucificados junto a Jesús; otros, apodados *sicario* por ir provistos de una *sica o daga* con la que ejecutaban romanos en actos terroristas, tienen un ejemplo en Judas *Iscariote*. Y si a este *sicari* que sería el *Iscariote* unimos el hecho de que a Jesús lo acompañaba también, al menos, un zelote, Simón, empezaremos a comprender el batiburrillo que amenaza con ahogarnos para alinear a Jesús con unos u otros.

¿Y los esenios? ¿Qué dicen los clásicos de ellos?

Lo cierto es que no se sabe demasiado, salvo que De Vaux estuviera en lo cierto y los rollos de Qumrán fueran obra suya. Entonces sí estaríamos en condiciones de afirmar más cosas. Mientras, debemos conformarnos con los autores clásicos. No obstante, ni siquiera hay consenso en el origen de la palabra. ¿Procede del sirio *hase*, que quiere decir «piadoso»? ¿O del arameo *assaya*, que designa a los «sanadores»?

Curiosamente, no hay referencias a ellos ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, y eso es más sorprendente todavía si Josefo está en lo cierto y era el grupo más numeroso después de los fariseos. De ellos se dice que vivían en comunida-

des pequeñas bajo el liderazgo de un maestro espiritual y que esas agrupaciones estaban integradas únicamente por hombres, aunque Filón y Josefo sí admiten la existencia de mujeres entre ellos, e incluso se dice que algunos tenían relaciones sexuales para garantizar la procreación.

El Guardián de la Comunidad debía ser obedecido por todos, y quienes querían incorporarse al grupo debían superar un primer año de prueba. Se les daban unas ropas blancas, que era como habitualmente vestía esta gente, al parecer, y si salían con bien de ese primer año iniciaban su verdadera carrera de ingreso por espacio de otros dos años, al cabo de los cuales, si todo iba bien para sus intereses, realizaban un juramento de obediencia.

Ningún miembro de la comunidad tenía bienes, pues debía donarlos al colectivo. Esto es muy curioso, puesto que se ha querido ver en ello un antecedente del primer cristianismo, pero se olvida que el paso del tiempo presentará a los caballeros del Temple, por ejemplo, teniendo normas similares.

En su obsesión por la pureza del cuerpo, se lavaban ritualmente dos veces al día, no sin antes rezar y no sin dejar de hacerlo después de la inmersión. La frugalidad era la norma en la comida, en la bebida y en la ropa, todo lo cual no cuadra mucho con la imagen que después tendremos de Jesús, quien no falta a banquetes y a reuniones varias.

No haremos ahora relación de las mil y una costumbres atribuidas a esta secta judía, pero sí tal vez habrá que insistir en el hecho de que de ellos se dijera que tenían asombrosas facultades de sanadores y que eran magníficos exorcistas. Pensaban que los demonios generaban enfermedades y había que expulsarlos del cuerpo del enfermo, y eso tiene mucho que ver con su creencia en que Dios interviene en el mundo de los hombres a través de los ángeles, lo mismo que decían los fariseos. Y anticipan de algún modo la magia astral judía al asegurar que conociendo el nombre de los ángeles (algo ciertamente cabalístico), tanto los malos como los buenos, se podía controlarlos y emplearlos para la sanación. Y todo esto, no se

podrá negar, sí parece retratar a Jesús, o al menos permite ver que Jesús conoció estas prácticas del desierto.

Eran frecuentes sus ejercicios proféticos, lo mismo que Jesús, anticipando el fin de los días y la destrucción del Templo, con cuyos sacerdotes no estaban de acuerdo y se negaban a realizar sacrificios de animales, lo que tal vez tenga que ver con sus convicciones vegetarianas (algo curioso, puesto que siglos más tarde los cataros en Francia seguirán un régimen alimenticio similar, y también se situarán en el extrarradio de la ortodoxia).

Los esenios no creían en la libertad de acción del hombre, puesto que, según su propuesta, cada uno nace con la conciencia moral condicionada por Dios. No hay mucho que el hombre pueda hacer por salvarse, a lo que se ve.

Esta gente, según la propuesta clásica, serían el vecindario de Qumrán, y todos juntos sumarían unos cuatro mil, aunque no todos vivirían dentro del cenobio, donde solo unos trescientos ascetas verían pasar los días y las noches.

Pero las excavaciones arqueológicas parieron una hidra de muchas cabezas capaz de devorar la tesis que hasta ahora conocemos. Nos referimos a los tres camposantos a los que ya hemos hecho alguna mención en páginas anteriores. En efecto, apareció un gran cementerio con más de mil tumbas y otros dos, al norte uno y al sur otro, con alrededor de una docena de tumbas cada uno. ¿Qué tiene de incómodo? Pues es que en ellos se ha encontrado gran número de restos de mujeres y de niños, hasta el punto de que se ha calculado que el veinte por ciento de esas tumbas corresponde a mujeres. ¿Cómo cuadra eso en una comunidad ascética de hombres?

Se había dicho que la palabra «mujer» no aparecía citada en los rollos, lo que parecía dar la razón a Roland de Vaux a propósito de un monasterio de místicos varones célibes. Se diría, para sacudirse el problema de encima, que aquellas gentes eran las que vivían fuera del cenobio, pero el orden de las tumbas, alineadas con esmero, hace decir a autores como Hodge que *la mezcla de sexos y los signos de muerte violenta sugie-*

ren que no estamos ante un pacífico cementerio de un monasterio, sino que estamos ante unos enterramientos en masa producto de una masacre o de víctimas de guerra. De ser así, ¿cuándo murió esa gente?

¿A manos de los ya famosos kittin o romanos imperiales? ¿Estamos ante un grupo pacífico o ante un grupo armado?

Finalmente, para concluir esta visión de la comunidad esenia de Qumrán, debemos reseñar la curiosidad de su cómputo del tiempo. Y es que, mientras los judíos tradicionalmente tenían un calendario lunar —de 354 días—, los esenios se regían por un calendario solar —de 364 días.

En el calendario judío no se encontrarían correspondencias entre las estaciones del año y los solsticios y equinoccios, aunque se añadía un mes cada treinta y seis meses con el fin de compensar la desviación acumulada. En cambio, los esenios tenían un calendario propio de 364 días en un año con meses de treinta días. Es decir, muy similar al nuestro, hasta el punto de que diferenciaban también cuatro estaciones de tres meses, a los que añadían un día denominado *rememoración*. Esto hacía que todas las estaciones comenzasen por el mismo día, que sería nuestro miércoles.

El calendario, a su vez, se dividía en siete partes, cada una de las cuales estaba marcada por una fiesta agraria -del aceite, del trigo nuevo, etc.

El nacionalismo esenio

La hipótesis ortodoxa se esforzó siempre en alejar los hechos narrados en los rollos del mar Muerto de la figura de Jesús. Se dijo que lo que en ellos se refería eran acontecimientos e ideas nacidas entre los siglos u a. de C. hasta mediados del siglo I a. de C. Casi todo había sucedido en tiempos de los Macabeos e incluso se atribuía a Jonatán Macabeo el seudónimo que aparece en los manuscritos sobre un *Sacerdote Impío*. Aunque también se ha dicho, siguiendo la teoría avanzada en 1987 bajo el nombre de *Hipótesis Groningen* que en realidad ese ape-

lativo debería servir para designar a todos los sacerdotes asmo-neos, y ello porque más que un alias es un título institucional

No obstante, son muchos los investigadores que discrepan, y aunque reconocen que la mayoría de los textos son de esa época, no parece que todos lo sean y no dudan en aproximar todo lo ocurrido a los años de vida de Jesús. Algunos ejemplos de la polémica ya los hemos esbozado al hablar del *rey* de los *kittin*, y el hecho de que no es lo mismo que estos tuvieran un rey, que podría ser el emperador, a que no lo tuvieran, pues se podría pensar en romanos de la República, es decir, alejados de la época de Jesús. Y tampoco sería lo mismo que hubiera habido un incendio como consencuencia de un terremoto que por efecto de un asedio militar. Y sobre este aspecto los eternos críticos Baigent y Leigh dicen:

Los indicios arqueológicos de Qumrán no son inequívocos en cuanto a esos dos sucesos... La gruesa capa de cenizas hace pensar en una conflagración muy violenta, que se explica como resultado de un intento consciente de quemar todo el edificio; las cenizas quizá muestran, entonces, los rastros de una destrucción intencional de Qumrán.

Hay más elementos que han provocado la polémica entre unos y otros, pero se los vamos a ahorrar al lector, y que van desde la confusa datación de las monedas descubiertas en la excavación hasta algo tan aparentemente inofensivo como el uso que tuvo la fragua que se descubrió. Para Roland de Vaux, la opinión era esta: *Hay un taller que comprende un horno sobre el que había una zona enyesada con un conducto de desagüe. La instalación implica que el tipo de trabajo que se realizaba allí exigía un fuego grande además de una abundante provisión de agua. No me atrevo a definir su propósito con mayor precisión.*

Para los críticos, tal vez sirvió para forjar las armas de esta comunidad nacionalista que luchó contra Roma, lo que nos parece una completa exageración, pues en todos los pueblos tal vez hubiera una fragua y no por ello servía en exclusiva para templar armas, sino también arados o mil herramientas más.

Digamos simplemente que para algunas versiones de lo ocurrido, en Qumrán hubo de todo menos quietismo monacal y vida ascética. Hay quien piensa que aquella comunidad, integrada por mujeres, niños y hombres, que tal vez sí tenían ideas religiosas muy precisas, se enfrentó contra el poder de Roma, pero de la Roma imperial. Y bajo sus sandalias murieron. Khirbet Qumrán fue devastada a espada y fuego. Y recuerdan una cita de Josefo que descoloca bastante el retrato que teníamos de los esenios:

... desprecian (los esenios) el peligro y dominan el dolor por pura voluntad: a la muerte, si llega con honor, la valoran más que a la vida sin fin. Su espíritu fue sometido a las mayores pruebas en la guerra contra los romanos, que los atormentaban y los retorcían, los quemaban y los rompían, sometiéndolos a todas las torturas que se han inventado para hacerlos blasfemar contra el Legislador o comer alguna comida prohibida.

Para estos investigadores está claro: los esenios no eran diferentes de los zelotes y de los sicarios. Y se enzarzan en el debate etimológico de la palabra de este modo: dicen que la palabra *esenio* procede del griego *essenoi* o *essaioi*, de modo que debiera ser esta una palabra que resultase de la traducción al griego de alguna palabra hebrea o aramea. ¿Cuál pudo ser? Y, de existir esta, tal vez diera la respuesta definitiva a la identidad de los autores de los rollos y a sus verdaderas maneras de vida.

En los textos del mar Muerto se habla de los *Guardianes de la Alianza*, pero también se suele citar la palabra que aparece en el *Comentario de Habacuc Osei ha-Torak*, que algunos investigadores, como Einsenman, traducen como *Hacedores de la Ley*; y de ahí —*osei*— pudiera proceder la palabra *esenio*. Y también se cita a la secta de los *osenios* de la que habla Epitafio para nombrar a estas gentes. Y esos defensores a ultranza de la Ley serían capaces de cualquier cosa, incluso violenta, para salvarla.

Nada tendría que ver ahora *este* Qumrán con el que describen estudiosos como López Menús: *Tienen las características de una orden monástica: fin religioso, organización, jerarquía y separación del mundo [...], mesa común, bienes comunes, oficios religiosos que se hacen igualmente en común y hasta una especie de votos religiosos.*

Y cita entre estos últimos la pobreza, la castidad y la obediencia.

¿Se formó Jesús en Qumrán?

¿Pudo Jesús formar parte de la misteriosa comunidad de Qumrán durante su estancia en el desierto? ¿Fue Jesús un esenio?

Espero que a estas alturas del relato el lector sepa valorar en su justa medida dos cosas: la primera es que sigue habiendo serias dudas de si en efecto fueron esenios (o al menos el modelo *clásico* de esenio que creemos conocer) quienes vivieron en Khirbet Qumrán, y si hubo entre esos pobladores relación directa con los rollos encontrados en las cuevas; y en segundo lugar, que la complejidad religiosa y sectaria de aquella época en el mundo judío era enorme y que a ella se añadía el conflicto político que mantenían con Roma. Por tanto, afirmaciones tajantes como las que han realizado especialistas críticos con las tesis de Roland de Vaux, caso de Robert Einsenman y Barbara Thiering, diciendo que la comunidad de Qumrán y los primeros cristianos son los mismos sujetos, es ciertamente arriesgada.

Con todo, es posible, o al menos eso me parece a mí, que hubiera influencias en la filosofía de Jesús por parte de las tesis mesiánicas y *wraostristas* de los supuestos esenios. No afirmamos, como Einsenman, que Juan el Bautista, Jesús e incluso su hermano Santiago fueran esenios, porque no podemos hacerlo y porque nos parece una perfecta osadía, ya que es muy posible que la mayoría de los textos de Qumrán sean anteriores a Jesús, pero eso no invalida que lo pudieran influenciar. Del mismo modo que hoy en día los Evangelios sirven de brújula

a millones de personas sin haber sido su redacción contemporánea a sus vidas.

No hablaremos, por tanto, de que los textos de Qumrán sean contemporáneos con los relatos cristianos, puesto que parece demostrado por todos los especialistas que estos se escribieron decenas de años más tarde y en griego. Los de Qumrán, redactados en hebreo o arameo, eran para el consumo interno de los creyentes judíos; los cristianos, en cambio, se orientaban a un amplio mundo pagano mediterráneo, el universo de los gentiles.

Sin embargo, para terminar esta introducción a las posibles andanzas de Jesús por el desierto, permítame el lector que tome prestados los siguientes datos a Stephen Hodge: *El estudio más reciente y exhaustivo sobre los Evangelios, llevado a cabo por*

200 eruditos bíblicos que escribieron la llamada edición erudita de los Evangelios en 1993, no pudo considerar como auténtico más del 20 por 100 de las palabras que se atribuían a Yeshua. Es decir, que muchas de esas palabras y enseñanzas fueron insertadas posteriormente por personas anónimas con intereses muy concretos.

¿Qué podemos pensar por tanto de todos los Evangelios a la luz de esas informaciones? ¿Qué podemos creer y qué no de ellos? ¿Qué dijo Jesús de verdad?

Las ideas comúnmente admitidas del equipo internacional nos dicen que no, que nada tuvo que ver Jesús con esa comunidad. Sin embargo, hay un personaje al que podemos considerar como el autor del preámbulo del cristianismo al que muchos identifican sin temblor con un esenio. Nos referimos a Juan el Bautista, el primo de Jesús.

En los Evangelios tropezamos con pistas que pudieran permitir urdir una hipótesis así.

Mateo, Marcos y Lucas se ocupan de siluetear la figura de Juan, aunque para mi gusto lo hacen con trazo excesivamente grueso. Sin embargo, alguna cosa se saca en limpio. En primer lugar, descubrimos que su habitat, como tal vez el de la enigmática comunidad de Qumrán, era el desierto: *En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea* (Ma-

teo 3, 1); *apareció en el desierto Juan el Bautista, predicando el bautismo de penitencia...* (Marcos 1, 4); *...fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto...* (Lucas 3, 2).

¿Cuándo irrumpió Juan en escena? La mejor referencia histórica la proporciona Lucas: *El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Pondo Piloto, tetrarca de Galilea Heredes [...] bajo el pontificado de Anas y Caifas...* (Lucas 3, 1). Al mismo tiempo, este evangelista vincula su aparición con una profecía de Isaías, quien en tiempos mucho más lejanos había empleado el concepto de *la voz que clama en el desierto*, que será el apelativo que se aplique a este presunto heraldo de Jesús.

Juan vivía de manera ascética, si juzgamos el resto de su vida por el vestuario que se le atribuye y la dieta que degustaba: *Llevaba Juan un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero ceñía sus lomos, y se alimentaba de langostas y miel silvestre* (Marcos 1, 6). Estas pistas, quizá, permitieran hacer de él un asceta, aunque no estoy seguro de que le conviertan exactamente en un esenio. Y desde luego, lo que sí hace esa descripción es alejarlo de Jesús, que jamás fue un asceta, pues comía y bebía con sus discípulos e iba a bodas y casas de mala reputación a ojos de los sacerdotes, y vestía una túnica rica, tejida de una sola pieza, que fue incluso cotizada entre la soldadesca que le crucificó. Mas regresemos a Juan.

Obviemos el bautismo, del que ya hemos dicho cosas y otras añadiremos unos renglones más allá, y centrémonos en lo que dice. En él sí encontramos algo muy del gusto de Qumrán: **el** vaticinio de días claves, un concepto mesiánico trágico y los ineludibles castigos para los no arrepentidos: *Arrepentios, porque el reino de los cielos está cerca* (Mateo 3, 2); *(el que vendrá) tiene ya el bieldo en su mano, y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en juego inextinguible* (Mateo 3, 12). Al mismo tiempo, se muestra violentamente hostil ante los sacerdotes saduceos y fariseos, a quienes califica de *raza, de víboras*.

Sin embargo, los evidentes parecidos entre el comportamiento ascético de Juan y su insistencia en la necesidad de

una vida recta y ajustada a la Ley con la filosofía atribuida a los esenios también divergen de esta en algunos puntos notables. Hodge lo resume de este modo magnífico:

La diferencia más importante está en su actitud frente al pueblo judío, porque mientras que la comunidad era muy elitista, Juan impartía el bautismo y sus enseñanzas a gentes de todo tipo sin distinción.

Y eso es algo igualmente aplicable a Jesús. Además, el bautismo de Juan era un rito de iniciación a una nueva forma de vida, por lo que era individual, único, en tanto que los esenios practicaban los baños rituales purificadores diariamente.

Es cierto que Juan anticipaba la llegada de un Mesías, de un libertador para el pueblo en vísperas de una batalla final, y en ese tipo de mensajes volvía a recordar a los *guerreros de la Luz* de Qumrán y a su convencimiento en una lucha sin cuartel entre el Bien y el Mal. La misma lucha que Jesús dirimió en el Monte de las Tentaciones. Por todo ello, personalmente creo posible que Juan fuera, o al menos hubiera sido antes de comenzar su andadura seguido por un número impreciso de gentes, un esenio. Se pudo formar al calor de aquellas ideas, pero quizá no me un *monje*, en el sentido en que le gustaba decirlo a Roland de Vaux.

Sobre Juan el Bautista hay opiniones ciertamente heterodoxas que se han popularizado recientemente, como la vertida por Lynn Picknett y C. Prince en el libro *La revelación de los templarios*. Nos referimos a su planteamiento de ver en Juan al verdadero líder de un movimiento religioso y político que encontró numerosos adeptos y en Jesús al hombre que lo engañó y le robó los discípulos, entre ellos Andrés, el hermano de Pedro, y también el protagonismo.

No deja de ser sorprendente que a lo largo de la historia los grandes personajes vinculados con la iniciación hayan finalizado sus días sin cabeza. Eso se cuenta de Osiris, como ya dijimos, y quizá de Hiram, el constructor del Templo de Salomón. Y también de Santiago, inspirador sin saberlo de un

futuro camino de iniciación en España, y de Prisciliano, el fundador de esa ruta telúrica. ¿Es casual que esa misma suerte fuera la que correspondió a Juan el Bautista? ¿Por qué el Temple, de quien se dijo que adoraba a una misteriosa cabeza llamada *Bafomet*, tenía al Bautista como uno de sus santos preferentes? ¿Qué tiene que ver todo eso con su supuesto rechazo de la cruz?

Otras relaciones son también muy sugestivas, como la de advertir que Juan tiene su fiesta cristiana en el solsticio de verano y Jesús en el solsticio de invierno. Y, según parece, en dos ocasiones al menos se encuentra en el rollo llamado *Regla de la Comunidad* la expresión con la que el evangelista Lucas definió a Juan: *la voz que clama en el desierto*.

En cuanto a Jesús, las afirmaciones al respecto han sido a veces ciertamente tajantes, como la de John Allegro, que vio en él ni más ni menos que al *Maestro de Justicia* del que hablaban los rollos. Y aunque es muy discutible tal cosa, la verdad es que existe cierta tradición que se esfuerza en ver la relación de Jesús con los esenios y la del presunto monacato de estos con el que surgiría en Egipto y Siria dentro de los ambientes cristianos unos siglos después de Jesús.

Dicen que incluso gente indocumentada a la hora de analizar estas cosas, como Federico el Grande, afirmó en 1770 que Jesús estaba *empapado de ética esenia*.

En ambientes de corte esotérico, alrededor de la figura de H. P. Blavatsky, esa seguridad en un Jesús esenio se disparó en el siglo XIX. En Jesús había elementos esenios y gnósticos, lo que a mí francamente me seduce, y solo restaría añadir los conocimientos de las religiones místicas egipcias para que firmase esas conclusiones.

En 1863 Renán publicó, *Vida de Jesús*, donde el cristianismo era presentado como una forma de esenismo. E incluso se ha querido ir aún más lejos recordando los conocimientos herméticos que seguramente Moisés aprendió en Egipto, los mismos que quizá impulsarían rituales cabalísticos tiempo des-

pues, y se añade que esas fórmulas mágicas fueron cultivadas por los esenios, de donde Jesús obtendría algunas de ellas. Pero eso, creo yo, es apretar el acelerador en plena curva, y eso siempre conlleva riesgos innecesarios.

Dejémonos ya de especulaciones y veamos si algunas de las propuestas atribuidas a Jesús en verdad se parecen a las que otros ven como propias de los esenios. Tal vez así podamos rellenar el enorme hueco que la biografía de Jesús plantea sobre lo que pudo ocurrir durante su estancia en el desierto.

BAUTISMO

Ahondemos en el agua. Juan realiza un ritual usando la del río Jordán que le hace famoso y acreedor de un título, el de *Bautista*. Se trata de un ritual importante desde algún punto de vista que seguramente aún desconocemos, al margen del carácter purificador de los pecados, puesto que el propio Jesús decide ponerse en manos de su supuesto heraldo para ser sometido a él, tal y como relatan Mateo, Marcos y Lucas.

En el rollo denominado *Regla de la Comunidad* podemos leer: ... y cuando su carne sea rociada con agua purificadora y santificada con agua limpiadora, quedará limpia por la humilde sumisión de su alma a todos los preceptos de Dios.

No obstante, ya hemos mencionado alguna diferencia notable entre el bautismo de Juan y las abluciones esenias.

COMUNIDAD

Son varias las ocasiones en las que Jesús advierte a sus seguidores de los peligros que para la evolución espiritual tiene el gusto por lo material y el afán desmedido por enriquecerse. Y según se ha llegado a saber, al parecer los fondos económicos con los que contaba el grupo de seguidores de Jesús eran

gestionados de forma comunitaria por un administrador, que no era otro que Judas, el Sicario o Iscariote.

En Hechos de los Apóstoles (2, 44-45) leemos algo a propósito de esa costumbre cristiana: *Todos los que creían vivían unidos y tenían todo en común: vendían las posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. Y en 4, 32 y ss. se afirma: Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma, y nadie llamaba propia cosa alguna de cuantas poseían, sino que tenían en común todas las cosas [...]. No había entre ellos indigentes, porque todos los que poseían haciendas o casas las vendían, llevaban el precio de lo vendido, lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según sus necesidades.*

¿Qué nos dice al respecto la *Regla de la Comunidad!*! Leamos: *todos... traerán todo su conocimiento, sus fuerzas y sus posesiones a la Comunidad [...], comerán juntos y rezarán juntos.*

SANACIÓN DEL CUERPO

En los tiempos de Jesús había numerosos predicadores y líderes taumatúrgicos, según parece. No eran infrecuentes las curaciones sorprendentes y ello se conseguía mediante prácticas un tanto confusas que resultaban ser antídoto para posesiones maléficas, puesto que se tenía el convencimiento de que muchas enfermedades del cuerpo nacían de la posesión del enfermo por parte de seres maléficos.

Por lo tanto, el sanador o taumaturgo era algo así como un exorcista, capaz de enfrentarse a los demonios de cada cual. Ya dijimos que los esenios, lo mismo que los fariseos, creían en la existencia de los ángeles, buenos y malos. Y se mostraban convencidos de que conocer el nombre de estas entidades podía favorecer cierto control sobre las mismas que ayudaría a curar a un enfermo expulsado a los malvados seres que habitaban en su mente.

Fíjese el lector lo que dice este texto de Qumrán, el *Génesis Apócrifo*, y compárelo con lo que las descripciones evangélicas de las curaciones de Jesús: *Y recé (por el enfermo) e impuse mis*

manos sobre su (cabeza); y la plaga fue expulsada de él y el espíritu maligno fue expelido (de él).

Hay dos preguntas que a uno le asaltan al leer estos textos y los actos milagrosos atribuidos a Jesús. La primera es si son ciertos, por supuesto; y la segunda, respondida afirmativamente la primera, es si para realizarlos el sanador *nacía* (por ser de naturaleza divina como se dice de Jesús) o *se hacía* (por haber aprendido ciertas técnicas con estos grupos misteriosos).

DIRECCIÓN

Unos decenios después de que Jesús hubiera desaparecido de la historia, los redactores de los Evangelios se esforzaron en eliminar ciertos nombres de seguidores de Jesús y ensalzar otros. Algunos, a los que personalmente yo atribuyo conocimientos sobre las enseñanzas de Jesús tremendamente valiosos, como María Magdalena, José de Arimatea, Lázaro o Nicodemo, son citados casi de refilón, a regañadientes. Y otros, doce para ser más exactos, fueron elevados a la categoría de *apóstoles*. Y cuando tras la baja voluntaria de Judas el Sicario el número menguó hasta once, rápidamente se nombró un sustituto para aquella vacante eligiéndose a un tal Matías.

Y de entre aquellos doce, tres había con más galones que el resto: Juan, Pedro y Santiago. Hasta Pablo, que ya veremos que tuvo con ellos sus más y sus menos, concede que *eran considerados como columnas* (Gálatas 2, 9).

¿Y la comunidad de Qumrán? ¿Cómo se organizaba?

La *Regla de la Comunidad* asegura que el cenobio estaba gobernado por un consejo de doce miembros, de entre los cuales había tres que gozaban de una posición de especial relevancia.

MESIANISMO

Aquí sí que encontramos un parecido incuestionable entre los planteamientos del primer cristianismo, e incluso de los de Juan, como ya vimos, y los de la comunidad del Mar Muerto.

Pero también hemos mencionado profecías anteriores, de Isaías y de otros, donde se anunciaba la llegada un día desconocido de ese Salvador del pueblo judío. ¿Sería un libertador político? Eso parece que esperaba una mayoría, y hasta cierto punto era lógico ese anhelo si se conoce la historia peculiar de este pueblo tan especial, siempre sin tierra propia durante siglos y siempre envuelto en guerras, invasiones y genocidios -unos sufridos y otros por él mismo ejecutados, y bien reciente tenemos ejemplos de lo uno y de lo otro.

Pero resultó que emerge la figura de Jesús y la Iglesia paulina haría ver a todo el mundo que el concepto de Mesías que Jesús predicaba no tenía nada que ver con la política. Su reino no era de este mundo, dicen que dijo, pero toda su trayectoria vital se ajustó por parte de sus biógrafos o por él mismo a cumplir en su persona los designios dados siglos antes para ese rey de los judíos, y como tal, para disgusto de los sacerdotes del Templo, moriría, pues precisamente *Rey de los Judíos* se leía en la tablilla que mandó escribir Pilato sobre la cruz de aquel hombre extraordinario.

Otros, ya lo hemos dicho, afirman que quizá ese Mesías sería el *Maestro de Justicia* del que hablan los rollos del mar Muerto, y han realizado la siguiente relación con mucho arrojo y tal vez poca ciencia: si Jesús era el Mesías, y el *Maestro de Justicia* también lo era, Jesús debía ser ese *Maestro de Justicia*. Pero entre ambos hay una distancia espectacular: el Jesús cristiano es divino; el *Maestro de Justicia*, no lo es.

Paúl Schellenberger y Richard Andrews, autores de *La tumba de Dios*, creen que *de haber estado Jesús influido por las expectativas mesiánicas de los esenios, habría representado el rol de un mesías davídico hasta el momento de la tragedia. Pero los esenios habían aguardado un mesías que restableciera el ritual legítimo del sacrificio en el Templo, mientras que Jesús claramente no lo llevó a cabo, y tal vez ni siquiera lo intentó.* Por ello, afirman que *no existe prueba concreta de que Jesús personalmente hubiera sido esenio.*

Pero no quisiera cerrar este apartado sobre el mesianismo sin insistir en el concepto escatológico de un dualismo entre

Luz y Oscuridad, que sí se advierte en Juan, en Jesús y en los rollos de Qumrán y que tiene que ver, en mi opinión, con la llegada del comentado Mesías. Esa lucha que, en los Evangelios, quien mejor la refleja es precisamente el autor de la crónica más gnóstica, más hermética: el evangelista que firma como Juan.

ÚLTIMA CENA

En la tercera parte de este libro procuraremos alertar al lector sobre las evidentes contradicciones de los autores de los cuatro Evangelios a propósito de las cosas que sucedieron alrededor de la figura de Jesús en los que supuestamente fueron sus últimos días de vida. Sin embargo, puesto que estamos a punto de hablar de la llamada *Última Cena* y sus posibles relaciones con comidas rituales esenias, digamos un par de cosas sobre las que profundizaremos en esa última parte de esta obra.

Se ha dicho que esa cena fue la celebración de la última Pascua de Jesús, pero lo cierto es que los cronistas confunden bastante al lector. Mateo escribe: *El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, vinieron los discípulos a Jesús diciéndole: ¿dónde*

quieres que aderecemos para tí para comer la Pascua? (26, 17). Según esto, podemos entender que Jesús celebra la Pascua, porque esa fiesta se llamaba también de los Ácimos debido a que durante los ocho días que duraba no se podía comer pan con levadura. Al día siguiente, Jesús es detenido y luego ejecutado.

Sin embargo, Juan complica el asunto cuando dice: *Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasase de este mundo al Poder* (13, 1); y más adelante:

Llevaron a Jesús de casa de Caifas al Pretorio, y era de madrugada;

y ellos no entraron en el Pretorio por no ser contaminados mientras no comiesen la Pascua (18, 28). Es decir, que, según Juan, la crucifixión de Jesús es antes de la Pascua.

Podemos decir, por tanto y sin caer en ningún horror histórico, que no sabemos con certeza cuándo se produjo la Última Cena.

¿JESÚS, EL ESEÑO?

Quien dice tener la explicación de este embrollo es Ein-senman, de quien ya hemos dicho que cree firmemente que Jesús era esenio y niega la teoría de Roland de Vaux. ¿Cómo lo explica? Pues asegura que, según el calendario lunar judío, no era el momento de celebrar la Pascua cuando lo hizo Jesús, pero sí lo era a la luz de calendario solar esenio, que sería el que seguirían Jesús y su grupo

En *La Regla de la Comunidad* se hace mención a la existencia entre los habitantes del lugar de una celebración en la que, se afirma, *el sacerdote será el primero en extender la mano y bendecir los primeros frutos del pan y del nuevo vino*. Por ello, el cardenal Jean Danielou escribió, en su obra *Los Rollos del Mar Muerto y el cristianismo primitivo que Cristo debe haber celebrado la Última Cena la víspera de la Pascua según el calendario esenio*.

López Melús niega que se pueda relacionar el rito esenio con la Última Cena, puesto que, para él, los qumranistas solo describen *un banquete normal judío, celebrado en una atmósfera de religiosidad: presencia del sacerdote y bendiciones*.

En mi opinión, es muy posible que hubiera relaciones entre el rito de Jesús y lo que hacían los esenios, pero tal vez no eran menores que las que podríamos establecer con otros ejercicios iniciáticos en los que a lo largo de la historia el símbolo del pan o el trigo y el vino han sido constantes. Y aunque no vamos a entrar en ello, sí me parece divertido que la Iglesia mire por encima del hombro a esas religiones místicas tildándolas sonoramente de paganas cuando sabe que el pan y el vino de Jesús no son propiedad exclusiva de Jesús. Ni tal vez el lavatorio de pies, que solo el esotérico evangelista Juan menciona.

OTROS PARENTESCOS

Hay expresiones evangélicas que parecen ser reproducciones de algunos de los textos de Qumrán, como, por ejemplo, las siguientes:

- *La piedra que los constructores desecharon en piedra clave se ha convertido* (Mateo 21, 42). Y en los rollos del mar Muerto aparecen expresiones como: *El Consejo de la Comunidad será esa probada pared, esa piedra angular.*
- *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mateo 5, 3). Mientras tanto, en el *Rollo de la Guerra* se afirma: *Entre los pobres de espíritu hay un poder...*
- *Bienaventurados los mansos, porque poseerán en herencia la tierra* (Mateo 5, 4). En los rollos se habla de la *congregación de los pobres.*

¿Qué debemos pensar después de todo lo que hemos leído?

Esas dudas que yo tengo, y que hacen que mis dedos serpenteen por las teclas del ordenador buscando la vara de medir menos especulativa posible, no las han tenido otros. Es el caso del investigador germano Carsten Peter Thiede, quien creyó descubrir entre los rollos del mar Muerto un fragmento del evangelio de Marcos (6, 52-53). Y sin más prolegómenos, y dado que se supone que esos escritos son anteriores al año 68 d. de C., concluyó que entonces también ese Evangelio debía haberse escrito antes, en las inmediaciones de la vida de Jesús.

Escribió este erudito un libro titulado *¿El manuscrito más antiguo de los evangelios? El papiro de Qymran 7Q5 y su importancia Rara los estudios neotestamentarios*, donde argumenta sus teorías, también aireadas en otra obra denominada *El Papiro Jesús*. Propulsándose en los denominados *Papiro Magdalen de Oxford* y *Papiro Barcelona*, que supone que datan de mediados del siglo I, alcanza la conclusión de que fueron redactados por el mismo autor, testigo de cuanto allí se dice. Y de este modo, podría ayudar a quienes ven en el cristianismo un esenismo, o la inversa.

Pero el catedrático Antonio Pinero no cree tal cosa y, en un artículo publicado en la revista *Enigmas del Hombre y del Universo* (número 63), desmiente esa posibilidad. Jesús, nos dice Pinero, no aparece citado en los rollos del mar Muerto, ni tampoco su doctrina. Para él, los evangelios son muy posteriores a Jesús.

¿JESÚS, EL ESEÑO?

Todo eso es cierto. Sin embargo, siempre nos quedará la duda de si todo lo que había en Qumrán vio la luz o buena parte murió por falta de profesionalidad de los beduinos y demás personajes ya citados. Además, no es preciso para nuestra hipótesis que Jesús sea citado en los textos de (Qumrán para aue él mismo se hubiera inspirado o tal vez formado en las in-mediaciones en un periodo tan oscuro como el de cuarenta días y cuarenta noches.

TERCER VIAJE:

Fue elevado a los cielos

Capítulo 1

UNA BIOGRAFÍA INCREÍBLE

El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue elevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios, asegura Marcos (16, 19). Ese sería el último viaje constatado por alguno de los evangelistas. Sin embargo, ¿se marchó a los cielos este hombre extraordinario? ¿Por qué solo dicen tal cosa Marcos y Lucas, mientras Juan y Mateo no mencionan semejante milagro?

Lo que acabamos de decir introduce el contenido de la tercera parte de este libro: las contradicciones en las que los cuatro evangelistas caen a la hora de construir una biografía de Jesús que, tras cotejar las cuatro crónicas, resulta muy difícil de comprender. Los evidentes saltos temporales, la omisión de información posiblemente clave y valiosa para entender la figura de Jesús en su contexto histórico y los enigmáticos sucesos que se producen en la pasión, y especialmente en la supuesta resurrección, han provocado toda suerte de especulaciones, como que tal vez Jesús no murió en la cruz y que su último viaje no lo llevó a los cielos, sino a algún lugar desconocido, tal vez a la India o quizá a otro destino. ¿Sabía el lector que hay una tumba en Cachemira que se dice es la de Jesús? ¿Conocía el lector la propuesta de quienes sostienen que está enterrado muy cerca de la polémica localidad francesa de Rennes-le-Chateau?

Después de todo, y si leemos sin el candil de la fe los cuatro Evangelios y lo hacemos con el rigor del estudioso imparcial, podemos preguntarnos qué sabemos realmente de este hombre y, en especial, de sus supuestos últimos siete días de vida.

¿Fue Jesús un personaje tan importante en aquella época como creemos en Occidente dos mil años después porque la fe así nos lo dicta?

En realidad, desde la muerte del rey Herodes hasta la destrucción del Templo de Jerusalén por el emperador Tito en el año 70 d. de C., alrededor de una docena de hombres dijeron ser en la Palestina de la época el Mesías esperado por el pueblo de Israel. Ninguno fue tomado en serio. No sabemos la suerte que corrieron los demás, pero sí la que se dice que le tocó en desgracia padecer a uno de ellos, a Jesús de Nazaret. Y aunque pueda parecer irreverente decir lo que aparece a continuación de estos dos puntos seguidos, lo diremos: Jesús fue, con la excepción de la opinión de sus seguidores, un personaje que no tuvo especial relevancia en aquellos años. Los historiadores clásicos prácticamente no lo citan. Solo una docena de líneas de Flavio Josefo permite autenticar su existencia histórica, que personalmente yo no dudo. Fue un personaje real, de carne y hueso. Pero para que ese hombre de carne y hueso resucitase como el Dios que la fe dice que era al mismo tiempo, debemos buscar otras informaciones que no son las históricas, pues estas nada dicen al respecto. Solo la literatura parcial e interesada de sus seguidores propuso semejante prodigio.

Para comprender mejor todos los puntos oscuros que deja la increíble biografía escrita por los cuatro evangelistas a propósito de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, debemos decir primero algunas cosas sobre los propios textos que vamos a diseccionar y sobre el mundo en el que Jesús vivió y dijo e hizo lo que dicen que dijo e hizo.

Todo es política

La actividad pública de los hombres es política al fin y al cabo. Y Jesús tuvo una polémica vida pública a tenor de lo que cuentan los evangelistas, puesto que provocó enfrentamientos con ciertos sectores del clero judío y todo ello lo condujo a un fatal desenlace. Sin embargo, los cuatro narradores

obvian el contexto socioeconómico y político en el que todo eso tuvo lugar y de esa manera hacen aún más increíble la biografía que construyen de su líder espiritual.

En la época en que Jesús vive Palestina está dividida en cuatro poderes. Judea es una provincia senatorial romana a cuyo frente está Poncio Pilato, el procurador designado por el Imperio; el tetrarca Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes el Grande, gobierna en Galilea (de donde era vecino Jesús y casi todos sus seguidores) y Perea; el tercer poder era el clero judío, que gobernaba el Templo de Jerusalén y tenía enorme influencia entre el pueblo (y en el clero había especialmente saduceos y algunos fariseos, de los que ya hemos dado cierta información en páginas precedentes), y finalmente estaba un violenta corriente nacionalista que se enfrentaba a Roma y ansiaba la libertad de Israel. A esta última facción de poder hay que apuntar a los zelotes y a otros grupos, como los sicarios. En las filas de Jesús había de los unos y de los otros, como Simón el Zelote y Judas el Sicario. E incluso Jesús será crucificado rodeado de dos zelotes, aunque la tradición los haya presentado asombrosamente como ladrones. Es más, como más adelante veremos, el propio Jesús muere con un cartel sobre su cabeza en el que se leía el título de *Rey de los Judíos*. ¿Tenía Jesús ideas políticas?

A la luz de aquella sentencia suya tan inteligente a propósito de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, pareciera que no tomaba partido, pero es perfectamente absurdo pensar tal cosa si un hombre predicaba en medio de aquel batiburrillo religioso y político, y cuando queda claro que entre sus filas había gente ciertamente comprometida en la lucha política.

A esa confusión política reinante en aquella época, y que los cuatro narradores evangélicos nos hurtan, debemos añadir las conspiraciones que se tejían y destejían alrededor de cada grupo, la presencia de espías (hay quien ve así la figura de Judas) y el pulso que entre todas las facciones se sostenía. Sin duda, las ideas de Jesús provocaron, como tal vez las de otros supuestos Mesías, una fuerte contestación por parte del perso-

nal sacerdotal del Templo. Jesús, en cierto sentido, parecía un fariseo en sus ideas; en otros momentos, de él se podría decir que se asemejaba a los esenios, pero en su bagaje había ideas de claro aroma egipcio, a nuestro entender, y una idea revisionista de lo que la tradición marcaba, de modo que no consideraba una prioridad el respeto al Sabbat y se rodeaba de personas que no eran bien vistas por los sacerdotes. Pero todo eso al poder de Roma, representado por Poncio Pilato, le importaba realmente poco. Eran disputas solamente domésticas entre judíos que, tal vez, incluso divertían a Roma. Por tanto, ¿qué podía tener el Imperio contra aquel hombre?

Desde el siglo IV a. de C. Palestina se había visto zarandeada por diversas convulsiones que tuvieron dos graves consecuencias: por un lado, la pérdida de su independencia, ya que pasó a estar bajo el dominio de Alejandro Magno primero y de Roma después; y en segundo lugar, una transformación económica que se tradujo en el paso de una sociedad agraria y pastoril a una comercial a través de un proceso de unificación mediterránea de la política llevada a cabo por Roma. Paralelamente, hay una urbanización enorme con la construcción o ampliación de ciudades,

¿Qué tiene que ver con Jesús? Mucho, desde luego, puesto que el Mesías ya no podría hablar al viejo Israel de los profetas, a los pastores y agricultores. Ahora había un intercambio creciente de costumbres, de cultos, de razas, de viajeros que venían de cualquier parte para comprar, vender y especular. Jerusalén era una gran ciudad de mestizaje cultural y religioso.

Sin ese mínimo lienzo de fondo es imposible entender todo lo que a continuación vamos a leer de una manera crítica. Pero antes, detengámonos unas líneas en ver qué sabemos de los responsables de esa biografía tan increíble.

El ángel, el león, el toro y el águila

El concepto «evangelio» tiene para los cristianos un innegable sentido religioso, puesto que representa la noticia del

nacimiento del Hijo de Dios. Sin embargo, incluso esta palabra debe ser leída en otro contexto, ya que originariamente servía para designar a quien era portador de una noticia, ya fuera esta positiva o no. Lo que ocurre es que una vez atribuida como propia dentro del mundo cristiano, esa noticia fue interpretada indiscutiblemente como buena.

Realmente, no deberíamos pensar en cuatro Evangelios, puesto que no hay *cuatro noticias* (aunque luego veremos que es muy difícil entender esos escritos sin pensar que hay mil noticias diferentes), sino solo una. Por ello se emplea la fórmula «según» San Mateo, San Juan, etc., puesto que se trata de versiones o ángulos diferentes pero de la misma y única noticia.

Veamos ahora qué podemos decir de los cuatro cronistas, puesto que ya todo lo que vamos a analizar a propósito de los enigmáticos últimos días de Jesús se lo debemos a ellos, parece lógico que paseemos brevemente por sus propias biografías con el fin de cerciorarnos sobre si podemos fiarnos o no de su obra.

Siglos después de la redacción de sus escritos aún podemos admirar la metafórica representación que de ellos hizo el arte dándole a Mateo la imagen de un ángel, a Marcos la de un león, a Lucas la de un toro y a Juan la de un águila.

¿Qué sabemos de Mateo?

La tradición dice que es el Mateo Leví a quien Jesús convence con una sola palabra [*signeme*] para que abandone su oficio de publicano o recaudador de impuestos. Se supone que era hijo de Alfeo, pero no podemos aventurarnos a respaldar históricamente esa tradición que hace de él el autor de este texto.

Las noticias que de él nos da Eusebio nos lo presentan predicando durante quince años antes de marchar a Etiopía, pero ya habría escrito su texto, seguramente en arameo y para consumo interno de los judíos. Tiempo después sería vertido al griego por manos anónimas. ¿Podemos estar seguros de que Mateo fue capaz de recordar años después, en el supuesto de que el firmante sea en realidad Leví, las cosas que dijo Jesús?

¿Cómo saber que la traducción griega respetó el sentido exacto de lo que había en el manuscrito arameo? ¿Qué datos se perdieron en la mundanza de idiomas? ¿Qué matices o maquillajes tuvieron lugar entonces?

La tradición dice que en la iglesia de Salerno se conservan sus restos. Los exégetas autorizados del Nuevo Testamento reconocen que su relato se basa en gran medida en el de Marcos, además de en una supuesta y desconocida fuente que conserva las sentencias de Jesús. Se cree que pudo ser escrito alrededor del año 80 d. de C., quizá en Antioquía de Siria, donde había una gran comunidad judía por entonces.

¿Y Marcos?

Hay un episodio evangélico que narra este autor y que se sitúa en Getsemaní en el momento del prendimiento de Jesús. Se nos dice que un joven seguía al rabí tan solo vestido con una sábana y que en el momento de la detención, aterrado, huye completamente desnudo. La tradición ve en él a Marcos, el autor del segundo Evangelio. ¿Hay pruebas de tal cosa?

Eusebio dirá de él en su *Historia eclesiástica* que evangelizó Egipto, e incluso se le ha querido ver como el precursor del monacato.

Su obra se plantea como un viaje de Jesús y su grupo de seguidores desde Galilea hasta Jerusalén, y alrededor de esa aventura va narrando los episodios que se dice protagonizó el Nazareno.

La mayor parte de las líneas que se cuenta que escribió, alrededor de un tercio de las mismas, las emplea en narrar los días que nos van a ocupar a continuación, es decir, la supuesta última semana de vida de Jesús. Y eso parece curioso, puesto que es evidente que la vida de Jesús me más larga que una semana, por lo que su relato está claramente descompensado. Los exégetas lo han querido explicar diciendo que escribió su obra pensando en el mundo pagano, para dar ánimos a unos cristianos que estaban sufriendo persecución por sus creencias.

¿Cuándo se escribió el Evangelio de Marcos? Se cree que pudo ser entre el 65 y el 70 d. de C.

Hablemos ahora de Lucas

Parece ser que era un hombre nacido en Antioquía de Siria, una ciudad griega en la que pronto la semilla del cristianismo prendió con fuerza. Era gentil, pero converso al cristianismo. Eusebio de Cesárea dijo que Lucas era médico de profesión y fue compañero de aventuras de Pablo de Tarso, por lo que no debe extrañar que mera el autor también de los llamados Hechos de los Apóstoles, que, como ya explicaremos en su momento, más bien son los hechos de Pablo de Tarso, que jamás conoció a Jesús y que, no obstante, se erigió a sí mismo, no sin antes tener una visión morrocotuda de Dios, en su más genuino heraldo.

Ambos textos de Lucas, el Evangelio y Hechos de los Apóstoles, están dirigidos a un mismo y enigmático personaje llamado Teófilo, del que no sabemos si es mera licencia literaria (Teófilo significa en griego «amigo de Dios») o sujeto de carne y hueso.

Se cree que la obra original fue escrita en el griego popular o *koiné*. Destaca su insistencia en el universalismo del mensaje de Jesús, que se extendería a gentiles y a judíos, una idea muy del agrado de su mentor, Pablo, y seguramente muy discutida por otros sectores de aquel primer cristianismo que preferían que las ideas de Jesús quedaran donde nacieron: en el mundo estrictamente judío. Pero Pablo tenía otros planes.

¿Cuándo fue escrito? No se sabe con certeza, pero es posible que ocurriera alrededor del 80 d. de C., que es cuando se cree que se dio forma a los Hechos de los Apóstoles.

Es hora de fijarnos en el más esotérico de los cuatro evangelistas: Juan.

La tradición dice que el autor del cuarto Evangelio es Juan, el pescador hijo de Salomé y de Zebedeo y hermano de Santiago. Él y su hermano eran apodados *Hijos del Trueno*. Y tal vez no sea extraño que en Juan haya bruscos giros respecto al tratamiento que los otros tres redactores hacen de las cosas hechas y dichas por Jesús, y que se haya querido ver un sentido ocultista en su obra si tenemos en cuenta que fue uno de los

discípulos de Jesús, como Andrés, el hermano de Pedro, que antes que seguidores del Nazareno lo fueron de Juan el Bautista. Y posiblemente en sus ideas y en su literatura, si es que es obra suya esta crónica, subyacieran los conocimientos procedentes del mundo místico del desierto, tal vez esenio, transmitidos por el Bautista.

Imaginemos que, en efecto, Juan Zebedeo es el autor del cuarto Evangelio. De ser así, diremos que el evangelista es uno de los tres seguidores de Jesús que más cerca está de él en momentos claves, junto con Pedro y Santiago, aunque eso habría que tomarlo con mucho tiento, puesto que ya vemos que los Evangelios se escribieron muchos años más tarde, cuando había intereses concretos y poderosos para destacar a unos discípulos y oscurecer el retrato de otros que había resultado perdedores del pulso que entre los primeros cristianos se produjo sobre cómo entender el mensaje de Jesús y a quién había que dirigirlo.

En cualquier caso, es Juan el único hombre que tiene arrestos suficientes para permanecer con Jesús en el momento de la crucifixión; los demás están escondidos.

En cuanto a este Evangelio, digamos que no se parece en su estructura ni en su estilo a los otros tres, que son denominados sinópticos. Se trata de una obra más oscura, tal vez más mística. Los exégetas han creído advertir varias manos en la redacción final.

¿Cuándo fue escrito? No hay certeza, pero se cree que pudo ocurrir alrededor del año 100 d. de C., y la tradición cree que ocurrió en Éfeso.

Tiene para mí una especial importancia el hecho de que no adorne la figura de Jesús con los supuestos milagros de su nacimiento, tal y como hacen los otros autores, y sí se ocupe preferentemente de lo que sucede en Jerusalén, además de dar mayor cobertura a la actuación de aquellos que, en mi opinión, formaban parte del verdadero círculo íntimo del Nazareno: José de Arimatea, Nicodemo, Lázaro y, sobre todo, María Magdalena.

Estos, a grandes rasgos, son los retratos de los autores de la única fuente de información que presenta a Jesús como un personaje importante en la Palestina de la época. Pero ocurre que sus informaciones son confusas y hasta contradictorias y que solo dos de ellos aseguran que Jesús marchó a los cielos tras su resurrección. ¿Qué destino dan los otros dos evangelistas con su silencio al último viaje de Jesús de Nazaret?

Capítulo 2

VÍSPERAS DE LA TRAGEDIA Y PRIMERAS CONTRADICCIONES

EXISTE cierto acuerdo popular a la hora de leer los últimos acontecimientos trascendentes de la vida de Jesús y proponer que sucedieron todos en una sola semana, desde la entrada en Jerusalén en el llamado *Domingo de Ramos* hasta el domingo siguiente, el de su resurrección. Y como además en medio de esos días se supone que Jesús celebra la Pascua judía, los hechos debían haber sucedido en los bostezos de la primavera. Sin embargo, y he aquí el primer error notable: la fiesta que congregaba a miles de judíos en Jerusalén y en el transcurso de la cual los peregrinos llevaban palmas y ramos es la fiesta de los Tabernáculos, que no se celebra en primavera, sino a comienzos de otoño. Por tanto, los evangelistas reflejan mal los tiempos en que todo tuvo lugar, y eso comienza a restar cierta credibilidad a su crónica.

Juan (12, 12) asegura que *al día siguiente la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna! Bendito el que viene en nombre del Señor y el Rey de Israel*

No estamos en primavera, sino en otoño, y no es cierto que la multitud llevase palmas por el hecho de que llegaba Jesús, sino porque forma parte de la fiesta mencionada y de la que ahora añadiremos un par de datos más. Sin embargo, sí debiera mover a reflexión la aclamación que algunos hacen al paso de Jesús viéndolo como *Rey de Israel*. ¿Se postuló Jesús como tal? ¿Pretendía hacerlo con su entrada en Jerusalén?

La fiesta de los Tabernáculos es una de las tres grandes celebraciones litúrgicas judías, y tal vez la más importante para algunos autores. Juan (7, 1 y 2) menciona esa fiesta antes de la llegada de Jesús aJerusalén, pero existe cierta contradicción en sus frases, puesto que señala que *andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir aJudea, porque los judíos lo buscaban para darle muerte. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos*. Y la contradicción reside en que algunos de su entorno lo animan a ir aJerusalén, pero él les responde que no ha llegado su tiempo. En cambio capítulos más adelante la escena se sitúa en medio de esa fiesta, sin que sepamos si es la misma o es la de otro año diferente.

En los Tabernáculos se mantenía la costumbre dictada en la ley de Levítico (23, 40) de colocar en los tejados de las casas y hasta en las plazas chozas de ramas, palmas y follaje. Se presupone un cierto origen naturalista en esa fiesta que tenía lugar tras la cosecha, al comienzo del otoño. Las chozas recordaban las tiendas del desierto de sus antepasados.

De modo que ya no podemos hablar en justicia de los últimos días de Jesús, sino tal vez de sus últimos meses, que fueron comprimidos en una semana por los evangelistas y por la creencia popular por alguna razón que yo no entiendo.

Si el evangelista Juan anduvo por los caminos de Judea junto a Juan el Bautista es posible que le quedasen recuerdos de la enseñanza esenia y el convencimiento de la existencia de los ángeles que interceden en las cosas de los hombres. Eso explicaría algo que él cuenta, pero que no narran los otros tres evangelistas. Nos referimos a una voz que llega del cielo y que la muchedumbre tomó por un trueno, mientras Jesús predicaba en Jerusalén. *Otros decían: la ha hablado un ángel*, añade Juan (12, 28-29). Y esa misma vena esenia aparece en el mensaje de Jesús inmediatamente después, cuando anticipa el fin del mundo y la necesidad de arrepentirse ante esa circunstancia (Juan 12, 30-31).

Entremos ahora en las vísperas de la tragedia. Ya hemos visto que hay un problema temporal en la narración evangélica, pero ahora descubriremos que tampoco queda claro si la

Ultima Cena de Jesús tenía que ver con la Pascua judía o no. A lo mejor resulta una liturgia iniciática que hay que leer de otro modo. ¿Por qué decimos esto? Léalo usted mismo, amiga o amigo lector, en la voz de los propios evangelistas.

Mateo (26, 1-2) sitúa los hechos de un modo claro: *Cuando Jesús hubo terminado estos discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para que le crucifiquen.* Y a continuación habla de una conspiración sacerdotal para perder al rabí de Galilea, solo que, añade Mateo, los conspiradores se decían entre sí: *Que no sea durante la fiesta (se refieren al arresto de Jesús), no vaya a alborotarse el pueblo.* ¿En qué quedamos? ¿Es la Pascua cuando le detienen o no?

Marcos (14, 1-2) insiste de nuevo en la Pascua: *Faltaban dos días para la Pascua y los Ácidos, y buscaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas cómo apoderarse de Él con engaño y darle muerte,* pero también añade: *No en la fiesta, no sea que se alborote el pueblo.*

Lucas se expresa de manera parecida y vincula la cena de marras con la Pascua: *Estaba cerca la fiesta de los Ácidos, que se llama la Pascua...* (Lucas 22, 1). Y más adelante: *Llegó, pues, el día de los Ácidos, en que se había de sacrificar la Pascua, y envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id y preparadnos la Pascua para que la comamos* (Lucas 22, 7-8).

Hasta este momento, lo que no queda claro es por qué, si los sacerdotes pretendían prenderlo fuera del tiempo de la fiesta, luego ocurre que parecen arrestarlo *justamente* durante los días de la misma. Pero hay un brusco giro en los acontecimientos si leemos a Juan, quien por otra parte incluye el ritual iniciático que a mi modo de ver es el lavatorio de pies y que los otros tres cronistas no mencionan. Tal vez formaba parte de una cena que yo no sé muy bien si es de Pascua o no lo es, por lo que ahora mismo se dice.

En efecto, Juan dice que la cena tuvo lugar *antes de la fiesta de la Pascua* (Juan 13, 1). Y más claramente descubrimos esta anomalía cronológica respecto a la versión tradicional en el capítulo 18 y en el versículo 28. En ese pasaje Jesús ya está de-

tenido y es llevado a presencia de Pilato, por lo que resulta evidente que ya ha celebrado la *Ultima Cena*, la supuesta Pascua. ¿Qué leemos en ese versículo para sorpresa de todos?:

Llevaron a Jesús de casa de Caifas al Pretorio. Era muy de mañana. Ellos no entraron en el Pretorio por no contaminarse, para poder comer la Pascua.

¿Quién me puede explicar qué tipo de *Pesah* o Pascua celebró Jesús? ¿Tenía un calendario propio? ¿O quizá es que aquella cena suya, en la que por otra parte los discípulos no parecen muy sorprendidos como sería lógico si hubiera algo tan anómalo como la institución de un nuevo sacramento, era un rito que nada tenía que ver con la fiesta judía?

La Pascua conmemora el éxodo de los judíos de Egipto en tiempos de Moisés. El nombre en hebreo, *Pesah*, quiere decir algo así como «protección» o «pasar de largo», y es una alusión a la marca que pusieron en sus casas los judíos siguiendo las instrucciones de Yavé para evitar que el ángel que iba a asesinar a los primogénitos egipcios para ablandar la voluntad del faraón se confundiese y matara a algún judío.

En ese pasaje de Juan advertimos lo tremendamente importante que era y es para un judío esa fiesta. Los sacerdotes no podían entrar en el pretorio para no contaminarse al entrar en casa de un gentil, pero durante la celebración de esa fiesta otras cosas debían tenerse en cuenta. Por ejemplo, Yavé ordenó a los judíos en Egipto aquella memorable noche de la primera Pascua, en la que se comió por vez primera el pan sin levadura, que *nadie salga fuera de la puerta de su casa hasta mañana* (Éxodo 12, 22), costumbre a respetar en la cena de Pascua. Pero resulta que Jesús y su grupo realizan su extraño ritual y salen después de la casa donde lo celebran y se dirigen a Getsemaní, donde es prendido.

Y si podemos quizá disculpar esta actitud de Jesús como una excentricidad suya más respecto a la ley judía, no parece probable que iguales comportamientos los tuvieran los sacerdotes y aquellos que por ellos fueron enviados a prenderlo. Es más, en Números (28, 18) se puede leer que en Pascua *no ha-*

reís ningún trabajo servil, y yo no sé hasta qué punto el prendimiento de Jesús podría haber tenido lugar una noche así. Y menos aún un juicio, algo totalmente improbable en plena noche, según la costumbre. Y ya vemos que, según dice Juan, cuando llevan a Jesús a casa de Pilato *era muy de mañana*, y ya venían de casa de Caifas, donde comenzó el juicio.

Por tanto, en mi opinión, la cena de Jesús y los suyos no tenía nada que ver con la Pascua judía. En muchos ritos místicos, como ya hemos venido diciendo, la presencia del pan o el trigo y el vino jugaban un papel estelar. Y el lavatorio de pies le añade más caldo a este guiso de sabores inquietantes.

Así las cosas, ni el *Domingo de Ramos* es el último domingo de la vida de Jesús, pues no ocurrió en primavera, sino en la fiesta de los Tabernáculos en septiembre u octubre, ni la *Última Cena* tuvo lugar durante la Pascua judía, sino unos días antes, puesto que los sacerdotes se aprestaban a celebrarla.

¿Qué más confusión arrojarán los Evangelios? ¿Habrá contradicciones más graves que este asunto de las fechas? Sin duda, sí.

Juan, que es quien aporta los datos más estridentes, es también el único que no habla del episodio de Getsemaní. ¿Tal vez porque, de ser él uno de los tres discípulos que estuvo con Jesús en ese escalofriante episodio y se durmió como un lirón junto a Santiago y a Pedro, no quería recordarse a sí mismo en esa posición? ¿Quién sabe? Pero vayamos al prendimiento, que ocurre poco después, según la versión tradicional.

¿Se ha preguntado alguna vez, amigo lector, por qué diablos tenía que besar Judas a Jesús para que lo detuvieran? ¿Qué confusión podía haber? ¿Acaso no lo conocían de sobra sus enemigos?

Marcos menciona el beso del traidor. También Mateo lo dice (26, 49): *Y al instante, acercándose a Jesús, dijo: ¡Salve, Maestro! Y lo beso*. E igual cosa hace Lucas (26, 47). ¿Por qué era preciso el beso? A mí me confunde, y más todavía cuando leemos en Juan, quien por cierto no dice una palabra del extravagante beso, que es Jesús quien sale al encuentro de sus inmi-

nentes captores y les pregunta por dos veces (Juan 18, 4 y 7) que a quién buscan allí. Y al decir la gente armada que quieren a Jesús de Nazaret, él se presenta a ellos, como si no lo conocieran, y solo ese gesto aterra a los captores, que retroceden. Pero no debieron espantarse más de lo justo, porque al poco lo atan y se lo llevan, no sin previa trifulca que ahora comentamos. Pero antes, una reflexión sobre todo esto.

¿No conocían a Jesús y por eso Judas lo besa? ¿No lo conocían y cuando él se presenta se asustan? Si no lo conocían, ¿era porque en realidad no tenía tanta importancia en la ciudad o era por otra razón? Es curioso, puesto que cuando resucita, ya lo veremos, sucede lo mismo, que parece que los testigos no lo reconocen. O, añadamos una opinión totalmente heterodoxa pero que circula entre algunos círculos, ¿acaso había dos personas que se parecían tanto entre sí que solo un íntimo como Judas podía diferenciarlas? ¿No se dice que Tomás era llamado *Dídimo*, lo que quiere decir gemelo (Juan 11, 16)? ¿De quién era gemelo este hombre que se muestra dispuesto a morir con Jesús, según narra Juan? Algunos aventuran que de Jesús, pero no seré yo quien se sume a esa idea aquí y ahora, puesto que otras cosas notables sucedieron aquella terrible noche.

Y de entre ellas no es la menos notable las diferentes versiones que ofrecen los evangelistas sobre el número y composición del grupo que arresta a Jesús. Juan, de nuevo, ofrece una visión más inquietante de lo sucedido, puesto que asegura que *una cohorte* fue llevada a prender a Jesús, y eso supone un tropel de seiscientos soldados romanos. Veamos: *Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles y fariseos, vino allí con linternas, y hachas y armas* (Juan 18,3), y versículos después insiste: *La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús y lo ataron* (Juan 18, 12).

Ningún otro evangelista ofrece esa información. Los tres restantes hablan de *un tropel con espadas y garrotes* (Marcos 14, 43), *una gran turba* (Mateo 26, 47) y *una turba* (Lucas 22, 47). En todo caso, si no eran seiscientos romanos, era sin duda mucha gente. Aparentemente, demasiada para detener a un solo

hombre a quien ya solo se supone que le quedaban once acólitos. ¿A qué tanto ruido de armas?

La respuesta nos la dan los propios actos de los discípulos. Leamos a Lucas (22, 49): *Viendo los que estaban en torno de Él lo que iba a suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? ¿Es esa la frase que dirige un acólito a su líder espiritual o es la de un soldado a su capitán, o tal vez su rey?*

Es cierto que Jesús dijo que había que poner la otra mejilla y que quien a hierro mata, a hierro muere. Pero es también, o eso se dice, el mismo hombre que les pide a sus seguidores que compren una espada, y si no la tienen, que vendan su manto si es preciso para hacerse con una. ¿De qué se está hablando aquí? ¿Otra metáfora sobre la guerra, igual que en los rollos del mar Muerto? ¿O se trata de una guerra de hierro y sangre?

Y sangre hubo en el prendimiento, puesto que uno de los seguidores taja una oreja de un siervo llamado Maleo. Y aquí hay una nueva e interesante contradicción entre los evangelistas. De nuevo, Juan discrepa del resto y pone nombre a quien empuña esa espada: Pedro. Leamos: *Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco.*

Los otros tres escribanos nada dicen del nombre del agresor. La mano que maneja la espada es anónima en su caso. ¿Por qué? Se me ocurre que tal vez la influencia de Pedro y su agigantada figura en los años posteriores a Jesús obró el milagro de silenciar muchas bocas, algo que tal vez no le sucedió a Juan, que sin embargo calló el pasaje de Getsemaní tal vez por lo mismo. Lo que sí es cierto es que el autor del Evangelio de Juan o miente o está muy bien informado al poner nombre al siervo herido: Malco.

De modo que tenemos una multitud armada, ya sea una cohorte o una poblada turba, para detener a un grupo minúsculo y a un líder al que parece que no reconocen si no es con la ayuda de un traidor. Pero ¿podemos dibujar la escena de otra manera? A lo mejor era necesaria numerosa fuerza pública

porque allí a donde iban les esperaba un grupo numeroso y armado. Y, de ser así, ese grupo era muy superior a once. Y si estamos en lo cierto, ¿qué se hizo de la vida y obra de todos los demás seguidores de Jesús? ¿Por qué solo un puñado de hombres, precisamente solo hombres, se presentaron al juicio de la historia tras la desaparición de su maestro como sus únicos discípulos? ¿Es que también entre los seguidores de Jesús las diferencias doctrinales se dirimieron con la espada en ausencia del rabí y por eso solo los vencedores escribieron una biografía tan precaria?

Finalmente, una curiosidad para cerrar el capítulo. Si realmente fue una cohorte de soldados a prender a Jesús, ¿cómo es que después le llevan a casa de Anas, suegro de Caifas, según Juan (18, 12)? ¿Hay alguien que se crea que Roma iba a poner sus soldados para hacerle el trabajo sucio al Templo?

Marcos afirma, en cambio, que fue llevado al Sanedrín (Marcos 14, 53); Mateo y Lucas, en cambio, dicen que fue llevado a casa de Caifas, no de Anas (Mateo 26, 57 y Lucas 22, 54). ¿Es que no pueden ponerse de acuerdo ni siquiera en eso?

En este instante, cuando cerramos el capítulo, ya no sabemos cuándo comenzó la víspera de la tragedia ni cuándo tuvo lugar la famosa Cena ni casi nada de nada. Y la confusión no ha hecho más que comenzar.

Capítulo 3

CLAVOS Y MADEROS

JESÚS de Nazaret murió en la cruz, afirma la tradición y repite la fe. Sin embargo, hay investigadores que han puesto en íduda esa afirmación, e incluso novelistas como Geraid Messa-dié (*El hombre que se convirtió en Dios, El complot de María Magdalena*) juegan con la posibilidad de que no fuera así. Se ha planteado la existencia de una red tejida no con agujas, sino con el dinero de algunos poderosos seguidores de Jesús, caso de María Magdalena, José de Arimatea o Nicodemo, cuya bolsa sonaba lo suficiente como para reblandecer voluntades y lograr lo que, por otra parte, ya parece que intuían los sacerdotes del templo: que se quisiera hacer ver que el Nazareno había resucitado.

Pero dejemos la resurrección para después de la muerte, como es lo natural, y leamos antes que nada los esfuerzos que Pilato hizo, bien porque personalmente así lo sentía o bien porque su esposa, Prócula, se lo recomendó, para salvar a Jesús: *Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, y habiéndole interrogado yo ante vosotros no hallé en Él delito alguno de los que alegáis contra Él [...]. Nada, pues, ha hecho digno de muerte [...]. Le corregiré y le soltaré...* (Lucas 23, 14 y ss.). Y en el texto de Juan leemos esta frase que seguramente masticó con placer Pilato antes de expresarla: *¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos?* (Juan 18, 39). Y esa satisfacción era política, puesto que o bien había detenido a alguien que se decía rey de los judíos y Roma podía decidir su destino, o bien era una manera

de pisar el juanete de los sacerdotes que más les podía doler. Tal vez sin saberlo, eso terminó de irritar a los saduceos y fariseos. Sin embargo, ¿qué pensarían los zelotes?

No le salió bien a Pilato el intento y la presión de los sacerdotes le obligó a condenar a Jesús a la cruz, pero en su ánimo estaba salvarlo, y eso tal vez explique los acontecimientos posteriores. Sin embargo, regresemos de nuevo a la embrollada biografía del rabí de Galilea que trazan los cuatro evangelistas, porque de aquí en adelante es imposible ponerlos de acuerdo en nada de lo verdaderamente importante.

Hay acuerdo en el lugar del suplicio: *Salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Golgota, donde lo crucificaron*, asegura Juan (19, 17-18). Mateo precisa que Golgota quiere decir *lugar de la calavera* (Mateo 27, 33), coincidiendo en eso con Marcos (15, 22). Lucas prefiere mencionar solo la palabra *Calvario* (Lucas 23, 33). Por tanto, hasta ahí hay consenso. Y también lo hay en asegurar que el séquito de la muerte obligó a un ciudadano llamado Simón de Cirene a ayudar a Jesús a transportar su madero, y decimos madero y no cruz, que es el término que emplean los relatos evangélicos, puesto que esa información es errónea. Los reos de muerte llevaban solo el palo transversal de la cruz (*patibulum*) hasta el Golgota, que eran un lugar de ejecución habitual, dado que la crucifixión de Jesús fue una más de las que allí tenían lugar y donde ya había colocados los maderos verticales (*stipes*). Así que no era posible que el bueno de Simón de Cirene, cuya elección ya no sé si es casual o no y respondía al supuesto plan para salvar a Jesús, no podría haber llevado cruz alguna (Lucas 23, 26; Mateo 27, 32; Marcos 15, 21). Por cierto, Juan, otra vez, se distancia de los otros tres y no menciona el episodio de Simón de Cirene, y sí en cambio se detiene en la lectura política que la crucifixión de Jesús parece que tuvo.

En efecto, Juan (19, 19) insiste en que, a ojos de Pilato, aquel hombre era el rey de los judíos y se tomó la molestia de escribir una tablilla en la que tal título se leyese, aunque nunca sabremos si solo lo hizo por molestar a la camarilla del templo

o porque eso era cierto: *Escribió Pilato un título y lo puso sobre la cruz, estaba escrito: Jesús Nayireno, rey de los judíos*. Y no contento con escribirlo en un idioma, lo hizo escribir Pilato en tres: latín (de donde provendrá el popular *INRI: Iesus Nawrenus Rex iudaeorum*), griego y arameo. Los otros evangelistas ofrecen una versión reducida de ese título menguándolo así: *Rey de los judíos*.

Por supuesto, Pilato logró lo que pretendía, que era provocar el escozor de los sacerdotes, quienes protestaron por aquel desaire, puesto que para ellos el tal Jesús no era su rey. Sin embargo, ¿qué pensarían los zelotes o los esenios? De creer a Juan, en algún momento Jesús debió decir que era el rey de los judíos: *Dijeron, pues, a Pilato los príncipes de los sacerdotes de los judíos: No escribas rey de los judíos, sino que Él ha dicho: Soy rey de los judíos* (Juan 19, 21).

Se advierte, por tanto, una marejada política debajo de la historia de la fe que no podemos dejar de subrayar para comprender mejor todo lo sucedido y lo que está por suceder.

Y ahora llegamos a un momento especialmente delicado, que es el de tratar de fijar la hora de la crucifixión y el de la muerte, puesto que eso ha provocado a autores heterodoxos para pensar que quizá Jesús estaba vivo cuando lo bajan de la cruz. Fíjese el lector con atención, puesto que los redactores vuelven a demostrar una vez más que son pésimos reporteros y aún mucho peores notarios.

Mateo no menciona la hora en que fue crucificado. Se limita a indicar que junto a Jesús se crucificó a *dos bandidos*, uno a su izquierda y otro a su derecha (Mateo 27, 38). Afirma que Jesús fue insultado por tres grupos de personas: los transeúntes, los sacerdotes y los propios *bandidos*. Y fija la hora de la muerte a las tres de la tarde: *Desde la hora de sexta se extendieron las tinieblas hasta la hora de nona. Hacia la hora de nona exclamó Jesús con voz fuerte: Elí, Elí, ¿lema sabactani? [...J. Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró* (Mateo 27, 45-50).

Marcos sí fija la hora de la crucifixión: *Era la hora de sexta cuando le crucificaron* (Marcos 15, 25). Menciona también a los *dos*

bandidos y los insultos de los mismos de quienes habla Mateo, es decir, el populacho, los sacerdotes y los dos compañeros de crucifixión. En cuanto a la muerte, coincide con Mateo en que ocurrió a la hora de nona, no sin antes haberse cernido la oscuridad *sobre la tierra* (Marcos 15, 33 y ss.). Llegada la hora de nona, y tras gritar igualmente que dice Mateo que ocurrió, *Jesús, dando una voz/üerte, expiró* (Marcos 15, 37).

Lucas no nos dice cuándo le crucifican, pero sí cuándo muere, y está de acuerdo con los otros dos: *Era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona*

(Lucas 23, 44). En su relato, sin embargo, solo uno de los dos *malhechores* recrimina a Jesús, que no lo insulta, y le solicita que los salve. El otro, el que la tradición, por esas cosas que la tradición tiene, llamó *ladrón bueno*, recrimina a su compinche y pide a los verdugos que liberen a Jesús: *En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo de nuestras obras; pero este* (refiriéndose a Jesús) *nada malo ha hecho* (Lucas 23, 41). Y a continuación le pide a Jesús que se acuerde de él cuando esté en su reino, como todo el mundo sabe.

Por tanto, se podría decir, por lo que hasta ahora hemos cotejado, que a Jesús lo crucificaron a la hora de sexta, según Marcos, y murió a la hora de nona. Es decir, que si la hora de tercia equivale a las nueve de la mañana, y la hora de sexta a las doce del mediodía, la hora de nona es equivalente en nuestro horario actual a las tres de la tarde. Por tanto, Jesús permanece con vida tres horas en la cruz, desde las doce del mediodía hasta las tres de la tarde.

Sin embargo, he aquí que aparece Juan para llevar, como casi siempre, la contraria al resto, y sin decir cuándo exactamente crucifican a Jesús y cuándo muere, sí desmiente el dato de Marcos sobre que lo crucificaron al mediodía, puesto que en la versión de Juan a esa hora aún está tratado Pilato de vencer a los sacerdotes para dejar con vida a Jesús. Leamos:

Era el día de la Parasceve, preparación de la Pascua, alrededor de la hora de sexta (Pilato) *dijo a los judíos: Ahí tenéis a vuestro rey. Pero ellos gritaron: ¡Quita, quita! ¡Crucifícoles!* (Juan 19, 14). De modo

que a mediodía no estarían crucificando a Jesús, sino que aún estaría a la espera de conocer su suerte junto a Pilato en el *litolstrotos*. Y como aún estaría por suceder la controversia del letrero, la propia condena, el camino hacia el Góigota y todo lo que ya sabemos, el tiempo de permanencia de Jesús, si es que muere a las tres de la tarde, mengua todavía más y esto es tremendamente importante, como ahora vamos a explicar.

La crucifixión era un suplicio tan terrible y doloroso como lento a la hora de provocar la muerte en el reo. Clavadas las muñecas sobre el madero y los dos pies, uno encima del otro, sobre el palo vertical, el hombre que padecía esta crueldad tenía un grave problema para conseguir introducir aire en sus pulmones. El tórax estaba oprimido, y si quería ganar aire debía apoyarse sobre los pies, con un dolor increíble, o hacerlo izándose sobre las heridas de las muñecas. Pero en cualquier caso, la ventilación de los pulmones era siempre mínima.

La consecuencia era la aparición, según los expertos, de la acidosis. Los músculos experimentaban una tetanización creciente y finalmente sobrevenía la asfixia, que era la que realmente provocaba la muerte en el ajusticiado. Pero eso era lento, tan lento que podía llevar días, como sucedía con muchos crucificados.

Sin embargo, como enseguida veremos, Jesús permanece muy poco tiempo en la cruz, lo que ha permitido todo tipo de especulaciones. Además, para acelerar la muerte del reo era frecuente que se quebrasen sus piernas, de modo que la asfixia era inevitable, puesto que solo podían sostenerse desde el desgarrador dolor de las muñecas. A los compañeros de cruz de Jesús les ocurrió precisamente eso, pero no a Jesús: *Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; pero llegando a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados lo atrévese con su lanw el costado, y al instante salió sangre y agua* (Juan 19, 32-34). No obstante, es Juan el único que hace mención a este hecho, puesto que los otros tres, como casi siempre, difieren de él. La pregunta que se hacen algunos investigadores es si

realmente estaba muerto y si el lanzazo fue la puntilla para aquel hombre. La tradición establece que la lanzada fue en el costado derecho, de modo que no afectaría al corazón. En cuanto a la muerte, parece obvio que Jesús había muerto, o al menos eso dicen los evangelistas. Pero antes de que expirase hay un incidente que muchos críticos con la versión de la Iglesia subrayan. Nos referimos al *vinagre* que dan a beber a Jesús instantes antes de su muerte. Recordemos lo ocurrido.

Todos los evangelistas, salvo Lucas, recuerdan lo ocurrido, aunque con leves matices diferentes. Mateo no identifica al protagonista del suceso y lo resume así: *Luego, corriendo, uno de ellos tomó una esponja, la empapó de vinagre, la fijó en una caña y se la dio a beber* (Mateo 27, 48). La Iglesia explica que era una mezcla de agua y vinagre que tenían los soldados para beber, pero no deja de ser verdaderamente casual que, nada más mojar sus labios en la mezcla, Jesús muera. El caso es narrado casi con las mismas palabras por Marcos (15, 36), mientras que Juan habla de un botijo lleno de vinagre, de cuyo origen seguimos sin saber nada, y cómo nada más beber Jesús muere:

Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en un venablo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está acabado, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Juan 19, 29).

Escritores como Gerald Messadié coquetean con la idea de que ese líquido que le ofrecen a Jesús contenía algún tipo de droga que permitió simular su muerte y que hubo una especie de conjura organizada por María Magdalena, José de Arimatea y Nicodemo para salvar a su maestro. Para ello, sobornaron a los soldados, de modo que no le fueran quebradas las piernas, puesto que eso sí hubiera podido suponer su muerte por asfixia, y se ajustaron las horas del suplicio y las del descenso de la cruz tanto que a penas fueron unas pocas, puesto que la inminente llegada de la caída del sol obligaba por precepto religioso judío a bajar los cuerpos de la cruz, tal y como el propio evangelista Juan recuerda: *Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por*

ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen (Juan 19, 31).

Pilato, sabedor de que la cruz era un suplicio lento, al recibir la visita de José de Arimatea pidiendo el cuerpo de Jesús se sorprende de lo pronto que este había fallecido: *Pilato se maravilló de que ya hubiera muerto, y haciendo llamar al centurión, le preguntó si en verdad había muerto ya* (Marcos 15, 44). Esta frase resulta realmente esclarecedora sobre la precipitación que hubo a la hora de crucificar a Jesús, de hacerlo morir y de bajarlo a toda prisa de la cruz. ¿Hay argumentos para pensar que estaba vivo? Ciertamente la fe dice a los creyentes que no, y quizá el suplicio anterior, los azotes, el cansancio, la pérdida de sangre y la falta de alimento y de agua de Jesús desde hacía varias horas podían haber debilitado su organismo mucho, pero ¿hasta qué límites?

Los cuatro escritores de los Evangelios confunden al lector con datos diversos también sobre algunos acontecimientos que tuvieron lugar, si es que los creemos, al mismo tiempo en que Jesús moría. Mateo nos deja pasmados al asegurar que resucitaron los muertos (Mateo 27, 51 y ss.) y que algunos de ellos *vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos* (Mateo 27, 53). Los demás no dicen tal cosa. Unos y otros afirman que se produjeron prodigios varios, desde la terrible oscuridad que por espacio de tres horas (de sexta a nona) cubrió *toda la tierra*, a terremotos. Parece evidente que los muertos no debieron salir de sus tumbas aquel día ni tampoco en otras ocasiones, pero es significativo que lo diga Mateo, puesto que tal cosa solo la admitían como posible los fariseos, nunca los saduceos.

En cuanto la oscuridad, algo debió ocurrir, si creemos a Mateo, Lucas y Marcos, pues son ellos los que hablan de esos misteriosos fenómenos que incluyeron terremotos y que se rasgara la cortina del Templo. Tal vez la explicación sea sencilla: el Hijo de Dios había muerto y Dios mismo manifestaba su cólera. Pero esa oscuridad no pudo ocurrir en *en toda la tierra*, pues de ella se habría tenido noticia en otros lugares y cró-

nicas, por lo que debemos pensar que, si es que sucedió, debió ser un fenómeno muy local.

Nada de eso dice Juan, que en el supuesto de que sea el discípulo de quien todos hablan, fue el único testigo directo de los hechos, como ahora veremos. Los demás hombres estaban ocultos, aterrados y dando una patética imagen a los futuros creyentes. Juan parece subrayar justamente su condición de testigo directo al escribir: *El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero* (Juan 19, 35).

Por tanto, ¿qué debemos creer? ¿Nos quedamos con Juan, y entonces no hay ni oscuridad ni terremoto ni muertos vivientes? ¿O preferimos a los otros tres, que incluyen el postrer y misterioso quejido de Jesús que tampoco Juan cita: *Elí, Elí, ¿lema sabactani?*

Concluamos ya el capítulo ahora que hemos hecho referencia a los testigos de la cruz y a los ausentes en el momento en que había que dar la cara por el hombre a quien decían amar.

Juan presenta a estos testigos (Juan 19, 25): *Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena, y a ellas suma al discípulo que amaba, que la tradición ha dicho que era el propio Juan, aunque otros prefieren pensar que tal vez mera aquel al que tanto amó Jesús, según los propios evangelistas: Lázaro. Y esto tendría sentido si era el hermano de María Magdalena, como seguramente ocurría.*

Lucas no da nombres de testigos, pero de nuevo debe reconocer que las mujeres son mucho más valientes que la cuadrilla de hombres que tanto habían prometido dar su vida por él: *Le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres* (Lucas 23, 27).

Es curiosa esa expresión diferenciando al *pueblo* de las *mujeres*, como si estas no formasen parte del pueblo, lo que da idea del grado de machismo social imperante y también del de los propios redactores de los textos. Pero Jesús a quienes se dirige, para berrinche del personal masculino, es a las mujeres: *Vuelto a ellas, Jesús dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí...* (Lucas 23, 28).

Marcos se ve obligado a poner en negro sobre blanco el nombre de mujeres que estaban presentes en la crucifixión: *Había también unas mujeres que de lejos miraban, entre las cuales estaba María Magdalena y María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, las cuales, cuando Él estaba en Galilea, lo seguían y le servían, y otras muchas que habían subido con Él a Jerusalén* (Marcos 15, 40-41).

Finalmente, Mateo (27, 55-56) coincide en la abundante presencia de mujeres y en que eran estas seguidoras de Jesús. Y siempre aparece en posición destacada María Magdalena:

Había allí, mirándolo desde lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo; entre ellas, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Sinceramente creo que estos testimonios debieran mover a la reflexión y erradicar, de una vez por todas, la peregrina idea que solo doce hombres seguían a Jesús. Parece evidente que había más personas a su alrededor y que muchas de ellas eran mujeres. Y ciertamente María Magdalena era una de las principales, puesto que aparece citada en los Evangelios en diecisiete ocasiones, más que la propia madre de Jesús. Y eso es así por la importancia que tenía en la vida de Jesús, tal y como vimos en la primera parte de este libro. Uno de cuyos capítulos concluye ahora mismo.

Capítulo 4

Y NO LO RECONOCIERON

EN diciendo esto (María Magdalena) se volvió hacia atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no conoció que fuese Jesús (Juan 20, 14). ¿Qué quiere decir eso de que vio a Jesús pero no lo reconoció? ¿Cómo es posible que eso les sucediera a varias personas, incluidos los más íntimos del Nazareno, después de la resurrección? ¿Qué diablos está ocurriendo aquí?

Retando a nuestra suerte, debemos pedir al lector que abandone de nuevo el carril de la fe y se incorpore al de la lectura desapasionada de los textos evangélicos, puesto que si hasta ahora hemos advertido contradicciones, sorpresas y embarullamientos en los días (que tal vez son meses) previos a la crucifixión y en todo lo que a esta rodeó, lo que nos espera puede llevarnos a desear pedir explicaciones urgentes a los redactores de los cuatro manuscritos. Si su propósito era confundir, habrá que felicitarlos, pues lo han logrado con creces. Si deseaban fortalecer la fe, tal vez más que fortalecerla la pusieron a prueba, pues solo la fe puede evitar que zozobre la paciencia del lector.

Jesús, según la fe y la tradición, ha muerto. Veamos qué sucede a continuación.

Juan nos dice que José de Arimatea acude a Pilato a pedir el cuerpo de Jesús, y lo debe hacer con mucha urgencia, pues ya hemos visto que está a punto de caer el sol y los preceptos

judíos se veían lesionados con esos cuerpos muertos sobre el Góigota. Solo ha permanecido unas horas Jesús en ese cruel escorzo y Pilato, ya lo vimos, se maravilló de su prematura muerte. Y lo primero que nos llama la atención es que se nos diga que José de Arimatea era un discípulo secreto de Jesús, cuando resulta que es el único que tiene agallas para pedir el cuerpo del maestro ante el mismísimo gobernador romano y significándose abiertamente ante los sacerdotes del Templo. Si José era discípulo secreto, ¿quién de los doce se puede calificar a sí mismo como discípulo público de Jesús?

Leamos a Juan: *Después de esto rogó a Pilato José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secreto por temor a los judíos, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió* (Juan 19, 38). Pero Juan menciona también la labor en el caso de Nicodemo, otro de esos personajes secundarios en esta trama que, en mi opinión, debían figurar en los papeles estelares por ser el círculo de iniciados de Jesús: *Llegó Nicodemo, el mismo que había venido a Él de noche al principio, y trajo una mezcla de mina y áloe, como unas cien libras*. Al margen de la sorprendente cantidad de ungüentos que trae Nicodemo y que demuestra que era un hombre adinerado, hay que retener ese hecho en sí mismo, porque pondrá en dificultades esta versión con la de los otros evangelistas, o la de estos, si la cierta es la de Juan. Pero, además, a continuación Juan dice que el de Arimatea y Nicodemo llevan a cabo lo siguiente: *Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre judíos*

(Juan 19, 38). A continuación, y *a causa de la Parasceve de los judíos*, llevaron el cuerpo sin más demora a un sepulcro próximo: *Había cerca del sitio donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado* (Juan 19, 41). No se dice exactamente que el sepulcro fuera propiedad de José Arimatea, como la tradición afirma. Tampoco hay testigos de las manipulaciones de ambos con el cuerpo muerto de Jesús, y sigue extrañando esa cantidad notable de potingues para lavarlo, tal y como propone la ley judía. ¿Qué noticias encontramos en los otros reporteros?

Mateo, después de explayarse en los espeluznantes regresos de las tumbas de los muertos que se presentan a sus conocidos y demorarse en otras terribles señales que acompañaron la muerte de Jesús, nos habla también de José de Arimatea, al que califica de *hombre rico* (Mateo 27, 57) y cuenta todo lo que ya sabemos, que fue a Pilato y pidió el cadáver y que le fue concedido, solo que Mateo no nos dice que el tal José mera discípulo, ni secreto ni público. ¿Por qué no lo hace? ¿No lo sabe o no lo quiere decir? Y luego hay una novedad respecto al relato de Juan, puesto que aquí no se faja el cuerpo, sino que se le envuelve en una *sábana limpia* (Mateo 27, 59), lo que para muchos es la primera y clara alusión a la futura Sábana Santa de Turín. Y aquí sí que se nos dice que el sepulcro era propiedad de José [*Lo depositó en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había sido excavado en la peña*. Mateo 27, 60). Y hay algo verdaderamente notable en este relato que Juan no cita, además del hecho de que aquí no se menciona a Nicodemo, y no alcanzo a entender qué fuerza hercúlea podía tener José de Arimatea para llevarse sobre sus espaldas él solo un cuerpo que se nos dice que está muerto. Pero, decíamos, existe algo de mucho interés, puesto que hay testigos de dónde se coloca el cuerpo de Jesús, y muy posiblemente esos testigos ayudaron a lavar apresuradamente el cuerpo, o, como otros dicen, a practicarle las primeras curas: *Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro* (Mateo 27, 61).

Marcos no se aparta en exceso de lo que refiere Mateo, aunque perfila mejor al inquietante José de Arimatea diciendo que era *miembro ilustre del Sanedrín* y que *también esperaba el reino de Dios* (Marcos 15, 43). Esto es muy sugerente, puesto que demuestra una vez más que entre los más próximos a Jesús había gente con dinero e influencias para conseguir, tal vez, una *bondadosa* crucifixión; es decir, muy próxima al atardecer del *Sabbat* y con la posibilidad de bajar cuanto antes el cuerpo de Jesús de la cruz. Marcos también nos habla de la sábana y de la fuerza casi mitológica de José de Arimatea, puesto que insiste en que *lo bajó* (quiere decir de la cruz), *lo envolvió en la*

sábana y lo depositó en un monumento que estaba cavado en la peña y volvió la piedra sobre la entrada del monumento (Marcos 15, 46). ¡Y lo hizo todo solo! ¡José era, ya no hay duda, un Hércules del Sanedrín! ¿O no? ¿No tendría quién le ayudara? Yo creo que sí, y el propio Marcos lo deja entrever, pues aquí también hay testigos de todo este trájín: *María Magdalena y María la de José miraban dónde se ponía* (Marcos 15, 47).

Lucas abunda en datos biográficos de José, que esencialmente son los que ya conocemos, pero a los que se añade su participación en el juicio contra Jesús, aunque votando en contra: *... era miembro del consejo, hombre bueno y justo, que no había dado su asentimiento a la resolución y a los actos de aquellos* (Lucas 23, 50). En el capítulo de testigos, el número se dispara hasta una cifra incierta: *Las mujeres que habían venido con Él de Galilea lo siguieron y vieron el monumento y cómo fue depositado su cuerpo* (Lucas 23, 55). Y un dato final que desconcierta si leemos a Juan, puesto que este había asegurado que José y Nicodemo, al que los demás no citan, habían llevado ya unguentos y pomadas para arreglar el cuerpo de Jesús, pero he aquí que Lucas se descuelga con esta frase: *A la vuelta (se refiere a las mujeres) prepararon aromas y mirra. Durante el sábado se estuvieron quietas por causa del precepto* (Lucas 23, 56).

Si las mujeres han asistido a todos los movimientos del cuerpo de Jesús tras su muerte, como dicen los tres sinópticos, ya habían visto que Nicodemo y José de Arimatea habían llevado perfumes, de modo que los suyos no tendrían mucho sentido. ¿O no eran perfumes los que llevaron? Hagamos un alto aquí.

Andreas Faber-Kaiser escribió, en su obra. *Jesús vivió y murió en Cachemira*, algunas cosas que recordaremos en las próximas páginas, pero de entre ellas ahora viene al caso su mención de una treintena de libros de la tradición india que *contienen una mención al Marham-I-Isa, con indicación de que este unguento fue preparado para Jesús, para la cura de sus heridas*. Por su parte, el

prestigioso erudito Mircea Eliade, en *El mito del eterno retorno*, nos habla de fórmulas curativas muy especiales:

Así, dos fórmulas de encatamiento anglosajonas de magia popular cristiana del siglo XVI, que era costumbre pronunciar cuando se recogían las hierbas medicinales, precisan el origen de su virtud terapéutica: crecieron por primera vez -es decir, *ab origine*- en el monte sagrado del Calvario -en el centro de la Tierra-: ¡Salve, oh hierba santa que crece en la tierra! Primero te encontraron en el monte Calvario, eres buena para toda clase de heridas; en el nombre del dulce Jesús, te cojo (1584). Eres santa, verbena, porque creces en la tierra, pues primero te encontraron en el monte Calvario. Curaste a nuestro redentor Jesucristo y cerraste sus heridas sangrantes. Se atribuye la eficacia de estas hierbas al hecho de que su prototipo fue descubierto en un momento cósmico decisivo —en aquel tiempo- en el monte Calvario. Recibieron su consagración por haber curado las heridas del Redentor.

Habría, ya se ve, un rumor popular según el cual ciertas hierbas curaron las heridas de Jesús que, según quienes eso creen, evidentemente no estaría muerto ni cuando lo bajan de la cruz ni cuando lo llevan apresuradamente, con la excusa de que el sol está al caer y llega el *Sabbat*, a un secreto sepulcro que es propiedad del de Arimatea y que, mire usted qué bendita casualidad, está a un paso del Góigota. Y una vez allí, manos que ya empiezan a ser conocidas, las de José y tal vez las de Nicodemo y sabe Dios quién más, pues ya hemos visto la abundancia de mujeres que parlotaban cerca, proceden a la curación.

¿Creemos esa versión? De momento, no creemos en nada más que en lo que leemos. Y eso vamos a seguir haciendo.

No sabemos nada más de Jesús hasta que tiene lugar el acto final asombroso de su vida y tragedia: la resurrección. Es decir, que desde que cae la tarde del viernes hasta la madrugada del domingo tenemos un enojoso vacío biográfico que demuestra, una vez más, que los cuatro *plumillas* son pésimos

cronistas, o, lo que es peor para lo que nos atañe, unos interesados manipuladores que nos ocultan cosas. Y es muy curioso que siempre que Jesús emprende un viaje, ya hemos visto un par de ejemplos, exista una impenetrable oscuridad en esos años de su vida. Recuerden: se produce siendo niño Jesús y no volvemos a saber de Él hasta que debate con doce años con los sacerdotes del Templo; y desde esa edad hasta que *el Espíritu* lo lleva al desierto y regresa, se supone que con treinta años, a la vida pública, tampoco hay noticia por parte de los Evangelios. Y ahora, a punto de irse al cielo o, según los autores inconformistas, a otro lugar, de nuevo tenemos un espacio en blanco en su vida. ¡Y menudo espacio!: el que va de la muerte a la resurrección.

Las mujeres de Lucas, las mismas que habíamos dicho que preparaban aromas para Jesús cuando se supone que ya lo habían aseado José y Nicodemo, se presentan en la madrugada del domingo en el sepulcro. La piedra del monumento, la que en el relato de Marcos José de Arimatea me capaz de mover él solo, estaba removida; entran en el sepulcro y lo encuentran vacío. Y ahora empieza lo bueno. Lucas menciona el nombre de las mujeres un poco más adelante y entre ellas está, por supuesto, la omnipresente María Magdalena, además de Juana, María la de Santiago y *las demás que estaban con ellas*, sin que se precise si eran dos o doscientas. Y acto seguido Lucas nos pasma diciendo que a ellas *se les presentaron dos hombres vestidos de vestiduras deslumbrantes* (Lucas 24, 4). Ellas, al principio, se asustan. Pero cuando los dos desconocidos les anuncian la resurrección de Jesús y las invitan a recordar lo que al respecto Él mismo había dicho, su corazón se acelera y salen veloces a anunciar el caso a los once cobardes masculinos que siguen ocultos en alguna gatera de Jerusalén. Escuchan los rajados apóstoles a las mujeres y, con todo el descaro que siempre tiene el que más tiene que callar, no las creen. Pero entonces Pedro, tal vez porque ve que ya no va a ser el primero de nada de nada y porque su aversión a las mujeres le pica más allá que su temor ante los sacerdotes, sale corriendo hasta el sepulcro a ver

qué pasa: *E inclinándose vio solo los lienzos, y se volvió a casa admirado de lo ocurrido* (Lucas 24, 12).

Marcos ofrece algunos datos complementarios y se contradice con Lucas. En primer lugar, hay novedades en los nombres de las mujeres, pues en sus cuartillas son María Magdalena, por supuesto, María de Santiago y Salomé, y ninguna más. Insiste Marcos en la casi clandestinidad con que obran las valientes mujeres fijando el momento del día, lo que a la vez habla de su ansiedad para ir al sepulcro, como si los muertos no tuvieran todo el tiempo del mundo: *Muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol...* (Marcos 16, 2). Otro detalle de interés que demuestra quejósese de Arimatea no debía estar solo durante sus andanzas en el sepulcro ni él solo movió la piedra: *Se decían entre í'(las mujeres); ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento* (Marcos 16, 3). Y cuando llegan se encuentran con la sorpresa de que la piedra, *que era muy grande*, ha sido removida, y junto al monumento no hay dos tipos de vestiduras resplandecientes, como dice Lucas, sino *un joven sentado a la derecha, vestido de una túnica blanca* (Marcos 16, 5). Este muchacho desconocido es quien les anuncia la resurrección de Jesús, y además, esto habrá que tenerlo en cuenta un poco después cuando hablemos de las apariciones de Jesús a los suyos, les dice a las mujeres que le digan a los discípulos: *Que os precederá a Galilea; allí lo veréis, como os había dicho* (Marcos 16, 7). Es decir, que Jesús no está allí y parece ser que irá, o ya está, en Galilea y es allí donde verá a los suyos.

Mateo reduce el número de mujeres a dos, que no son otras que María Magdalena y *la otra María*. Es decir, que ni en ese detalle hay consenso. Pero al fin alguien nos explica quién removió la piedra, y ese alguien es Mateo, muy dado a los grandes prodigios, como ya hemos visto: *Y sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó en ella* (Mateo 28, 2). Lo que demuestra que los ángeles del cielo, como José, que no era del cielo sino de Arimatea, tenían fuerza suficiente como para mover ellos solos la dichosa piedra. Y esto es algo que me parece propio en el

caso del ángel, pero tiene los rasgos de azaña en manos de un hombre maduro de Arimatea, o de otro sitio. Que el ángel vestía de blanco ya lo suponíamos, pues la tradición así lo expresa, pero Mateo no deja de darle pinceladas de ese color: *Era su aspecto como el relámpago, y su vestidura blanca como la nieve.*

Hay acuerdo, por tanto, entre Mateo y Lucas en la blancura de los vestidos, solo que Mateo habla de un ángel y Lucas solo de hombres de resplandecientes vestiduras. Marcos, más moderado, habla solo de un hombre de túnica blanca.

Después, en el relato de Mateo se reproduce el anuncio a las mujeres de que Jesús está en Galilea y que todos han de ir allí a verlo, pero hay una novedad trascendental que los otros dos no dicen: *Jesús les salió al encuentro diciéndoles: Dios os salve* (Mateo 28 9); ellas, caen de bruces, con lo que parece que lo reconocen a la primera, al contrario de lo que luego sucede, y El insiste otra vez en que debe ir el personal a Galilea, como si un muerto temiera que volvieran a darle caza, o quizá teme por los suyos: *... id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea y que allí me verán* (Mateo 28, 10).

Juan rompe con todo lo que sabemos y achica el número de mujeres hasta que solo queda la de siempre: María Magdalena. Ella es la que va al monumento y lo encuentra vacío *muy de madrugada, cuando aún era de noche.* Es evidente que no han transcurrido exactamente tres días si sumamos las horas y obviamos el detalle de que se le entierra al atardecer del viernes y se advierte su desaparición cuando el domingo todavía no ha despertado. Juan no dice que Magdalena se tropiece con nadie, ni con Jesús ni con ángeles ni con hombres de túnicas blancas. Nadie anda por allí y ella corre hacia el escondite de los miedosos varones a decirles lo que había visto. ¿Cómo es posible que en algo tan trascendental los cronistas no estén de acuerdo? ¿Quién miente de entre ellos?, pues es evidente que alguien miente o está terriblemente mal informado, lo que dificulta la posición de la Iglesia, que eligió de entre los diferentes textos sobre Jesús el relato de uno o más mentirosos o errados narradores.

Juan, coherente con el relato que había hecho sobre el depósito del cuerpo de Jesús por parte de Nicodemo y de José de Arimatea y sobre que lo habían fajado, dice que Pedro y otro discípulo, que se supone que es Juan, se llegan al sepulcro y el primero de ellos, que llega más tarde que el otro, seguramente resoplando porque es más mayor que su compañero, entra y *vio las fajas allí colocadas y el sudario que había estado sobre su cabew, no puesto con las fajas, sino envuelto aparte* (Juan 20, 6). Pero no hay rastro de Jesús.

Juan incorpora a los *ángeles vestidos de blanco* unos versículos después, cuando dice que María Magdalena *se quedó junto al monumento, juera, llorando* (Juan 20, 11). Y mientras lloraba se inclinó dentro del monumento y para su sorpresa encuentra a uno de esos ángeles en la cabecera del lugar donde pusieron a Jesús y otro en los pies de esa losa. Y a partir de este instante comienza el verdadero festival de las incoherencias, puesto que María Magdalena se vuelve de pronto y *vio a Jesús que estaba allí, pero no lo reconoció* (Juan 20, 14). Y eso es ciertamente asombroso, puesto que ya hemos visto que Mateo había dicho que las mujeres se encontraron con Jesús no en el sepulcro, sino cuando iban a contar lo que habían visto a los apóstoles, y sí lo reconocen a la primera, e incluso se arrojan a sus pies y El les habla. ¿Cuál es la razón por la cual ahora, según Juan, María Magdalena no reconoce a Jesús e incluso piensa que es *el hortelano* (Juan 20, 15)?

Y luego sigue una conversación extravagante entre María y Jesús hasta que el evangelista nos dice que Jesús exclama:

¿María!, y entonces ella, como si viera por vez primera, grita:

¿Rabboni!; es decir, maestro. Y a continuación hay otra reacción inexplicable, puesto que Jesús parece molesto al ser abrazado por ella y la recrimina: *Deja ya de tocarme, porque aún no he subido al Padre.*

¿Por qué no puede tocarlo María Magdalena? Messadié dirá que es porque aún estaba convaleciente de sus heridas. Yo no sé qué pensar, pero debo confesar que los cuatro evangelistas han logrado que no entienda absolutamente nada de lo que ocurrió allí. Y aún falta lo más sorprendente.

Hemos visto en varias ocasiones que Jesús pide a las mujeres que le digan a los discípulos que marchen a Galilea, que allí los verá, pero a continuación se producen una serie de apariciones que unos sitúan en Galilea y otros en la propia Jerusalén. Observe el lector el desastre de narración que los evangelios ofrecen.

Juan dice que la primera aparición ocurrió *la tarde del primer día de la semana* (es decir, el domingo, se supone) *estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban los discípulos por temor*

de los judíos (Juan 20 19). Por tanto, Jesús aparece en Jerusalén, en mitad de su acobardada tropa. Los bendice, muestra sus heridas a todos, menos a Tomás, el llamado *Dídimo o gemelo*, que no estaba allí, lo que es una faena porque a ese personaje habría que seguirle la pista muy de cerca, ya que no sabemos de quién es gemelo exactamente. Y es curioso que fuera él quien más tardara en admitir que Jesús hubiera resucitado. Pero añadamos algo singular que hace Jesús en esa primera aparición que narra Juan, y es algún tipo de ritual o sortilegio: *Diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo* (Juan 20, 22). ¿Alguien tendría la bondad de explicarme ese *soplido*?

La segunda aparición que relata Juan vuelve a suceder en Jerusalén, no en Galilea, y üene lugar *pasados ocho días* y cuando *otra vez estaban dentro los discípulos, y Tomás con ellos, cerradas las puertas* (Juan 20, 26).

Yo me pregunto, y se lo planteo a usted, amiga o amigo lector, ¿qué tipo de gente eran aquellos hombres que, después de ver resucitado a su líder espiritual una semana antes ocho días después aún siguen con las puertas cerradas, dato que en las dos ocasiones subraya Juan, temerosos y menguados de valor? ¿No les bastó una aparición para salir a la calle sacando pecho? Solo hay dos explicaciones: que la supuesta resurrección de Jesús no debió parecerles un milagro, o que Jesús se había dado la maña de escoger a los más tarugos espirituales de todo Israel para que lo siguieran. O quizá ocurría que sus más íntimos discípulos no eran esos, como me parece a mí. Porque, ¿se ha dado cuenta el lector de que ya nunca más son

citados José de Arimatea, Nicodemo, Lázaro y María Magdalena? Con la excepción de que ella es la que anuncia a los demás la resurrección y es la que ve a los asombrosos ángeles que ningún hombre vio, Jesús ya no se vuelve a aparecer a María Magdalena ni a quienes lo llevaron al sepulcro desde la cruz. ¿No resulta sorprendente y hasta sospechoso?

Una postrera aparición reseña Juan, y esta vez sí, por fin, ocurre en Galilea, junto al mar de Tiberíades. Aquella cuadrilla de descreídos y pusilánimes había podido superar su terror, a lo que se ve, y habían regresado a sus ocupaciones de pescadores como si nada hubiera ocurrido. El relato de Juan presenta a Tomás, el Dídimo, a Pedro, a Natanael, a los dos Zebedeos y a otros dos discípulos pescando. Regresan a tierra y Jesús está en la playa, y vuelve a suceder lo que ya pasó otras veces: *No se dieron cuenta de que era Jesús* (Juan 21, 4). Y solo cuando Jesús les dice dónde echar la red y ven que esta es incapaz de contener toda la pesca que sacan reparan en que aquel tipo va a resultar que es Jesús. Y entonces Pedro, tan exhibicionista como siempre, pero siempre llegando tarde a todo, se lanza al mar todo corazón para demostrar cuánto ama a Jesús; precisamente él. Y a continuación Pedro ofrece lo mejor de sí mismo (soberbia, egocentrismo y falta de luces para entender a Jesús) y se muestra celoso de que Jesús hable con gran familiaridad con *el discípulo a quien amaba Jesús* (Juan 21, 20), que la tradición estima que es el propio Juan, pero que ya dijimos que otros quieren ver en él a Lázaro o incluso a la propia María Magdalena.

Esas son las tres apariciones que anota Juan en su cuaderno. ¿Qué dicen los otros tres colegas?

Mateo desmiente a Juan, puesto que para él no hay apariciones en Jerusalén, y sin más preámbulos hace viajar a los once discípulos hasta un monte de Galilea cuyo nombre no cita. Allí Jesús se les aparece y les encomienda predicar al mundo (Mateo 28, 16 y ss.). Y ya está, se acabaron las apariciones.

Marcos, tras el encuentro con María Magdalena, asegura que Jesús se mostró a dos discípulos que iban camino del campo, con lo que deducimos que no eran ninguno de los once fa-

mosos, puesto que estos no eran agricultores y bastante tenían con dominar sus nervios sin cigarrillos, que entonces no había, ocultos en su gatera. Y fíjese el lector hasta qué punto eran polinos los once que hasta el evangelista Marcos dice que, tras llevarles esa noticia los dos anónimos discípulos, *ni aún así estos* (se refiere a los once) *creyeron* (Marcos 16, 13). De modo que no es extraño que Marcos diga que solo hubo una aparición a los once y en ella Jesús *les reprendió su incredulidad y dureza de corazón, por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de*

entre los muertos (Marcos 16, 14). No sabemos dónde tiene lugar esa aparición, pero los detalles dan a entender que es en Jerusalén, no en Galilea, con lo que Marcos no está de acuerdo con Mateo y sí con Juan, aunque con este discrepe en el número de apariciones. Jesús no se les apareció más, según Marcos, y la verdad, no me extraña, porque parece pérdida de tiempo.

Posiblemente aburrido de los suyos, o porque los que nos han hecho ver que son sus discípulos después de todo no eran tan importantes, Lucas nos habla de que los primeros en verlo, aunque no lo reconocen hasta pasadas varias horas, y no sabemos por qué ocurre eso, son un par de discípulos que iban camino de Emaús, una ciudad que distaba sesenta estadios de Jerusalén (Lucas 24, 13). Solo más tarde se aparece una vez entre los discípulos antes de *ascender*, y todavía esta cuadrilla de gallinas siguen asustada: *Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu* (Lucas 24, 37).

No crea el lector que mis calificativos hacia los apóstoles son excesivos. Es solo que no sé qué pensar de un grupo de hombres que llevan años asistiendo a presuntos milagros de su maestro, que le han visto resucitar muertos, curar enfermos y hacer cosas pasmosas como caminar sobre las aguas o domar tempestades. A esas gentes les dicen otros de total confianza que han visto con vida a Jesús y ellos no lo creen y solo sirven para estar ocultos días y días, esperando que escampe.

Si tenemos en cuenta que los Padres de la Iglesia eligieron estos cuatro Evangelios de entre los muchos posibles, debemos creer que en estos el papel de los once está maquillado, con lo

que solo hay que tener un poco de imaginación para suponer cuál fue su comportamiento real en aquellos cruciales días.

Un dato final con el que cerrar este confuso capítulo repleto de apariciones. Es un mensaje subliminal que ofrece el evangelista Mateo y que da argumentos a quienes creen que aquí no hubo resurrección, sino curación de un malherido.

Leamos a Mateo (27, 62 y ss.): *Al otro día, que era el siguiente a la Parasceve, fueron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron: Señor, recordamos que ese impostor, vivo aún, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos.* Pilato cede unos soldados y los ponen junto al sepulcro, lo que fue una faena para ellos, pues luego llegó el ángel del que habla Mateo y *temblaron los guardias y quedaron como muertos.*

Es evidente que los famosos *discípulos* no estaban para nadie, y menos para robar cadáveres y simular resurrecciones. Por no estar, no estuvieron ni en la crucifixión ni en el sepelio apresurado, pero sí estuvieron algunas mujeres y también Lázaro, además de los dos enigmáticos sujetos que atienden por el nombre José de Arimatea y Nicodemo, a quienes no tuvo Jesús la necesidad de aparecerse como un resucitado, y eso es ciertamente llamativo.

Finalmente, ¿no se ha preguntado nunca, amiga o amigo lector, por qué Jesús, ciertamente resucitado e investido de un poder único en la especie humana, no se presentó al menos una vez ante el Sanedrín, ante las mismísimas barbas de Anas y Caifas, que digo yo que tendrían barbas, y también, de paso, ante Pilato, que no sé si tendría barba o no? ¿No sería la mejor manera de demostrar la grandeza del Hijo del hombre? ¿No fortalecería, como nadie jamás podría hacer, la fe de sus discípulos? ¿Por qué entonces esas apariciones a escondidas, de manera que no le reconocen porque parece estar disfrazado o porque la tortura realmente ha dejado huellas terribles en su cuerpo físico?

Si supiera el lector todas las preguntas que me gustaría hacer a Jesús, el rabí de Galilea...

Capítulo 5

EL ÚLTIMO VIAJE DE JESÚS DE NAZARET

ESTA tercera y última parte del libro comienza con la cita del evangelista Marcos en la que se afirma que Jesús, tras su resurrección, fue llevado al cielo. Decíamos que de los tres *viajes* que podemos deducir que realizó Jesús según los textos evangélicos, este sería sin duda el mas espectacular de todos, tanto por su destino como por el hecho de que lo realiza tras resucitar. Ahora bien, no debemos pensar que hay unanimidad tampoco entre los cuatro cronistas sobre este asunto. Si ya hemos visto con cuanta frecuencia Juan se separa de la línea trazada por los tres sinópticos, aquí tampoco hay acuerdo entre estos últimos.

En efecto, solo Lucas y Marcos aseguran que hubo tal Ascensión, y aun así tampoco la describen igual ni en el mismo escenario. Mateo no menciona tal episodio, y, naturalmente, Juan tampoco.

Según Marcos, la Ascensión se produce tras la primera, y única aparición, según su versión, del resucitado a los once. En esa aparición, como ya comentamos, les reprocha su cobardía y les pide que vayan al mundo a predicar el Evangelio. Finalmente, así concluye el texto de Marcos:

El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue elevado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios (Marcos 16, 19).

Eso es todo lo que tiene que decir Marcos de semejante milagro.

Lucas es más rico en detalles y sitúa los hechos cerca de Betania, lo que en mi opinión tiene su gracia, puesto que allí vivían Lázaro y sus hermanas Marta y María Magdalena, y me pregunto en voz alta si ellos también estuvieron presentes en este episodio o si Jesús, como enseguida diremos, emprendió desde allí un viaje bien diferente. Leamos a Lucas:

Los llevó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo, y mientras los bendecía se alejaba de ellos y era llevado al cielo. Ellos se postraron ante Él y se volvieron a Jerusalén con gran gozo. Y estaban de continuo en el Templo bendiciendo a Dios (Lucas 24, 50-53).

Es tremendamente extraño el comportamiento de los apóstoles, que después de semejantes prodigios, y tras haber visto cómo los sacerdotes del Templo urdían la muerte de su maestro, según Lucas no tienen otra ocurrencia que la de ir al Templo a bendecir a Dios. ¿Qué pensarían los sacerdotes al verlos á todos juntos? ¿No temían ya? ¿O había pasado ya bastante tiempo como para que su presencia en el Templo pasara inadvertida?

Increíblemente, dos evangelistas no mencionan la Ascensión de Jesús, acontecimiento memorable y que probaba claramente su filiación divina. Mateo se limita a finalizar su crónica con esta frase de Jesús a sus discípulos en la única aparición que según este cronista hizo ante los once y que no fue en Jerusalén, sino en un monte de Galilea cuyo nombre omite:

Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo (Mateo 28, 20).

En cuanto a Juan, tras dejar Jesús en evidencia nuevamente a Pedro en la postrera aparición en una playa del lago Tiberiades al demostrar los celos que tenía hacia el *discípulo a quien amaba Jesús*, el relato se interrumpe bruscamente diciendo el evangelista: *Muchas otras cosas hizo Jesús, que, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros* (Juan 21,25)

Seguramente Juan tiene razón, pero es una lástima que de todas las infinitas cosas que debió decir y hacer Jesús haya llegado a nosotros solo un relato tan pésimo, cargado de contradicciones, falto de información en momentos claves y embarullado a más no poder. El lector habrá descubierto en este breve análisis que no sabemos nada realmente de este hombre. Se le supone nacido de una virgen, aunque solo son dos los evangelistas que afirman tal cosa (Mateo y Lucas) y su final es trágico, ya que muere torturado en la cruz, pero no hay acuerdo en los relatos sobre en qué hora ocurrió ni qué sucedió después. La historia tiene un final feliz, no obstante, porque este enigmático hombre o Dios resucita, pero tampoco las biografías se ponen de acuerdo en nada de nada al respecto. De hecho, nadie ha podido escribir una sola línea sobre el momento exacto de semejante misterio, puesto que lo que conocemos es lo sucedido a *posteriora* cuando a las mujeres se les dice que eso ha sucedido. Y finalmente, el adiós a este mundo de Jesús tampoco concita acuerdos. ¿Cómo es posible que dos de los biógrafos sean incapaces de decirnos qué fue de Él? Al menos dos se atreven a decir que se fue al cielo, aunque tampoco coinciden a la hora de situar el lugar de la Ascensión.

Esta es la realidad leída a la luz de los cuatro textos. La precaria información, unida a diferentes supuestas pruebas, ha motivado todo tipo de especulaciones.

¿Por qué Jesús, se preguntan algunos, se aparece de manera clandestina a los suyos? ¿Por qué no hay una aparición pública ante sus torturadores? Hay quien responde, ya lo dijimos, diciendo que realmente no había muerto.

¿Cómo es que no lo reconocen cuando se aparece? La explicación puede ser, sostienen los heterodoxos, porque iba disfrazado para pasar desapercibido o porque los efectos de la tortura lo presentaban verdaderamente mudado de aspecto,

aunque vivo.

Personalmente me declaro incapaz, a la luz de las informaciones de los evangelistas, de pronunciarme. La fe podría permitir escribir lo que todo el mundo sabe, pero un estudio dete-

nido de estos textos me impide pronunciarme. Lo único que sospecho, y es una impresión ciertamente personal y por lo tanto sin validez histórica alguna, es que los encuentros de Jesús con los suyos tras la crucifixión no suceden inmediatamente después de esta. Es decir, que del mismo modo en que los redactores de los Evangelios comprimieron en una semana hechos que, ya vimos, arrancaron en la fiesta de los Tabernáculos, lo que sucede tras la crucifixión también se comprimió como si sucediera en unos días después.

Esa explicación, la de que el tiempo de los sucesos es bastante más prolongado, explicaría la disparidad de los relatos y los diferentes lugares en los que los cronistas los sitúan: unos en Jerusalén; otros en Galilea.

El paso del tiempo podría haber cambiado el aspecto de Jesús, de ser así. Y, de haber ocurrido eso, ¿dónde permaneció el Nazareno hasta entonces?

Personalmente me resulta intrigante algo que ya comenté brevemente y es la ausencia en todas las apariciones del resucitado de quienes se ocuparon de su cuerpo muerto: José de Arimatea, Nicodemo y especialmente María Magdalena, si bien a esta, según algunos evangelios, sí que se apareció en un primer momento. Tampoco Lázaro, el hombre a quien tanto amaba Jesús, tuvo la fortuna de verlo en estado tan glorioso.

Lucas, a quien se atribuye la redacción de los Hechos de los Apóstoles, viene a darnos la razón al asegurar que las apariciones de Jesús se prolongaron durante *cuarenta días* (Hechos 1, 3), aunque sin duda esa cifra es una metáfora, como lo es la cuarentena vivida en el desierto por parte de Jesús. Lucas, como sucede en otros relatos de las apariciones, insiste en que Jesús comía con los discípulos y conversaba en esos encuentros largamente y respondía a sus preguntas, hasta que finalmente se elevó a los cielos y otros prodigios no menores sucedieron de inmediato:

Diciendo esto y viéndolo ellos, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en Él, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusie-

ron delante y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que se ha ido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como lo habéis visto ir al cielo. Entonces se volvieron del monte llamado de los Olivos a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado (Hechos 1, 9-12).

Cuando estuve en Getsemaní miré al cielo y luego a los olivos milenarios y les pedí ayuda. Sucedió algo curioso, pero no lo creerían.

Messadié novela los hechos de un modo diferente, y se apoya en las conjeturas que han permitido los deficientes relatos evangélicos, tan llenos de huecos que permiten al incrédulo penetrar en la fortaleza de la fe. En opinión del novelista, Jesús se ocultó tras el complot urdido por María Magdalena, Nicodemo y José de Arimatea, entre otros, para salvarle la vida. Y una vez restablecidas sus heridas se encontró con los suyos, que eran más de once, naturalmente, y evitó una aparición pública ante sus torturadores porque, según este autor, *si se hubiera expuesto una vez. más a la vengamy. de sus enemigos, los fariseos y los sacerdotes del Templo, hubiera podido albergar pocas esperamos de volver a escapar. Hubiera producido la maíanw de sus partidarios y puesto en peligro los frutos de sus tres años de ministerio público.*

Tal vez resulte que sea así como haya que leer en *el* Corán, donde se da por hecho que Jesús -al que el libro sagrado del islam tiene en la más alta consideración— no murió en la cruz, esta frase: *Los judíos tramaron una intriga contra Jesús, pero Dios tramó contra ellos. ¡Dios es el mejor de los intrigantes!* (3, 47-54).

Por cierto, y ahora que mencionamos el libro sagrado del Islam, digamos que en esta religión se tiene a Jesús por un gran profeta, pero no por hijo de Dios. Y también afirma el Corán que Jesús no murió en la cruz. Leamos:

Ellos dicen: Ciertamente, nosotros hemos matado al Mesías, Jesús, hijo de María, Enviado de Dios, pero no lo mataron ni lo crucificaron, pero a ellos se lo pareció. Quienes discuten y están en duda acerca de Jesús, no tienen conocimiento

directo de él: siguen una opinión, pues, con certeza, no lo mataron (4, 156-157).

De tener razón quienes ven así el final de las andanzas de Jesús en Palestina, tal vez deberíamos proponer nuevos destinos para el último viaje de Jesús de Nazaret. De hecho, este mismo autor, en su obra *Jesús de Srinagar*, se hace eco de una tradición ampliamente investigada en su día por Andreas Faber-Kaiser en su obra *Jesús vivió y murió en Cachemira*.

Kaiser afirma en esa obra que *existen indicios de que Jesús fue curado de sus heridas por Nicodemo. Este le aplicó un unguento que curaba las heridas y facilitaba la circulación libre de la sangre en el cuerpo. El unguento aplicado por Nicodemo se conoce por el nombre de Marham-I-Isa (el unguento de Jesús) o también Marham-I-Rosul (el unguento de los profetas), unguento citado en numerosos tratados médicos orientales, en muchos de los cuales se afirma que es el unguento aplicado a las heridas de Jesús cuando fue bajado de la cruz.*

En su obra, Faber-Kaiser sostiene que Jesús huyó de Palestina y murió en Srinagar, en Cachemira, una región de la India. ¿En qué se basa para afirmar tal cosa?

En cierta ocasión, narra Faber-Kaiser, un profesor llamado Hassnain de Srinagar le habló de Jesús y le narró lo siguiente: en cierta ocasión, una copiosa nevada caída en el mes de enero lo obligó a permanecer en Leh, la capital de la región de Ladakh. Ante la imposibilidad de salir de allí, pasó el tiempo consultando legajos de los archivos locales, y se encontró con una voluminosa colección de textos que no eran sino el diario de unos misioneros alemanes llamados Marx y Francke.

Los textos habían sido redactados en 1894, cuando ellos estaban llevando a cabo su misión pastoral en aquella zona. En esos textos se nombraba continuamente a una persona llamada Issa. Junto a aquel nombre aparecía citado otro, el de una persona llamada Nicolai Notovich. Hassnain se veía atado de pies y manos para comprender el contenido de aquel día-

rio porque no sabía alemán, que era el idioma en que había sido redactado. Hubo de esperar por ello a que alguien los tradujera para él y entonces descubrió la identidad de esos dos personajes. Notovich resultó ser un viajero ruso que anduvo por esas tierras a finales del siglo XIX. En sus correrías por la zona arribó a la lamasería de Hemis, situada a 38 kilómetros al sureste de Leh, y allí consultó unos manuscritos en los que se hablaba del segundo de los enigmáticos nombres: Issa.

El tal Issa no era otro que Jesús de Nazaret, que llegó a aquella región después de haberse restablecido de sus heridas. Faber-Kaiser refiere en su obra el trayecto que supuestamente realizó Jesús en compañía de María, su madre, y de Tomás. Incluso asegura que María no resistió el viaje y murió en el pueblo de Murree, situado a escasos kilómetros de Rawaipindi. Asegura que hasta 1876 ese pueblo se llamaba María, en recuerdo de la madre de Jesús. Allí se muestra la tumba de esta mujer en un lugar denominado *Pindi Point*, y la tumba recibe el nombre de *Mai Mari da Astham*, que vendría a significar *Lugar de descanso de la madre María*.

En cuanto a Jesús, según la hipótesis de Andreas Faber-Kaiser, prosiguió su viaje hacia Cachemira, adonde entró a través del valle que se ha venido llamado *Yusmarg* o *Prado de Jesús*. Afirmaba este autor en su obra que vivían allí judíos de la raza de los Yadu.

Esta misma fuente, a la que remitimos al lector y cuya obra ha sido reeditada por esta misma Editorial (Edaf, 2005), aporta información bibliográfica que viene a acreditar este viaje y los últimos días de Jesús, o Issa, en esta zona del mundo, donde se dice que casó con una mujer y de ella tuvo descendencia.

Finalmente, Faber-Kaiser supo que en Srinagar, capital de Cachemira, se conserva la tumba del santo Issa, de gran devoción local, y que esa tumba sería la de Jesús de Nazaret.

Con todo, esta propuesta no es la única a propósito del lugar donde puede reposar realmente el cuerpo de Jesús. Son varias las hipótesis, más o menos creíbles, pero vamos a ña-

dir solo una más, la que recientemente asegura que tal vez se encuentre enterrado junto al pueblo francés más enigmático de todos los de ese país: Rennes-le-Château.

La historia del cura párroco Francois Bérenguer Saunière, el sacerdote que en 1891 realizó un misterioso descubrimiento mientras se ejecutaban obras de reparación en la iglesia de ese pueblo, se ha puesto de moda nuevamente tras la publicación de la novela de Dan Bron *El Código Da Vinci*. De hecho, el novelista norteamericano bautiza como Saunière el primer personaje que aparece en su obra, y que no es otro que el restaurador del Museo del Louvre.

Sin embargo, no nos vamos a detener ahora en esa enrevesada historia nada más que brevemente. Se ha de saber que los trabajos de restauración mencionados tuvieron lugar, casualmente, en una iglesia dedicada a María Magdalena, y que obraron el prodigio de hacer de este cura rural uno de los hombres más ricos del país. Nadie sabe lo que descubrió, y se ha especulado de las más diversas maneras: ¿Un tesoro? ¿El tesoro del Temple? ¿Manuscritos misteriosos donde se haría mención de una genealogía polémica, pues sería la derivada de Jesús y de María Magdalena?

Todo eso, y mucho más, se ha dicho a propósito de ese hallazgo y de esa manida historia del sacerdote Saunière. Pero algunos investigadores han detenido su mirada en el contexto geográfico en el que tuvo lugar el hallazgo: la región del Languedoc, el centro de la herejía catara del medievo y también uno de los puntos claves de la presencia templaria en la zona, donde los restos del castillo de Blanchefort siguen sin perder ojo a todos lo que alguna vez nos hemos demorado por allí.

Y juntado todas esas piezas, en un análisis cuyo estudio excede el propósito de esta cita, los autores Richard Andrews y Paúl Schellenberger publicaron una audaz teoría en su libro *La tumba de Dios*.

En su opinión, tras la prisión decretada a comienzos del siglo XIV por el rey francés Felipe IV el Hermoso sobre los caballeros templarios, algunos de estos lograron huir y pusieron

a buen recaudo no solo tesoros materiales, sino también espirituales. La familia Blachefort, vinculada al Temple, fue depositaria de uno de esos secretos y después le fue transmitida a otra familia nobiliaria de la zona, los Hautpoul. Y ese secreto, en forma de manuscritos, que eso sí se sabe que encontró el famoso cura, fue lo que exhumó sin querer Saunière.

¿Qué decía el manuscrito?

Los dos autores antes mencionados, tras un análisis pormenorizado de cuanto se ha llegado a saber de los documentos con que se topó el cura durante las obras mencionadas llegan a la conclusión de que allí estaban las claves para localizar una tumba, la misma que había motivado al Temple a tener presencia militar en la zona desde Blanchefort y desde Arques.

¿Qué tumba era aquella? Pues la tumba de Jesús de Nazaret.

En los manuscritos manejados por el sacerdote decimonónico aparecía una enigmática frase alusiva a un lugar llamado *Arcadia*. Estos investigadores diseccionan la palabra hasta llegar a la conclusión, creo que con gran optimismo por su parte, de que tal palabra se puede traducir como *Arca o Tumba Dei* es decir, de Dios. Por tanto, se está hablando allí, a su juicio, del lugar donde está el *Cuerpo de Dios*, que en francés ellos traducen así de inmediato: *le corp de Dieu*.

A continuación realizan una pirueta lingüística en basándose al comportamiento de las palabras francesas si se las arrija a la manera en que se hablaba en aquella comarca, donde se usaba la *lengua de Oc*, de donde procede el nombre de la región: Languedoc. Y dicen que *allí hay una tendencia a dejar caer el artículo y la preposición, por lo que cabría esperar Corps Dieu*.

El segundo paso en su análisis les lleva a la siguiente afirmación: *La gente de Languedoc pronuncia la o como una a suave y redondeada y el diptongo u se convierte en una oo más prolongado o en ou en francés. ¿Y adonde vamos a parar tras todo esto? Pues a una nueva pronunciación de Corps Dieu y que daría como resultado: Carps Dou. Y se da la bendita casualidad de que frente al pueblo de Rennes-le-Château, y a un paso del lugar de observación templario del castillo de Blanchefort, hay un monte*

llamado Cardou. Y es allí donde estos dos autores sitúan la tumba de Jesús.

Ahora bien, ¿cómo llegó su cuerpo hasta esta zona de Francia?

Se plantean dos posibilidades, preferentemente. La primera supondría que Jesús no muere en la cruz y por sus propios medios llega hasta esta comarca del Languedoc, donde es cierto que había una gran comunidad judía. ¿Vino solo? Tal vez sí, o quizá no. No falta la propuesta que le hace llegar en compañía de una preñada María Magdalena, verdadero *cáliz* que contendría la Sangre Real; es decir, el Grial o descendencia de Jesús. El Temple encuentra en Tierra Santa información que le permite localizar la tumba y por eso custodian la zona.

La segunda posibilidad es que Jesús, ciertamente, muriera en la cruz, pero no ascendiera al cielo. Su cuerpo fue embalsamado y robado por sus seguidores y los templarios encontraron en Tierra Santa información que les permitió dar con esos restos y traerlos después hasta este lugar de Francia.

Tres destinos distintos para el último viaje de Jesús: el cielo, Cachemira y el Languedoc. ¿Me pides, amiga lectora o amigo lector, mi opinión? Yo creo que es más importante que tú me des la tuya, porque debo confesarte que estoy perfectamente confundido. Necesito tu ayuda.

EL VIAJE DE LOS OTROS:

Mujer, he ahí a tu hijo

Capítulo 1

HE AHÍ A TU MADRE

EL lector ya ha advertido que hay un Evangelio que se diferencia notablemente de los otros tres. El relato que firma el evangelista conocido como Juan se distancia del resto, los conocidos como sinópticos, tanto en la forma como en el contenido de la biografía del Nazareno.

La Iglesia sostiene que el autor de esa narración tremendamente oscura a veces, esotérica las más, es Juan, hermano de Santiago e hijo de Zebedeo. Juan, como ya dijimos, debía figurar entre los seguidores que tuvo Juan el Bautista y que después se sumaron al grupo que seguía a Jesús.

¿Cómo llega a esa conclusión la Iglesia? En la prestigiosa, a ojos de la propia Iglesia, versión de la Biblia de Eloíno Nácar y Alberto Colunga, y en la introducción a este Evangelio, podemos leer, a propósito de la autoría de Juan, que tal cosa *nos la dice él mismo con su empeño en ocultarse*. Se añade que en esta crónica es donde con más frecuencia aparecen los apóstoles hablando o haciendo alguna cosa y el redactor los cita por sus nombres, pero uno nunca aparece.

Otra de los argumentos que se ofrece para pensar que es Juan el autor de esas cuartillas es que cuando a orillas del río Jordán dos discípulos del Bautista van ante Jesús, uno de ellos, así se dice, es Andrés, el hermano de Simón Pedro, pero del otro no se dice el nombre (Juan 1, 40). Esa circunstancia se repite en otras ocasiones del relato, como ocurre en la llamada Última Cena o en la propia crucifixión, y por eso en la versión

del Nuevo Testamento a la que hemos hecho referencia se concluye: *Por exclusión podemos sacar en consecuencia que este personaje, que ocupa un lugar distinguido entre los doce y que nunca tiene nombre, no puede ser otro que Juan [...] y esta deducción la vemos confirmada por la tradición cristiana desde los comienzos del segundo siglo.*

El redactor del enigmático cuarto Evangelio solo coincide con los otros tres reporteros en el relato de la expulsión de los mercaderes del templo (2, 13 y ss.), en la primera multiplicación de los panes (6, 16 y ss.), en la unción en Betania (12, 1 y ss.) —aunque con matices diferentes—, en la entrada aparentemente triunfal de Jesús en Jerusalén (12, 12 y ss.) y en la pasión y resurrección, pero también con diferencias sustanciales. Ya vimos las diferencias horarias que Juan establece para la crucifixión, sus discrepancias sobre el día de la celebración de la Última Cena o su manera diferente de narrar los sucesos de la resurrección.

Pero hay otros aspectos que deben mover a reflexión. Juan no habla en absoluto del milagroso nacimiento de Jesús ni de la supuesta virginidad de María. Su relato arranca, al margen de los episodios de la vida de Juan el Bautista, cuando Jesús es adulto y está próximo a comenzar su vida pública. De hecho, tras el anuncio de Juan el Bautista de que tras él otro vendría, al que no se consideraba digno siquiera de desatar la correa de la sandalia, y una vez producido el bautismo de Jesús, ya tenemos mencionados a algunos de sus primeros discípulos. Después, la acción arranca directamente en el primer milagro, el de la conversión del agua en vino en las bodas de Cana. Y ya que hablamos de milagros, en la obra de este reservado autor esos hechos extraordinarios quedan reducidos a solo siete. Y entre ellos justamente hay uno que increíblemente los demás no mencionan: la resurrección de Lázaro (Juan 11, 33 y ss.). Esto es muy curioso, puesto que ya hemos esbozado la idea de que las resurrecciones pudieran tener con los procesos de iniciación, y también es significativo que en el Evangelio de Juan jueguen un papel estelar personajes que yo considero tremendamente interesantes en toda esta trama y que los otros evangelistas sitúan en un segundo plano. Me refiero a José de Ari-

HE AHÍ A TU MADRE

matea y a Nicodemo, además de la propia María Magdalena, que ninguno pudo obviar por más que tal vez quisiese.

¿Por qué es Juan quien refiere lo que Jesús le dice a Nicodemo a propósito de la necesidad de nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios? ¿No es una clara alusión a una muerte en vida como proceso iniciático? Recordemos la conversación brevemente, porque tiene interés:

En verdad te digo (dijo Jesús a Nicodemo) que quien no naciere de arriba no entrará en el reino de Dios. Díjole Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puedo entrar de nuevo en el seno de mi madre y volver a nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos (Juan 3, 3-5).

¿Cuál es la razón por la que este autor inicia su obra de una manera oscura, hablando no de concepciones virginales sino del Verbo, de la importancia de la Palabra, de la Luz y de las Sombras en el más genuino estilo gnóstico?

¿Por qué Juan es el único que menciona el lavatorio de pies? ¿Se trataba de parte de un rito que tenía que ver con la enigmática cena previa al prendimiento de Jesús y que no parece que fuera la de Pascua?

¿Realmente es Juan Zebedeo el autor de ese evangelio?

La Iglesia se siente cómoda con esa versión, que además tiene una enorme ventaja, porque de ese modo se explica otro de los grandes problemas que plantea este Evangelio: la identidad del *discípulo amado*.

En efecto, se da la circunstancia de que a lo largo de esa obra, de manera continua, hay referencias a un enigmático seguidor de Jesús al que parece que este amaba por encima del resto. Por citar algunos ejemplos, recordemos la Última Cena:

Uno de ellos (de los discípulos), el amado de Jesús, estaba recostado ante el pecho de Jesús (Juan 13, 23).

O la crucifixión:

Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí... (Juan 19, 26).

O la espectacular aparición de Jesús resucitado junto al mar de Galilea:

Se volvió Pedro y vio que seguía detrás el discípulo a quien amaba Jesús (Juan 21, 20).

Queda dicho ya que para la Iglesia no hay ninguna duda y el redactor del Evangelio es Juan Zebedeo, quien, a la vez, es el *discípulo amado*.

Y es que la identidad de ese misterioso discípulo es la misma que la del redactor de las líneas, puesto este, sin mencionar nunca su nombre real, así lo indica:

Este (el discípulo amado) es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero (Juan 21, 24).

Por tanto, resulta obvio que es el discípulo amado el autor del Evangelio, pero lo que no se puede probar, porque el amanuense no lo dice, es que fuera Juan Zebedeo. Eso solo lo afirma la Iglesia. ¿Está la Iglesia en lo cierto?

¿A quién podía amar Jesús tanto?

Es probable que hace ya unas líneas que el lector estará pensando que lo vamos a arrojar de lleno en la hipótesis tan de moda que pretende presentar a María Magdalena como ese discípulo a quien tanto amaba Jesús. Pero si es eso lo que piensa, se equivoca. La exploración de ese sendero ya se hizo en la primera parte de este libro, y algo más se va auscultar el

caso en breve. Sin embargo, ahora lo que haremos será leer de otra manera ciertamente audaz cuál podía ser la identidad de este escribano al que la Iglesia ha identificado como Juan.

Una posible identidad para ese personaje planteada por algunos autores heterodoxos es Lázaro. ¿En qué podría basarse semejante afirmación? Lo cierto es que quien firma como Juan ese Evangelio subraya el amor que sin duda tenía Jesús por Lázaro, el hermano de Marta y, posiblemente, de María Magdalena.

Ya hemos dicho, además, que este autor es el único que se demora ni más ni menos que cuarenta y cuatro versículos de su undécimo capítulo en narrar la muerte de Lázaro, la desesperación de su hermana Marta ante el hecho de que Jesús no hubiera llegado a tiempo para sanarlo, y finalmente el impresionante episodio de su resurrección.

Queda claro, por tanto, que Lázaro era un hombre al que Jesús tenía especial afecto, lo que a quienes proponen al resucitado de Betania como el *discípulo amado* les da alas para proseguir con sus tesis. Y la verdad es que, les demos crédito o no, ciertamente tenemos que reconocer que al menos hasta este punto no parecen ir errados. Es más, ¿cómo un hombre que debe tanto a Jesús no está presente en la crucifixión de su maestro y sanador?

Así es. Si usted, amiga o amigo lector, repasa los testigos a los que ya hemos mencionado en aquellos sangrientos episodios que citan los cuatro evangelistas, no encontrará el nombre de Lázaro entre ellos. ¿No parece ciertamente extraño? Solamente un hombre podrá dar fe de lo que allí ocurrió, siempre según los cuatro textos de marras. Y ese hombre es el único testigo masculino que refiere quien firma como Juan, y que no es otro que el ya manido *discípulo a quien amaba*. Y es así como concluyen en su reflexión los que de este modo piensan: si Lázaro era posiblemente uno de los mejores amigos de Jesús y tanto lo amó que lo resucitó (o le mostró el camino de la iniciación), y si ante la cruz están las mujeres, entre las que no cabe duda que estaba María Magdalena, que debía ser hermana de Lázaro, no parece descabellado ver en el varón que

asiste al suplicio al mismo Lázaro. Y la consecuencia directa para quienes creen en esta opción es que es Lázaro el redactor del cuarto Evangelio. Así lo creían Leigh, Licoln y Baigent en *El enigma sagrado*, y trataban de reforzar su teoría con opiniones de eruditos bíblicos como William Brownlee, para quien no cabe duda: *Partiendo de las pruebas internas que hay en el cuarto Evangelio..., la conclusión es que el discípulo amado es Lábaro de Betania.*

¿Les parece audaz la propuesta? Pues aguarden a leer otra posible versión sobre la identidad del escurridizo *discípulo amado*.

El otro *lignum crucis*

Hay un refrán español que para expresar el parecido de una persona con sus familiares más directos dice así: *De tal palo, tal astilla*. Y viene a cuento su recuerdo para expresar metafóricamente lo que ahora mismo se va a desencadenar, pues del mismo modo que se ha afirmado que aquella cruz de Jesús fue troceada en mil vastagos que reposan en mil iglesias como el verdadero *lignum crucis*, tal vez ante el crucificado hubiera alguien que sí que era una *astilla* de aquella magnífico *palo* que debió de ser Jesús: su propio hijo. Y nos explicamos.

Para entenderlo, regresemos al inicio de este capítulo:

... Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre [Juan 19, 26-27].

¿Qué sucedería si leemos esas frases tal y como propuso el novelista Antonio Enrique en su obra *El discípulo amado*? ¿Qué tormenta se desataría si, como este escritor propone, Jesús no se refiere a su madre, sino a la madre de un hijo en concreto: del suyo propio?

Este escritor se apoyó en la redacción de su novela en una tradición que otros investigadores defendieron y que ha gozado de crédito incluso en ambientes de eruditos teólogos, caso del libro *El desvelamiento de la Revelación*, del teólogo seglar de la

Universidad Pontificia de Salamanca Rafael Hereza. Según esta propuesta, las cosas serán de este modo: Jesús, como recomienda el Talmud y la Tora, no era célibe, sino que cumplió la Ley expresada en el Génesis y tuvo descendencia de su compañera sentimental y sexual que fue María Magdalena. Y es a ella a quien se refiere con esa ambigua alusión a la *madre* desde lo alto de la cruz, y es a su propio *hijo* a quien pide que cuide de su madre, como parece más lógico creer que haga tal encomienda, y no a Juan Zebedeo, que ni siquiera era pariente. Para eso, ya lo dice el Evangelio, Jesús tenía hermanos y, por tanto, María tenía otros hijos. Para Antonio Enrique, la castidad atribuida a Jesús es únicamente *resultado de una profunda misoginia procedente de ciertas tradiciones judaicas que heredó el cristianismo como doctrina*.

Esa espectacular proposición, por supuesto, choca frontalmente contra la tradición católica, puesto que embiste contra la imagen de Jesús, contra la que se ha propagado de María Magdalena y contra la versión de Juan Zebedeo como *discípulo amado*. Para Antonio Enrique, según palabras que manifestó durante una entrevista en *El magazine literario* de julio-agosto de 2000 (número 16), a propósito de la versión del Zebedeo como redactor del cuarto Evangelio, *no existe en la actualidad teólogo solvente que mantenga esta autoría*.

Un velo parece caer ante nuestras narices si damos crédito a esta osada proposición. El discípulo sin identidad al que tanto ama Jesús parece estar siempre próximo a El. En los momentos decisivos de su vida, y también en el de su muerte, nos lo encontramos. Jesús cuchichea con él en la Última Cena, le transmite secretos, lo inicia tal vez en todo lo que a la trastienda de Dios se refiere. Pero hay algo que, de tener razón esta propuesta, desconcierta, y es que parece como que es en ese terrible momento de la crucifixión cuando el propio *discípulo amado* recibe la impactante noticia de que es el hijo de Jesús: *Ahí tienes a tu madre*.

Antonio Enrique, y quienes tales argumentos esgrimen, creen haber identificado al *discípulo amado* y supuesto hijo de

Jesús en la figura de Juan Marcos. ¿*Quién* es Juan Marcos? En Hechos de los Apóstoles (12, 12) leemos: (Pedro) *reflexionando, se fue a la casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos orando.* Y este joven sería el mismo que asiste a la prisión de Jesús en Getsemaní y termina por huir desnudo, según refiere el evangelista Marcos:

Un cierto joven lo seguía (después de que a Jesús lo hubieran apresado) envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y trataron de apoderarse de él; más él, dejando la sábana, huyó desnudo (Marcos 14, 51-52).

De este modo, sería cierto que el autor del último y oscuro Evangelio es Juan, pero no Zebedeo, sino este Juan Marcos que sería hijo de Jesús y de María Magdalena, y tal vez no el único, como enseguida veremos.

Para cerrar el capítulo, olvidémonos, aunque sea brevemente, y si es capaz el lector de hacerlo tras los últimos datos que hemos compartido con él, de quién fue el *discípulo amado* y observe algo ciertamente inquietante: la frecuencia con la que ese enigmático personaje aparece junto, pero siempre en oposición, a Pedro. Vamos a ver solo tres ejemplos y luego trataremos de extraer alguna enseñanza de esa nada casual circunstancia.

Nos vamos a centrar para la comparación, por supuesto, en el cuarto texto, pero no queremos dejar pasar la ocasión, ya que hemos citado al joven que seguía a Jesús cuando este ya estaba preso envuelto en una sábana, sin recordar el versículo inmediatamente anterior a ese episodio:

Y abandonándole, todos huyeron (Marcos 14, 50).

Eso es lo que hicieron todos los discípulos, incluido por supuesto Pedro, tras la detención de su Maestro. Así obraron todos, menos un joven que tuvo arrestos para ir en pos de la turba armada. ¿Seguía él a su rabí o a su padre?

Y ahora centrémonos en unos ejemplos del Evangelio de Juan. Comencemos por el comportamiento de Pedro al poco de la detención de Jesús. Se nos dice que, superada a lo que se ve la primera crisis de pánico, Pedro saca fuerzas de flaqueza y llega hasta el atrio del pontífice a hurtadillas para ver qué se hace con su líder. ¿Quién va con él? Ni más ni menos que el misterioso discípulo sin nombre:

Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo (Juan 18, 15).

¿Qué es lo que sucede a continuación y que define la antítesis entre uno y otro? Pues que el discípulo sin identidad consigue entrar en el atrio, pero Pedro se queda fuera, en la puerta, y allí negará por vez primera conocer a Jesús:

Este discípulo era conocido del pontífice, y entró al tiempo que Jesús en el atrio del pontífice, mientras que Pedro se quedó fuera, a la puerta.

Preste el lector toda la atención posible a este hecho: Pedro se queda fuera, a la puerta. Y es algo ciertamente-profético y que tal vez va más allá de lo que la propia circunstancia física define. Personalmente creo que Pedro siempre se quedaba fuera del contenido iniciático de las enseñanzas de su Maestro, mientras que ese peculiar discípulo recostaba su pecho sobre el de Jesús en los instantes trascendentes de la Última Cena.

Veamos otro ejemplo de la antítesis que siempre marca el Evangelio de Juan entre nuestro enigmático amigo y Pedro. Por ejemplo, por no mencionar la clara diferencia de estar o no estar a los pies de la cruz, los hechos de la resurrección de Cristo. Esto es lo que cuenta Juan después de que María Magdalena les avisa de lo sucedido en el sepulcro:

Salió, pues, Pedro y el otro discípulo y fueron al monumento. Ambos corrían; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al monumento (Juan 20, 3).

Una vez más el seguidor sin nombre gana a Pedro. Sí, se podrá argumentar que el Evangelio dice que este adepto se queda fuera del sepulcro y que Pedro es quien se aventura dentro. Luego hace lo propio el personaje desconocido, pero una vez más es él quien se adelanta a Pedro, pues nada más entrar y ver las fajas y el sudario *vio y creyó* (Juan 20, 8). A Pedro, eso le va a llevar más rato, como veremos en el tercer ejemplo elegido.

Nos situamos en el último episodio descrito por Juan. Jesús se ha aparecido a un puñado de discípulos que pescaban en el mar de Galilea. Se cita el nombre de unos cuantos, pero el de dos queda en penumbra. Los mencionados son Simón Pedro, Tomás el llamado Dídimo, Natanael y los dos Zebedeos. De los otros solo se dice que había allí también *otros dos discípulos* (Juan 21, 2).

Bien, ¿qué sucede después? Ya lo hemos citado al hablar de las apariciones de Jesús: ellos no le reconocen; Jesús les dice dónde deben echar las redes; Pedro, como años después dirá de sí mismo Pablo, se cae del caballo, aunque más bien se tira de la barca con su exhibicionismo tradicional para demostrar que quiere más que nadie a quien con más rapidez que nadie había negado, etcétera. Y luego sobreviene el episodio que aquí importa. Ocurre que Jesús, después de humillar el ego de Pedro obligándolo por tres veces a decir en voz alta que lo amaba, camina junto al hosco pescador conversando y entonces Pedro se da cuenta de que tras ellos está el *discípulo amado*, a quien claramente tiene envidia, como poco:

Viéndolo, pues, Pedro dijo a Jesús: Señor, ¿y este qué?
(Juan 21, 21).

Y Jesús, que conoce el paño del que está hecho Pedro, lo pone en evidencia una vez más:

Jesús le dijo: Si yo quisiera que este permaneciera hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme (Juan 21, 22).

Pedro, celoso y miedoso cuando era ocasión de ser generoso y valiente, naufraga otra vez. Jesús sentó a ese discípulo a su diestra en la Última Cena. El siguiente por ese lado, si damos crédito a la iconografía, fue Pedro, por lo que otra vez estuvo en un segundo plano. Y ahora, en lugar de atender a las últimas recomendaciones de su Maestro, solo se le ocurre tener envidia de lo que Jesús tenga con ese otro hombre. Y para colmo, ante la respuesta que Jesús dio, aquel grupo tozudo, descreído e irritante no llega más que a esta peregrina conclusión que el propio evangelista refiere:

Se divulgó entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría; mas no dijo Jesús que no moriría, sino: Si yo quisiera que este permaneciera hasta que yo venga, ¿a ti qué? (Juan 21, 23).

¿Qué pretendemos hacer ver con estas comparaciones entre Juan y Pedro? ¿Adonde queremos llegar?

Nuestra propuesta es la siguiente: el Evangelio de Juan, el *discípulo amado*, refleja una visión diferente de muchos de los hechos y dichos de Jesús, comenzando por el inicio de su vida. En su versión es notable la participación de un grupo de personajes como Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea, María Magdalena, varias mujeres y el propio redactor del texto, con quien Jesús mantiene confidencias que irritan a Pedro. Y este texto, me parece a mí, roza con la yema de los dedos o incluso las acaricia abiertamente, las ideas que el gnosticismo cristiano popularizará después.

Al mismo tiempo, las tensiones entre Pedro y este personaje sin nombre son un claro indicio de las divergencias que en el seno del primitivo cristianismo se desencadenaron. La victoria, ya se ve a poco que se mire alrededor nuestro hoy en día, recayó del lado de Pedro y de Pablo de Tarso.

La propuesta que ha llegado a nosotros envuelta en la bandera amarilla y blanca del Vaticano es un cristianismo machista, rígidamente jerarquizado y repleto de prodigios como la virginidad de María, la estrella de Belén, los Reyes Magos y

mil historias más dispuestas para que el fiel mire más hacia fuera que hacia dentro.

¿Qué fue de la otra propuesta? ¿Adonde fue a parar el cristianismo derrotado? Habría que preguntar quizá a grupos heterodoxos como los gnósticos o como los templarios en qué Jesús creían. Me parece a mí que sus ideas eran más mistericas, iniciáticas, donde la sacerdotisa era tan importante o quizá más que el sacerdote, y donde la prospección había que hacerla en el interior, que es donde se debate la Luz contra la Oscuridad.

A poco que reflexione el lector sobre ello, advertirá que el Jesús de Juan no se parece al Jesús del resto. Y ahora solo nos queda responder a dos preguntas: ¿Era la devoción de aquel discípulo la de un hijo hacia su padre? Y la segunda cuestión:

¿Con qué apoyo contamos para plantear siquiera esa pregunta?

A la primera cuestión, sinceramente, no sé qué responder, de modo que le dejo al lector trabajo que hacer y que sea él quien busque en la enciclopedia de su alma la página, el renglón y la cita que mejor le cuadre a la seguridad de su espíritu. En cuanto a la segunda...; en cuanto a la segunda, acompáñeme el lector al siguiente capítulo, que vamos a seguirle los pasos al caballero Badilón.

Capítulo 2

LAS HUELLAS DEL CABALLERO BADILÓN

... A continuación, en el Camino de Santiago, por San Leonardo, los peregrinos han de venerar en primer lugar, como se merece, el glorioso cuerpo de Santa María Magdalena. Es esta aquella gloriosa María que en casa de Simón el leproso regó con sus lágrimas los pies del Salvador, los enjugó con sus cabellos y los ungió con un precioso unguento, besándolos reverentemente. Por ello se le perdonaron sus muchos pecados, porque amó mucho a quien ama a todos los hombres, Jesucristo, su redentor. María Magdalena llegó por mar, desde Jerusalén a tierras de Provenza, desembarcando en el puerto de Marsella después de la Ascensión del Señor, en compañía de San Maximino, discípulo de Cristo, y de otros discípulos del Señor. En esa tierra llevó vida solitaria durante varios años, hasta que el mismo Maximino, obispo de Aix, la dio sepultura en esa ciudad. Mucho tiempo después, un caballero de santa vida monacal, llamado Badilón, trasladó sus preciosos restos desde esta ciudad hasta Vézelay, donde hasta el día de hoy reposan con todos los honores. En este lugar se levanta también una enorme y bellísima basílica con una abadía monacal; por intercesión de la santa, el Señor perdona sus culpas a los pecadores, devuelve la vista a los ciegos, suelta la lengua a los mudos, endereza a los cojos, libera a los endemoniados y concede a otros muchos, inefables favores. Sus sagradas fiestas se celebran el 22 de julio.

LO que acaba de leer, amiga lectora o amigo lector (y espero que lo haya hecho porque le hará falta guardarlo en el morral para el resto del viaje) es un extracto del capítulo VIII

del Libro V (*Liber peregrinationis*) del famosísimo *Codex Calixtinus*, es decir, la guía básica de todo peregrino medieval para transitar por la ruta jacobea hasta llegar a Santiago, darle el abrazo al santo y, si se estaba realmente en lo que se celebraba, seguir hasta el Fin de la Tierra para *resucitar*.

¿Por qué lo citamos aquí? Pues es sencillo, porque ese capítulo en concreto se dedica a los *Cuerpos de santos que descansan en el Camino de Santiago y que han de visitar los peregrinos*. Y como el lector ya sabe, el Camino de Santiago atravesaba Francia hasta ingresar, vía Pirineos navarros o aragoneses, en España. Por eso es por lo que había en Francia mucha tumba de santo a la que venerar, y entre esas tumbas estaba la que al caballero Badilón, que terminó, sin comerlo ni beberlo, hecho un santo de los buenos, tanto atrajo: la tumba de María Magdalena.

Pero ¿qué diablos hacía María Magdalena enterrada en Francia?

Para responder esa pregunta, le vamos a seguir la pista a los pasos del caballero Badilón.

El desembarco de Provenza

Siglos antes del desembarco de Normandía, Francia, a lo que se ve, conoció otro desembarco memorable: el de María Magdalena en tierras de Provenza. Las tradiciones locales así lo afirman, y el *Codex Calixtinus* certifica el acontecimiento, pero calla algo que las lenguas del pueblo divulgaron y que se ha convertido en motivo de grandes incomodidades para la ortodoxia católica. En la primera parte de esta obra exploramos ya algunos detalles, pero ahora vamos a tratar de inspeccionar el caso más de cerca.

Las versiones que sobre ese desembarco circulan se ponen de acuerdo en que María Magdalena llegó en un incierto momento posterior a la muerte y resurrección de Jesús a esta costa francesa próxima a Marsella en compañía de Maximino, al

que aquellos trabajos y muchas oraciones y mejores actos lo convirtieron en santo. Pero al margen de Maximino, otros compañeros tuvo en el viaje Magdalena. Casi todas las fuentes mencionan a María la de Jacobo, a Salomé, a una enigmática criada negra llamada Sara y que dará mucho juego, y a José de Arimatea. Hay otros que añaden en la expedición a Lázaro, de quien tanto hemos hablado.

Con estas pistas el lector heterodoxo ya habrá reparado en algo inquietante, y es que tenemos ante nuestras narices a todos los protagonistas del mito griálico: María Magdalena, José de Arimatea y Lázaro. Pero ¿dónde está el Grial?

No es preciso que nos demoremos más de lo debido en la propuesta ya expresada en líneas anteriores de este libro de ver al Grial en la Sangre Real; es decir, en la descendencia de Jesús y María Magdalena. Y es ahí donde flaquea en su información el *Codex Calixtinus*, si damos crédito a esta historia, puesto que la leyenda popular sostiene que María Magdalena desembarca embarazada de Jesús de Nazaret. Por tanto, en el hipotético caso de que la versión del *discípulo amado* que ya hemos comentado fuera cierta, no sería aquel el único vastago del Nazareno. Como ven, la tensión aumenta y el vértigo de la especulación también, pero eso nos entusiasma. De modo que seguimos, a ver qué más hay.

Ya están aquí. En Francia, quiero decir. ¿Dónde echan amarras? Todos los indicios apuntan a Saintes-Maries-de-la-Mer, en la región de la Camargue. Al parecer, en esta zona de la Provenza había una notable comunidad judía en aquel tiempo, y luego, por esas extrañas coincidencias que tiene la vida, habrá una próspera comunidad zíngara, como enseguida explicaremos.

Una vez allí, ¿qué hace María Magdalena? Resulta evidente que si llegó embarazada, allí se produciría el parto. Y aquel retoño, según ya sabe el lector después de las ideas, en mi opinión extravagantes, de la conjura del Priorato de Sión y todo lo demás, emparenta con la sangre merovingia siglos después. Pero esa línea de investigación me agota y seguramente tam-

bien al lector, de modo que vamos a leer el caso de otro modo.

La Iglesia, por lo que se ve, no tuvo más remedio que aceptar la leyenda, porque tal vez no sea leyenda sino historia, y se apresuró a salvar todos los muebles posibles y le inventó a María Magdalena una biografía admisible para los católicos. Por ello se dice que pasó los últimos años de su vida como ermitaña en una cueva en Sainte-Baume, no lejos del lugar del desembarco. Allí permanece, como no podía ser de otro modo, cuarenta años predicando completamente desnuda, como tampoco podía ser de otro modo tratándose de Magdalena, que siempre ha visto su figura rodeada de un velo de voluptuosidad interesada. Ahora bien, como la Iglesia no podía permitir que la predicadora ejerciera en pelota picada su nuevo oficio, se nos dice que su melena creció hasta ocultar sus partes pudendas a los feligreses, que presumo que serían muchos si es que era así como predicaba la bella judía.

¿Por qué esa biografía? Tal vez tengan razón quienes creen que la Iglesia, derrotada por la devoción popular que siempre ha suscitado esta mujer, decidió convertirla en una predicadora arrepentida de sus pecados. Y es que la Iglesia la tiene tomada con ella y no le quita de encima el sambenito de prostituta jamás.

Y María Magdalena, desnuda o no, predicadora arrepentida o no, al final muere y la entierra Maximino, que por lo que parece seguía vivo cuarenta años más tarde, en la ciudad que luego llevará su nombre: Saint-Maximin, en Provenza. Y la devoción por ella en la comarca se multiplica casi a la par en que lo hace un sospechoso culto a las vírgenes negras, que pueblan preocupantemente la zona.

Es posible que tengan razón Picknett y Prince sobre el hecho de que nunca estuvo Magdalena en la cueva mencionada predicando. Según ellos, eso *lo admite incluso el actual sacristán de la capilla católica*. Pero lo que sí está claro es que por aquella comarca anduvo, porque tanta devoción popular y tanta le-

yenda al final siempre termina por ser historia. Solo que a María Magdalena la visten de ermitaña usando el traje que para la ocasión ya tenía la Iglesia y que era el de una santa ermitaña que vivió en el siglo V y que se llamaba María Egipcíaca, lo que resulta gracioso, y seguro que la Iglesia no le previo, puesto que emparenta otra vez el cristianismo con Egipto.

Más cosas notables suceden en toda esta zona. Por un lado, la enigmática criada negra llamada Sara se convertirá con el tiempo en patrona de los zíngaros o gitanos de la región; por otro, ya lo dijimos, se multiplica el culto a las vírgenes negras, siempre representadas, como Isis con Horus, con su hijo en el regazo.

A lo mejor resulta, como dijimos en páginas anteriores, que esas vírgenes negras representan la sabiduría de la que Salomón escribió en El Cantar de los Cantares y que encarnaba la bella Sulamita, que era negra. A lo mejor sucede que es la imagen misma de la sabiduría gnóstica, la Sophía, que también la tradición pintaba de negro. A lo mejor resulta que esa Sabiduría gnóstica nos acerca de nuevo al cristianismo *derrotado* por el Jesús que Pablo acuña, y es por eso que crece alrededor de María Magdalena, de José de Arimatea y de los *otros cristianos* en Francia. A lo mejor es por ello que siglos más tarde el Temple mostrará devoción preferente por Nuestra Señora, y en muchos casos esa Señora será negra. Y tal vez no sea casual que no lejos de esta zona brote tiempo después el sarpullido cátaro en medio del trasero de la Iglesia. A lo mejor ya caemos en la cuenta de qué demonios hace por estos parajes el tal Badilón.

¿Quién es Badilón? Lo dice el *Codex Calixtinus*: un esforzado caballero que de tanta devoción como desplegó buscando a María Magdalena terminó por ser santo a ojos de la Iglesia. Fue él quien se hizo con los restos de Magdalena en Sainte-Maximin, según esa fuente, y los llevó a Vézelay. Y antes de que hablemos más de esas reliquias, permítanme que sueñe otra vez en voz alta, porque esta historia de un caballero en busca

de reliquias es, para mí, un *deja vu*; es decir, algo ya visto. Y me explico.

En 1005 un noble francés llamado Jocelyn de Chateaufort marcha junto a otros nobles, como lo era Badilón, a Tierra Santa en busca de otras reliquias, en concreto las de San Antón, el fundador del monacato cristiano siglos antes en medio del reseco desierto egipcio. El cuerpo del santo había viajado desde Alejandría hasta Constantinopla un desconocido día y nuestros personajes llegan hasta Constantinopla para hacerse con la osamenta. En el caso colabora el emperador Diógenes, que es quien se las cede graciosamente.

Vuelve la comitiva cargada de huesos y estos son depositados en la abadía de Motte Saint-Didier, y al poco, no hizo falta mucho esfuerzo, se activa el prodigio. Las gentes dicen que allí hay milagros y que el santo cura el llamado *juego de San Antón*. El caso es que de tales negocios nace una orden de caballerías en 1089 que fue la de los Caballeros Hospitalarios de San Antón, cuyo símbolo, la cruz antoniana, tendrá un aroma próximo al Temple, y serán en sus actividades tan uraños como lo fueron los templarios.

¿Sabe el lector qué es lo que me atrae de Badilón? Pues justamente su tino para elegir unas reliquias, como hicieron los caballeros franceses antes mencionados, que expelían heterodoxia a todo trapo. Su aroma a herejía, por más que la Iglesia vertiese incienso sobre su tumba, se podía oler a mucha distancia, incluso desde Egipto.

Y entonces llega Badilón y se lleva las reliquias hasta Vézelay y allí las dan reposo en la abadía románica que lleva el nombre de Magdalena. Pero ¿realmente duermen allí? Veamos otro extraño suceso, el del redescubrimiento de los huesos de la rubia (ha leído bien el lector) María Magdalena.

Sucedió que el rey Luis XIII, al que llamaron San Luis, tal vez por devociones como esta suya de localizar reliquias de santos, marchó cierto día de 1265 a Vézelay, donde hemos visto que el *Codex Calixtinus* asegura que el misterioso caballero Badilón había llevado los restos de Magdalena. Y una vez

allí, el rey exigió a los monjes que le mostraran el esqueleto de esta mujer tan polémica. Los monjes, que debieron pasar un rato ciertamente amargo, no pudieron ofrecer al monarca otra cosa que un cofre con unos huesos que podían ser los de cualquier persona. Picknett y Prince especulan con la posibilidad de que asistiera al acto de exhumación de los dudosos restos el sobrino del rey, Carlos de Anjou, quien llegará a ser conde de Provenza. Y a lo mejor por ello acometió el 9 de diciembre de 1279 la empresa de descubrir los huesos que él creía que debían ser los verdaderos de María Magdalena no en Vézelay, sino en la iglesia de Saint-Maximin.

Fruto de aquellos trabajos resultó la aparición de un sepulcro de alabastro del siglo v con los restos de una mujer cuyos cabellos, según dice la leyenda, debieron haber sido rubios, y es que lo mejor del hallazgo fue el cráneo, que aún hoy es objeto de veneración en la comarca. Pero antes de detenernos en el cráneo como el asunto merece, digamos que aquel hallazgo elevó el nivel de cristianismo de Carlos de Anjou hasta los límites precisos como para ordenar la construcción de una gran basílica en 1295 en la que honrar esos restos y hacer del lugar punto de peregrinación en perjuicio de Vézalay. Sin embargo, no tuvo demasiado éxito.

No obstante, todos los días 22 de julio los habitantes de Saint-Maximin realizan una procesión en la que se exhibe el cráneo de María Magdalena y la ceremonia arranca silenciosos suspiros de devoción.

Y ahora que reaparece el cráneo en la narración, permítame el lector recordar que toda esta línea de pensamiento heterodoxo, de cristianismo proscrito o como desee denominarlo, tiene algo en común: cabezas cortadas.

Desde la cabeza de Osiris venerada en el viejo templo de Abidos hasta la cabeza de Santiago de Compostela, pasando por la de Juan el Baustista y por la del monje gnóstico Prisciliano, que aunó cristianismo y paganismo en la Península Ibérica, todo nos trae de cabeza. Es más, a Jesús lo crucifican sobre un monte al que llamaban Góigota o calavera; los templarios

serán acusados de adorar una siniestra cabeza a la que llamaban Bafomet, y ahora resulta que el cráneo de María Magdalena mueve al recogimiento y a la virtud. Demasiadas coincidencias como para no pensar que Dios oculta el Conocimiento dentro de esas calaveras.

Capítulo 3

UN EVANGELIO MALDITO

APUNTO de ponerse el sol sobre este libro, la tradición vino en mi ayuda para permitirme encontrar el modo de cerrarlo. La tradición tiene esas cosas, que llega sin avisar y, a pesar de todo, lo hace siempre a tiempo y emplea los mensajeros adecuados.

¿Qué decía la Tradición revestida de leyenda? Mejor será que lo lea usted, amiga o amigo lector, a que yo se lo cuente. Después haga como yo, piense lo que quiera y sienta lo que más le llene, pero antes déjeme que le advierta de que la versión que ahora viene forma parte de una antigua tradición oral, de modo que aquí no me exiga ni citas ni pruebas bibliográficas.

Existe una versión de la vida de Jesús que propone que este había nacido de María y de un soldado romano que custodiaba el exterior del Templo. ¿Cómo ocurrió tal cosa? Fue por engaño que alcanzó su objetivo el romano y se hizo con el cuerpo de una joven que más era niña que mujer. La afrenta se acentuaba al máximo dado que María era hija de un alto sacerdote del Templo y descendía del linaje del rey David.

El sacerdote trata de evitar el escándalo que se avecina solicitando a un hombre viudo, llamado José, que acepte como esposa a María, pero silencia el incómodo detalle d^{el} embarazo de su niña. Y José, hombre a quien se tiene por varón recto y bien considerado en la comunidad tanto por su oficio como por su posición económica, dado que e^s constructor y emplea

a varios hombres, acepta. Necesita junto a él a una mujer joven, porque tiene a su cuidado no solo a sus hijos, sino también a los de un hermano suyo fallecido y a la viuda de este, tal y como prescribe la Ley judía.

La misma tradición sostiene que Mana tenía una hermanastra que quedó embarazada a la par que ella, y será esta mujer quien descubra el embarazo de Mana, lo que provoca la ira lógica en José, que se siente engañado. Sin embargo, el viudo termina por aceptar a la muchacha como esposa y con ella viajará, cuando la orden romana se proclama, a empadronarse. Y como todo el mundo sabe, se verán obligados a pernoctar en un abrigo rocoso a las afueras de Belén. ¿Cuándo ocurrió? Según esta versión que aquí reproducimos, sucedió en el mes de mayo.

En este mundo hasta los abrigos rocosos tienen dueño, y aquel era el que empleaban los pastores de la zona para resguardar al ganado de las noches frías. Y precisamente en aquella incómoda circunstancia se habría de producir el parto de María, que me ayudada por la viuda del hermano de José y por las hijas mayores de aquella.

Unos días antes, la propia hermana de María había dado a luz un niño muy especial al que pusieron por nombre Tomás y que con los años tendrá un enorme parecido con el bebé que María trajo al mundo y que todos conocemos con el nombre de Jesús. Aquel Tomás será apodado por eso Dídimo, o gemelo.

Todo ocurrió en el tiempo de las profecías, cuando las voces del desierto, de acento esenio, proclamaban a los feroces vientos de Judea el inminente nacimiento del Mesías. Se dice que las señales eran claras, y el rey Herodes, ciego por el miedo que tenía a ese nuevo rey, ordena encontrar a los niños recién nacidos que procedieran de la familia de David y darles muerte.

Esta circunstancia alerta a José y decide marchar con su esposa María y con el recién nacido Jesús, además de con otro hijo llamado Santiago, a Egipto huyendo de la cólera del monarca. Y allí, en el país del Nilo, los sacerdotes reconocen facultades extraordinarias en aquel pequeño y anuncian a sus padres la dignidad espiritual de su retoño.

Según esta versión de los hechos, durante tres años Jesús permanece en Egipto junto a sus padres. Al cabo de ese tiempo, todos regresan a Palestina.

Tal y como los Evangelios dicen, el niño creció en sabiduría durante los años siguientes ya la edad de doce años regresó a Egipto en compañía de su hermanastro Santiago para ingresar en el templo de Luxor. Cuando lo hace, Santiago regresa con su familia. Jesús en cambio permaneció en el venerado templo egipcio durante catorce años y allí fue instruido en los misterios y en la medicina sacerdotal.

Durante esos años de formación, José muere y también la viuda de su hermano. En ese periodo, la hermana de su madre ha tenido dos hijos más, uno de ellos es Juan, a quien Jesús tuvo especial cariño.

Tras su iniciación, Jesús regresa a Palestina y va en busca de ese primo suyo al que la gente llama El Bautista. Juan lo reconoce y en el rito del bautismo le concede la dignidad del Maestro y se pone por debajo de él.

Los siguientes años de esta biografía del Maestro Jesús transcurren en compañía de su familia y es entonces cuando contrae matrimonio con María Magdalena y tienen descendencia. También es el momento en el que con frecuencia se retira al desierto a meditar. Uno de esos retiros se prolongará por espacio de varios meses, y tras ese tiempo regresa culminando un proceso de *trabajo* interior que le permite encarnar la divinidad y alcanzar el estado de Cristo. Estamos en vísperas de su vida pública.

Esta versión de la tradición afirma que alrededor de Jesús hubo siempre dos círculos de personajes. El más próximo era, por lógica, el familiar, y estaba integrado por su esposa, su madre y su tía, además de por los hermanastros y primos. Sus hijos, incluso el mayor, aún eran muy jóvenes.

El segundo círculo lo formarían los llamados discípulos, entre los que no faltaban judíos adinerados y notables. La relación con pescadores como Pedro o Andrés procedía de los tratos comerciales quejósos había tenido con ellos, puesto que el taller familiar de Jesús también construía barcas. Ellos se inte-

gran en un grupo más selecto de doce personas a las que Jesús elige para realizar un *trabajo* especial. El problema está en que muchos de ellos ponían por delante sus ideales políticos nacionalistas sobre cualquier otro objetivo.

Muchos estaban firmemente convencidos de que Jesús iba a ser el rey-mesías anunciado, y la verdad es que su facilidad para la oratoria, su magnetismo personal y su innegable capacidad de liderazgo parecían fortalecer aquella idea. Además, añadía a su bagaje una enorme cultura que a los demás dejaba pasmados y tenía el don de curar que los grandes terapeutas iniciados del desierto dominaban. Solo era cuestión de tiempo el que Roma fuera derrotada.

Sin embargo, grande debió ser la decepción entre ellos al ver que Jesús no cumple sus expectativas, parece no tener un gran interés político y además anuncia su prematura muerte. Para colmo, aquel hombre se enfrenta peligrosamente con la cúpula sacerdotal judía y con la ley religiosa. No hay que esperar demasiado para que lo tomen por hereje.

De entre esos que lo siguen solamente unos pocos comienzan a atisbar el objetivo de Jesús y a comprender el *trabajo* espiritual que está haciendo con ellos. Realizan prácticas, entre las que se incluyen comidas comunitarias que en ocasiones el propio Jesús cocina; realizan ejercicios que muchos de ellos no entienden e incluso ejecutan danzas cargadas de simbolismo.

Pero la enseñanza de Jesús no se detiene en aquel círculo de discípulos, sino que se extiende a otros muchos que lo acompañan, teniendo importancia especial para él las mujeres. Y esto provoca los celos y la envidia de Pedro, que es el jefe de un grupo que suma alrededor de sesenta personas. Tampoco se sienten cómodos con eso Tomás, el segundo de a bordo, y Santiago, quien, sin embargo, es la persona que jamás se separa de Jesús. De igual modo, Jesús tiene especial cariño a su joven primo Juan, según esta tradición oral, y a Lázaro, sobrino de José, a tenor de los datos de esta misma versión.

La irreverencia que Jesús comete una y otra vez a ojos de los sacerdotes termina por sacar a estos de sus casillas y deci-

den terminar con su vida, pero ese proyecto supera las posibilidades que ellos mismos tienen de actuar en un país ocupado, de modo que maquinan presentar a Jesús ante los romanos como un agitador nacionalista que amenaza con la estabilidad política en la zona y que cuenta entre sus proyectos el de atentar contra la vida de autoridades políticas romanas y judías. Solo así, estiman, Roma se involucrará en una iniciativa que de otro modo ni le iba ni le venía, puesto que la Ley judía era cosa de judíos, nada más, como lo sena el supuesto atentado que contra ella hiciera Jesús.

Paralelamente, Jesús provoca decepción entre algunos discípulos al no ser el líder político esperado, y a ello se suman las agrias disputas que sostiene con los sacerdotes. Quienes lo seguían no podían comprender que se enfrentara de ese modo a las leyes básicas de su pueblo y a quienes las representaban. Esto favorecerá decisivamente los proyectos del Sanedrín, y es ese momento en el que la figura de Judas Iscariote se agiganta.

Judas, uno de los que formaban el místico número de doce seleccionados por Jesús, ha mudado con el tiempo sus ideas. No comprende lo que el Nazareno pretende hacer con su *trabajo* espiritual y en él anida la envidia y el odio. En su opinión, ha errado siguiendo a este falso Mesías que bebe, tiene relaciones con mujeres prohibidas por la moral judía, incumple preceptos básicos de la Ley y es, por todo ello, excesivamente humano para ser el Mesías esperado.

Los sacerdotes saben ganarse la confianza de Judas, quien a su vez ve en esta oportunidad un modo de redimirse ante la verdadera religión después de su tremendo error al seguir a Jesús. Se le pide que corrobore ante Roma el plan trazado por el Sanedrín de presentar a Jesús como un agitador peligroso para el Imperio que planea llevar a cabo una acción revolucionaria durante la fiesta de la Pascua. Judas cumple su palabra, y además añade nuevas informaciones tildando a Jesús de *mago egipcio*, con lo que trata de minimizar los milagros y curaciones del rabí de Galilea.

Jesús cuenta, sin embargo, con afines a sus ideas entre los propios miembros del Sanedrín, y una de esas fuentes de información hace llegar la noticia de la traición de Judas a Pedro, Tomás y Sanüago. Y Pedro, con su clásica precipitación, propone asesinar a Judas. Tomás, por su parte, proyecta aprovechar su extraordinario parecido con Jesús para sustituirlo en el momento que vayan a prenderlo. Pero Jesús se entera de estas ideas y prohíbe todas ellas, tanto asesinar a Judas como que Tomás ocupe su puesto en los duros momentos que se avecinan.

La tradición oral de donde llegan estos datos asegura que la denominada Última Cena se celebró, como dice el evangelista que firma como Juan, antes de la Pascua judía. Pero esta misma fuente difiere de los Evangelios al asegurar que allí había más de trece personas. En realidad, se asegura, eran bastantes más de veinte. Y es en esa cena donde todos se enteran de lo que va a ocurrir. Tomás insiste en suplantar a Jesús; y este, reitera su negativa a esa audacia de Tomás.

A pesar de que Pedro había animado a todos a dar muerte al traidor Judas, Jesús lo impide y se le permite ir libremente. Jesús, por su parte, tiene un proyecto que los demás ignoran: ha decidido realizar un *trabajo* espiritual de enorme importancia y pide a algunos de sus más próximos seguidores que lo acompañen.

En Getsemaní, de creer esta tradición oral, Jesús escala el último peldaño espiritual posible en esta realidad. De aquella profunda meditación y de los actos que a su alrededor se gestaron emanó una energía tan intensa que los tres discípulos que habían ido con Él hasta el Huerto de los Olivos caen en una profunda somnolencia, incapaces de resistir sus sentidos ante ella.

¿Por qué más tarde Judas besa a Jesús mostrándolo así a la turba armada? Pues porque, sabedor de que Tomás pretendía suplantarle en la cruz, era preciso cerciorarse de que tal cosa no sucedía. Y él, Judas, un íntimo que sabe bien quién es quién, señala a los hombres de armas a su objetivo.

Esta interpretación de lo ocurrido no cree que Judas se suicidara, sino que fue asesinado, posiblemente por algún seguidor de Jesús, ¿quién sabe si por el propio Pedro? Y esto genera un grave inconveniente, puesto que a Roma el caso solo le interesa en su vertiente política, no religiosa, y el único testigo que el Sanedrín tenía de esa presunta revuelta que Jesús iba a liderar era el propio Judas, que ahora no aparece porque está muerto. ¿Qué hace Roma al respecto? Pues decide, literalmente, lavarse las manos. El caso ni le importa ni le atañe.

Por el contrario, el Sanedrín se esfuerza en seguir encizajando hasta conseguir que Roma se implique en la ejecución de Jesús. En tanto, un grupo de discípulos, especialmente los más ricos e influyentes, tratan de mediar para salvar a su maestro. Roma, sorprendida entre dos fuegos, intenta sacudirse de encima el problema aplicando la ley con el castigo de la flagelación. Con ello, creía que todo el maldito asunto moriría, pero se equivocaba.

El Sanedrín incomoda a Pilato diciéndole que, si no da muerte a Jesús, en Pascua habrá una revuelta como la que Egipto vivió en los lejanos días en que Moisés liberó a su pueblo del yugo faraónico. Es más, a juicio de los sacerdotes, Tomás, Santiago, Pedro y otros más debieran ser también ajusticiados.

Finalmente, Roma cede y Jesús es crucificado. A los pies de los maderos los romanos solamente permiten que estén las mujeres y el adolescente primo Juan. Jesús tiene entonces tres hijos, pero son pequeños. En el vientre de María Magdalena está germinando el cuarto descendiente del Nazareno.

Esta tradición oral afirma que Jesús, antes de su suplicio, había hablado con José de Arimatea y otros, entre los cuales sin duda debía estar Nicodemo, aleccionándolos sobre lo que debían hacer. Se trataba de evitar que su cuerpo no fuera arrojado a las alimañas y que, por el contrario, recibiera sepultura en un lugar tranquilo y luego fuera sacado de allí y llevado a otro lugar donde pudiera reposar durante tres días. También dio una lista de sustancias con las que debían impregnar su

cuerpo, de modo que la carne no se corrompiera. No cabe duda de que un médico formado en Egipto, como se nos dice que era Jesús, debía saber muy bien de lo que hablaba. Y Él mismo había tomado antes determinadas sustancias que fortalecerían su cuerpo para lo que había de venir.

Esta tradición oral afirma la muerte de Jesús en la cruz y los sobornos y ardices empleados por José de Arimatea para hacerse con su cuerpo antes de que lo lancen a los barrancos extramuros de Jerusalén. Y una vez que se han hecho con el cadáver, lo llevan a un sepulcro en el que Jesús solo permanece una noche. A la mañana siguiente, siempre según la misma fuente, y no sin antes sobornar a los guardias que Roma ha puesto ante el hipogeo, lo llevan a un lugar seguro.

José de Arimatea y los demás piensan que Jesús ha muerto, y en verdad lo está en términos humanos, pero orgánicamente su cuerpo no es como el de los demás, por lo que tampoco su *resurrección* debe ser entendida en iguales términos que lo haríamos en el caso de uno de nosotros. El *trabajo* espiritual y sus conocimientos, que lo han elevado a escalones espirituales por explorar para prácticamente todo el mundo, han modificado su organismo y podríamos explicar el caso diciendo que tenía capacidad para *regenerarse* físicamente y convertir sus células en luz, aunque esta explicación resulte ciertamente difícil de comprender.

No obstante, y apelando siempre a la información recibida y que estamos citando, esas células que ahora son prácticamente luz no están cohesionadas entre sí; es decir, que el estado de su cuerpo tras ese proceso es transitorio, no puede prolongarse durante mucho tiempo. Sus rasgos humanos, como consecuencia de ese nuevo estado, parecen mucho más juveniles, y sería esa la razón por la cual muchos no lo reconocen, e incluso algunos, como Tomás, llegaron a pensar en que todo era un burdo truco.

En ese estado desconcertante se producirían sus últimos contactos con sus seguidores, y también impartiría así su postrera enseñanza secreta. Y después, al borde del límite posible

en que tal estado podía sostenerse, sus coludas se *disuelven* en luz y a ojos de los testigos da la impresión de que se volatiliza y que aquellos puntos de luz se van a los cielos. La tradición asegura que los maestros que llegan a ese nivel espiritual no dejan su cuerpo en este plano.

¿Y los sacerdotes? ¿Qué fue de ellos?

Desesperados porque el cuerpo de Jesús no aparece por ningún lado y no pueden cumplir su deseo de entregar el cadáver a los animales carroñeros, vuelven su mirada hacia los detestados seguidores de Jesús. Por eso es por lo quejóse de Arimatea, que tiene familia en Alejandría, decide marchar hacia allí llevándose a María Magdalena y a los hijos de Jesús. Santiago y un grupo indeterminado de discípulos los acompañan. Pero antes sucedió el fenómeno de Pentecostés.

Pedro, Andrés, Tomás y otros de los discípulos aún estaban escondidos temiendo las represalias del Sanedrín. No obstante, llevaron a cabo un *trabajo* que Jesús les había ordenado antes de desaparecer, y es en ese momento cuando muchos de ellos experimentan un cambio cualitativo en su cuerpo y en su mente. Mientras, Magdalena, José de Arimatea y sus hijos proseguirían tiempo después su viaje hasta desembarcar en el sur de Francia. El resto de la historia que ya hemos esbozado y presentado como muy posible enlazaría así con esta vieja tradición oral.

Epílogo

QUE puede hacer un historiador con unos textos tan confusos, especialmente teniendo en cuenta que son los únicos que se explayan en la Antigüedad sobre la figura de Jesús? Recuerde el lector que las alusiones de autores clásicos *independientes* del credo cristiano son tan escasas que se podría considerar que el personaje no tuvo excesiva importancia en vida para los contemporáneos.

Es la fe la que debe acudir en ayuda de cada cual para confeccionar basándose en retazos la biografía que todos conocemos.

Es verdad, se argumentará, que hay otro documento, además de los cuatro Evangelios, donde se obtienen algunas referencias sobre la vida de Jesús. Nos referimos a los Hechos de los Apóstoles. Pero ahí, en lugar de encontrar paz, hallamos más confusión.

Su primera mentira radica en su propio nombre, pues el texto no se ocupa prácticamente de ninguno de los apóstoles y se convierte por completo en el canto a las excelencias de Saulo de Tarso, luego conocido como Pablo, quien había sido gran perseguidor de los seguidores de Jesús. Pablo, aunque luego él lo dijo de sí mismo, no era apóstol nombrado por el Nazareno, pues no tuvo tratos con él en vida.

El autor de esas líneas puede haber sido Lucas, el médico evangelista y compañero de fatigas del propio Pablo años después de que Jesús hubiera muerto. Allí leemos episodios ocurridos tras la crucifixión y que se prolongan hasta aproximadamente los años sesenta después de la desaparición de Jesús. Sin

embargo, los especialistas creen que realmente fueron escritos a la par que los Evangelios, entre los años 70 y 90 d. de C.

Leemos allí las últimas instrucciones de Jesús a los suyos y, como vimos, también aparece relatada la Ascensión de Jesús a los cielos.

En esta obra asistimos a la elección de Matías como sustituto de Judas en el grupo de doce y a los primeros enfrentamientos de este grupo con el Sanedrín, además de a la primera baja en las filas cristianas como consecuencia de sus ideas. Nos referimos a Esteban, quien se arma de valor para criticar a quienes lo condenan: *Vosotros sois ahora los traidores y asesinos, vosotros que habéis recibido la ley por ministerio de los ángeles y no la habéis guardado.*

Pero en su defensa no encontramos sino más confusión, puesto que está reprochando a sus verdugos inminentes que no cumplen la ley judía, y eso en boca de un cristiano como él no puede dejar de asombrarnos. ¿O es que Jesús y sus discípulos no estaban reñidos con la ley judía?

Entre los verdugos de Esteban aparece por vez primera un sujeto que muchos identifican con Pablo de Tarso, todavía aquí llamado Saulo: *Los testigos habían dejado los vestidos a los pies de un joven llamado Saulo* (Hechos 7, 58). Unos versículos mas allá lo encontramos de nuevo en su oficio de perseguidor de cristianos:

Saulo, en cambio, asolaba la Iglesia; entraba en las casas, sacaba arrastras a los hombres y mujeres y los metía en la cárcel (Hechos 8, 3).

Pero en estos relatos la sorpresa aguarda a la vuelta de cualquier versículo y luego resulta que camino de Damasco Saulo tiene un encuentro con la divinidad del que no sabemos si hay más testigos que él mismo y que su narrador y adulador, Lucas, transforma en una iniciación súbita al cristianismo. Pero Saulo no se contenta con incorporarse a las filas del nuevo credo, sino que desea hacerlo por la puerta grande y con más autoridad que los íntimos del propio Jesús. Por ello, tras el incidente, y habiendo quedado ciego, el propio Dios se ocupa de que alguien lo cure. El honor le cupo a un tal Ananías por mandato del mismísimo Dios: *Vete rápidamente a la casa de Judas, en la calle Recta, y pregunta por un tal Saulo de Tarso* (Hechos 9, 11).

Saulo debía ser un reptil de la peor especie a ojos de un cristiano medio como debía ser el tal Ananías, puesto que incluso este se atreve a recordarle a Dios que aquel sujeto era un mal bicho y que mejor sería dejarlo a su suerte. Pero Dios, que siempre tiene que andar dando más explicaciones de lo que parecería lógico pensar, tuvo que explicar a Ananías que aquel hombre iba ser un instrumento en su mano a partir de entonces.

No cabe duda de que Saulo se convierte en un instrumento desde ese instante, aunque la duda reside en saber si lo es de Dios o lo es de sí mismo. Ingresa en la secta cristiana, así considerada a ojos de los judíos, y se marcha a Damasco a formarse. Solo tres años después visita en Jerusalén a Pedro, a Santiago y a Juan, pero para entonces ya anda él predicando una forma de cristianismo que no parece que tuviera nada que ver con la de los íntimos de Jesús, razón por la cual estos están molestos con él. Sin embargo, Saulo no se amilana y se muestra arrogante con los amigos del Nazareno.

En *Calatas* (1, 18-20) leemos: *Al cabo de tres años fui a Jerusalén para conocer a Pedro, y estuve con él quince días. Y no vi a ningún otro apóstol fuera de Santiago, el hermano del Señor.*

El grupo de antiguos discípulos no se fía de aquel tipo y lo envía a predicar lejos de Jerusalén, y pronto descubren que sus ideas no coinciden con las suyas. Santiago es quien se muestra más contrario a Saulo, quien lentamente irá moldeando una figura de Jesús de fácil consumo en el mundo pagano de los gentiles; una imagen que, en líneas, generales, es la que llegó hasta nuestros días y la que tanta confusión y admiración al mismo tiempo provoca.

En la Segunda Carta a los Corintios (11) afirma al auditorio que tal vez otros vengan a hablarles de *otro Cristo*, y añade:

Pero yo creo que en nada soy inferior a esos eminentes apóstoles.

De modo que se sitúa por sus propios medios a la altura de los primeros apóstoles y asegura que estos hablan de un Cristo diferente al suyo. La pregunta es la siguiente: ¿es el Cristo que conocemos, el de Saulo, el que ha llegado a nosotros en la ver-

sión pésimamente biografiada por los evangelistas el verdadero Jesús de Nazaret?

Más debate podría producir el análisis del comportamiento de Pablo de Tarso y sus ideas, y también muchas más cosas cabría añadir aquí de un hombre que sin duda debió ser extraordinario. Pero si ya Juan dijo que tantas cosas hizo Jesús que el mundo no podría sostener todos los libros necesarios para contarlo, ¿qué puedo añadir yo, amiga lectora o amigo lector, en este libro que ahora mismo concluye?

En *Amalur*, casualmente, el día Domingo de Resurrección de 2005.

Bibliografía

- ANDREWS, Richard, y SCHELLENBERGER, Paúl: *La tumba de Dios*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1996.
- APULEYO: *El asno de oro*, Ed. Librería Viuda de Hernando y Cía., Madrid, 1890.
- BAIGENT, Michel, y LEIGH, Richard: *El escándalo de los Rollos del Mar Muerto*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1992.
- BAIGENT, Michel, y otros: *El enigma sagrado*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1985.
- BAIGENT, Michel, y otros: *El legado mesiánico*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- BAUVAL, Robert, y otros: *Misterios del Antiguo Egipto*, Colección Año Cero, Ed. América Ibérica, Madrid, 2002.
- BERGUA, Juan B.: *Mitología universal*, Ed. Clásicos Bergua, Madrid, 1979.
- CARCENA PUJOL, CLAUDE-BRIGITTE: *Jesús 3.000 años antes de Cristo*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1987.
- CRÉPON, Pierre: *Los evangelios apócrifos*, Ed. Edaf, Madrid, 1993.
- DELCOR, M., y GARCÍA MARTÍNEZ, F.: *Introducción a la literatura esenia de Qymrán*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1982.
- EINSENMANN, R. H.: *Macabeos, zadoquitas, cristianos y Qymrán*, Leider, 1983.
- ELIADE, Mircea: *Mito y realidad*, Ed. Labor, Barcelona, 1991.
- FABER-KAISER, Andreas: *Jesús vivió y murió en Cachemira*, Ed. Edaf, Madrid, 2005.
- FLAVIOJOSEFO: *Las guerras de los judíos*, Clie, Terrasa, 1985.

- FLAVIOJOSEFO: *Antigüedades de los judíos*, Clíe, Terrasa, 1986.
- HODGE, Stephen: *Los Manuscritos del Mar Muerto*, Ed. Edaf, Madrid, 2005.
- FERNÁNDEZ BUENO, Lorenzo: *Los Guardianes del Secreto*, Ed. Edaf, Madrid, 2003.
- FERNÁNDEZ BUENO, Lorenzo, y FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *Las claves del Código Da Vinci*, Ed. Nowtilus, Madrid, 2004.
- FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *La cara oculta de Jesús*, Ed. Nowtilus, Madrid, 2002
- FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *Los templarios y la Palabra perdida*, Ed. Edaf, Madrid, 2003.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Florentino: *Textos de Qymrán*, Ed. Trotta, Madrid, 1992.
- GARDNER, Laurence: *La herencia del Santo Grial*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1999.
- GUIJARRO, Josep: *El tesoro oculto de los templarios*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 2001.
- LÓPEZ MELUS, Francisco M.^a: *El cristianismo y los esenios de Qymrán*, Ed. Edicabi, 1965.
- LuMBERA, Juan M.^a: *En el país de Jesús*, Ed. Mensajero, 1988.
- MERENS, Bernard: *María Magdalena, hija de Eva y de la gracia*, Ed. Planeta, Barcelona, 1989.
- MESSADIÉ, Geráid: *El complot de María Magdalena*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 2004.
- PICKNETT, Lyn, y PRINCE, Clive: *La revelación de los templarios*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- PINERO, Antonio: «Los Evangelios siguen siendo muy posteriores a Cristo», en Revista *Enigmas del Hombre y del Universo*, n.º 63.
- PUNIO EL JOVEN: *Historia Natural*, Ed. Ministerio de Industria y Energía, Madrid, 1982.
- PUJOL, Llogari, en *La Vanguardia*, 25-12-2001.
- SATZ, Mario. *Jesús el Nazareno, terapeuta y cabalista*, Ed. Obelisco, Barcelona, 1988
- SEDE, Gerard de: *El misterio de Rennes-le-Château*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 2000.

- TÉLLEZ-MAQUEO, David, E.: «Qumrán: últimas indagaciones», en *Revista Académica*, Universidad Autónoma de Centroamérica, n.º 22, mayo 1998.
- TREBOLLE BARRERA, Julio: «manuscritos de Qumrán», en *Gaceta Complutense*, mayo-junio 1996, n.º 116.
- VALENTÍ CAMP, Santiago: *Las sectas en la Antigüedad*, Ed. Alucántara, Madrid, 1999.
- VÁZQUEZ, Sebastian: *El Tarot de los dioses egipcios*, Ed. Edaf, Madrid, 2000.
- VERMES, Geza: *Los manuscritos del Mar Muerto*, Muchnik Editores, Barcelona, 1994.
- *La Sagrada Biblia*, Editorial Católica, S. A., Madrid, 1965
 - *El Corán*, Ed. Planeta, Barcelona, 1983.



Títulos publicados en la biblioteca

JESÚS DE NAZARET

1. *Los Evangelios gnósticos*, César Vidal.
2. *Jesús vivió y murió en Cachemira*, Andreas Faber-Kaiser.
3. *El Evangelio según Pilotos*, Eric-Emmanuel Schmitt.
4. *Jesús, el hombre sin Evangelios*, Andrés Sorel.
5. *Los manuscritos del mar Muerto*, Stephen Hodge.
6. *La Sábana Santa*, Carmen Porter.
7. *El enigma de los esenios*, Hugh Schonfield.
8. *Los Evangelios apócrifos*, Pierre Crépon.
9. *Vida de Jesús*, Ernest Renán.
10. *El significado oculto de los Evangelios*, Osho.